

Lunes de **R**

Revolución

al combate

EDI TORIAL

Los combatientes de Playa Girón hablan en este número para los lectores de LUNES.

Ellos cuentan, con serena sencillez, su participación en las breves y sangrientas jornadas de la Ciénaga de Zapata, que terminaron en la completa derrota de una fuerza invasora armada, adiestrada y protegida por los Estados Unidos.

¿A qué se debió esta derrota? ¿Cuál es la diferencia fundamental entre los que vinieron a combatir a nuestro pueblo y el pueblo mismo armado que defendió el suelo de su Patria con tan espléndido coraje?

Las razones puramente militares no bastan para explicar la vergonzosa debacle de la invasión. Seguramente, desde el punto de vista exclusivamente bélico, las ventajas iniciales estaban de parte de los que con tan generosas ayudas vinieron a agredirnos.

Tenían a su favor la sorpresa, un material de guerra abundante y de excelente calidad, el número — al menos en los primeros momentos, que hubieran debido bastarles para lograr su objetivo esencial de establecer una cabecera de playa— y un apoyo exterior adecuado a las condiciones de la lucha y del terreno en que iban a operar.

Se sabían firmemente apoyados por un poderoso país, el más poderoso de los países occidentales. Y sin embargo, hoy rumia su impotencia en las prisiones de la Revolución, la inmensa mayoría de los mercenarios que se atrevieron a pisar el suelo de la Patria.

Veamos algunas de esas razones.

En primer lugar, la composición de clase de los invasores, latifundistas ambiciosos, ex militares de un Ejército derrotado, aventureros sin principios, niños ricos, resentidos con una profunda Revolución que restituyó las tierras a los que las trabajan, politicastos de una vieja y vergonzosa época aventada para siempre por el empuje de una Revolución limpia y potente, asesinos sin entrañas odiados por un pueblo que dejó la sangre de numerosos de sus hijos en las calles de las ciudades en una lucha feroz.

Con esos elementos no se integra un ejército. A lo más que puede aspirarse es a formar una cuadrilla de salteadores.

Para este conglomerado de elementos, la resistencia revolucionaria fue la señal de la desbandada.

¿Pueden estas fuerzas tener moral para hacer frente a una tropa integrada por un pueblo en armas, que sabe por qué lucha, que está recibiendo todos los días la prueba concreta de que al frente de la Revolución hay un Gobierno cuya única preocupación es elevar el nivel de vida de la totalidad de la población, dar escuelas, abrir senderos de progreso en todos los órde-

nes y levantar sobre las ruinas de una sociedad destruída una nueva estructura edificada sobre cimientos de un socialismo justo y humano?

Y de esto tenemos un antecedente glorioso. El puñado de hombres que integró en la Sierra Maestra el núcleo en torno al cual había de formarse más tarde el Ejército Rebelde, luchó durante años enteros contra un ejército infinitamente superior en número de hombres, en armas, en equipos, en un inagotable material de guerra abundantemente proporcionado por el gobierno de Estados Unidos. El Ejército batistiano tenía de todo, menos razón y pueblo. Por eso fue vencido y aplastado.

Porque esta es la característica esencial de los vencedores de Playa Girón.

Cuba sigue estando amenazada de una invasión. Mercenarios o "marines" o ambos a la vez, pueden lanzarse en cualquier momento sobre nuestro país para tratar de reparar el "error" que según el propio Kennedy se cometió en la invasión vencida.

¿Estará nuestro pueblo en condiciones de derrotar otra vez a los invasores?

Sí, lo está. Derrotaremos a los imperialistas porque contamos con el pueblo en armas y lleno del más ardoroso entusiasmo en la defensa de su Revolución socialista. Porque contamos con un pueblo que se ha vinculado definitivamente con la Revolución, porque Revolución y pueblo son una misma cosa, porque tiene al frente un Gobierno que rige sus destinos con la decisión absoluta de defender los intereses del pueblo y la soberanía de la nación, porque este Gobierno sabe crear las condiciones en las que el pueblo entregue a esta tarea su enorme fuerza creadora y porque al frente de las fuerzas armadas hay un equipo de militares hechos en las duras batallas de la guerra contra los enemigos, de dentro y de fuera, de nuestro pueblo.

Y porque este Ejército y las Milicias Revolucionarias son, por todas estas razones, el género y el tipo de fuerzas armadas que corresponden a la actual situación revolucionaria y a la clase de guerra que nos veremos obligados a hacer.

Y porque, además, la Revolución ha sabido conquistar, mantener y ampliar el respaldo solidario y activo de los países de América Latina. Si la Revolución cubana comenzó siendo un guía para los pueblos de nuestro continente, hoy, después de la brutal agresión del imperialismo, la Revolución es más que un guía un motor generador de energías revolucionarias en toda la América Latina.

Y además y fundamentalmente el apoyo de una eficacia definitiva que nos están prestando y seguirán prestandonos en la forma que las circunstancias aconsejen, los países socialistas.

ASI TRIUNFA UNA REVOLUCION

DIEZ PILOTOS: 70 vuelos 8 aviones derribados

POR VICENTE CUBILLAS

Otra cosa: al amanecer del día 19 los aviones van a bombardear "Australia", entonces se encuentran con antiaéreas, porque entonces se encontraban con antiaéreas por dondequiera. Ya desde el día 18 las fuerzas nuestras tenían antiaéreas en sus posiciones, es decir, que no estaban indefensas. En primer lugar, el día 18 por la mañana cuando van a atacar a estas fuerzas los aviones, se encuentran con las antiaéreas. Entonces la columna que viene de Playa Larga a Playa Girón, viene avanzando el día 18 hacia Playa Girón... A esta columna cuando está en movimiento, la atacan aviones "Sabre" americanos, porque ellos tenían B-26, ellos no tenían chorro. Entonces, a esta columna nuestra cuando va avanzando entre Playa Larga y Playa Girón, en horas de la tarde, le hicieron muchas bajas, atacándola con aviones "Sabre" americanos; esos aviones volaban a gran altura, y ese día, cuando ya era el oscurecer, atacaron la columna nuestra, el día 18, con "Sabres", con aviones a chorro... Le hicieron muchas bajas a la columna con aviones "Sabre". Entonces, estaba la columna en movimiento.

Al otro día la columna se instaló allí con 6 baterías antiaéreas y una de cañones. Entonces ni los aviones "Sabre", ni nadie, se

atravieron a bajar allí donde estaba la columna esa.

Entonces, el día 19, al amanecer, un avión sale a atacar a "Australia", y lo derriban. A los aviones que salen a atacar la columna por la mañana, los derriban... dos aviones más; y los aviones nuestros, chorros, dos chorros derribaron dos B-26 más. Es decir, que el número de aviones derribados el último día, fue de cinco aviones otra vez, que hicieron un total de diez aviones derribados en los días que duraron las operaciones. Es decir, que ese día 19 todos los aviones que ellos sacaron de la Base, que despegaron, ninguno volvió. El primero fue a "Australia", no volvió; los otros que atacaron esta tropa, no volvieron; y los otros que derribaron los chorros, no volvieron. Hasta ese momento hubo aviones enemigos en el aire! (Aplausos).

La aviación jugó un papel decisivo en la destrucción de las fuerzas, porque les impidió desembarcar algunas unidades, y les impidió desembarcar los suministros, el parque, y además los desmoralizó mucho, porque ellos, naturalmente, todos sus cálculos los hacían sobre la base de un total dominio del aire.

FIDEL.

Al amanecer del histórico lunes 17 de abril, la base aérea de San Antonio de los Baños era un avispero. Entre los locales de la Jefatura de Operaciones, la torre de control, los dormitorios del personal, los hangares y la vasta pista de concreto se movía un pequeño ejército de hombres dispuestos a rendir el máximo de esfuerzo en la titánica tarea que recaía sobre sus hombros, y, aún más, a ofrecer sus vidas por la patria.

Desde la madrugada se habían recibido los partes sobre el intento de invasión en la costa sur de Las Villas, en una forma imprecisa. El personal de la base, sorpresivamente atacada dos días antes por aviones mercenarios, barruntaba desde el primer momento que el bombardeo era solamente el anuncio de una operación invasora del enemigo. Por ello no les tomó de sorpresa la noticia del desembarco en la Ciénaga de Zapata.

Antes de las cinco de la mañana ya estaba en Operaciones el ministro de Comunicaciones, Raúl Curbelo Morales, como oficial de enlace designado por el Comandante en Jefe, Fidel Castro, para movilizar la fuerza aérea revolucionaria. El Jefe de la FAR, comandante Raúl Guerra Bermejo,

tendría a su cargo dirigir las tareas de preparación y armamento de las naves.

¿Las naves?

Los pilotos de guardia —apenas media docena— se miraban preocupados. Bien sabían ellos en qué condiciones estaban los aparatos con que contaban.

Como no podían despegar hasta que saliera el sol para cumplir sus misiones, los aviadores Carreras, Bourzac, Fernández, Lagás, Guerrero, Ulloa y Silva, con los nervios de punta, impacientes por hacerse al aire, andaban detrás de los mecánicos que trabajaban arduamente en los aparatos.

A las cinco de la mañana sólo había tres aviones en activo: dos "Sea-Fury" y un B-26. Este último estaba dedicado a vuelos de instrucción y contaba nada más que con seis de sus ocho ametralladoras, por estar dos inutilizadas y no tenía dispuestos los mecanismos para cargar cohetes y bombas.

Curbelo había señalado a los tres pilotos que serían los primeros en remontar vuelo: Carreras, Bourzac y Lagás. Los dos primeros en "Sea-Fury" y el último en el B-26.

Fidel Castro había establecido comunicación telefónica con la base. En Opera-

ciones, el teniente Pelayo Cordero se pasaría más de 48 horas sin dormir atendiendo los teléfonos y las comunicaciones radiales. Curbelo había recibido las órdenes y las transmitía a los pilotos: había que detener el desembarco en la zona de operaciones.

El Comandante en Jefe había pedido directamente hablar con Carreras y Curbelo le entregó a éste el teléfono:

—¡Carreras! —se escuchó la voz del Primer Ministro—. ¿Tienes que hundirme esos barcos! ¿Tienes que prometerme que los vas a hundir!

La respuesta afirmativa casi fue un balbuceo. Carreras a duras penas sabía a qué iba a enfrentarse cuando partiera hacia el objetivo.

Lagás había salido a chequear su aparato. Los mecánicos y personal de armamento hacían maravillas para alistarlos. Otro piloto, el capitán Luis Alfonso Silva Tablada, cuyo B-26 todavía estaba en baja, en espera de reparaciones, rondaba la nave de Lagás.

Cuando el piloto asignado al B-26 se dirigió nuevamente a Operaciones para recibir las instrucciones finales y el mapa de vuelo, ocurrió algo que después los compa-



Trepados sobre uno de los "Sea-Fury" que diezmaron la aviación mercenaria los días 17 y 18 de abril, durante la invasión, se ven los mecánicos y personal invasores

nal de armamento de la FAR en San Antonio, héroes anónimos de aquellas jornadas. Abajo están los pilotos que intervinieron en los ataques aéreos a imperialistas.

ñeros señalaban como un arranque característico de Silva: el impaciente aviador se había introducido en la cabina del B-26 y, sin esperar órdenes, robándole el puesto a Lagas, pedía pista y remontaba vuelo. Ya en el aire, esperaba a Carreras y Bourzac que se le unirían con sus "Furiosos", mote que aplicaban a los veloces cazas británicos.

Y dejemos que sean ahora los propios pilotos sobrevivientes de esta gran proeza que fue la intervención de la pequeña fuerza aérea cubana en las operaciones de la Ciénaga de Zapata, los que relaten sus dramáticas experiencias:

CAPITAN ENRIQUE CARRERAS ROSAS, de 38 años de edad, conocido por "El vuelo" entre sus camaradas de la base:

"Llegó la orden de despegar a las cinco de la mañana. Cuando me dijeron que se trataba de un desembarco pensé que se referían a algún yate u otro buque más grande que estaba dejando gente por la costa. No podía imaginar ni remotamente que iba a vermelas con el espectáculo que me esperaba sobre la Bahía de Cochinos y Playa Girón. Sólo teníamos tres aparatos en activo al llegar el momento del despegue: dos "Sea-Fury" y un B-26 mal artillado. Me elevé el primero como jefe de escuadrilla. Me seguían Bourzac y Silva, que le había jugado una mala pasada a Lagás. Veinte minutos más tarde volábamos sobre el objetivo. Lo que a seis mil pies debajo de mí, en la primera oleada que lancé, me hizo creer que soñaba lo que ante mis ojos proyectaban algún

documental o película de la II Guerra Mundial. Pensé que lo que estaba viendo era como un remedo del desembarco en Normandía, en pequeña escala. Cerca de la costa, en Playa Girón, había por lo menos entre siete y ocho embarcaciones grandes y un número indeterminado de lanchones y lanchas de desembarco en pleno ajeteo. Observé que un barco de transporte enorme navegaba hacia el interior de la Bahía de Cochinos seguido por una fragata de guerra, que viene a ser la unidad naval que sucede en importancia al destroyer.

"Decidí por la libre, en segundos. Y escogí la primera presa: el buque que se dirigía a Playa Larga. Di instrucciones en clave por radio a mis compañeros y me lancé el primero al ataque. Desde una altura entre cinco y siete mil pies descendimos en picada hacia el "Houston", un transporte tipo "Liberty", de ocho mil toneladas, que era nuestro objetivo, repleto de tropas y suministros bélicos. A 1,500 pies afiné la puntería y le disparé mi carga de cuatro cohetes. Algo raro me daba vueltas por dentro. Me parecía que estaba envuelto por una neblina. Sólo tenía experiencias en contadas prácticas de tiro aéreo y no sabía lo que era una guerra.

"Ya habíamos sido avistados por el enemigo y el fuego antiaéreo que se desató contra nosotros era una cosa de locura. Docenas de baterías —ametralladoras y cañones— vomitaban metralla hacia arriba. Era un espectáculo impresionante ver el espacio iluminado por las luces de las trazadoras y las explosiones de los proyectiles.

"Les puedo asegurar que lo que ensayamos fue una acción "kamikaze", como los pilotos suicidas japoneses.

"Hice funcionar el mecanismo para disparar los cohetes y seguí con la mirada la ruta que tomaban. Confieso que me llenó de sorpresa verlos hacer blanco en la popa del "Houston". El buque comenzó a humear y comprobé que su piloto, en urgente maniobra, lo dirigía hacia la orilla para encallar. Bourzac y Silva también dispararon sus cohetes contra el "Houston", logrando impactos francos en el mismo. La fragata de guerra que lo escoltaba, comprendiendo que el barco estaba perdido, pues ya hacia agua, comenzó a zigzaguear y viró en redondo para ganar la boca de la bahía y unirse a la flotilla frente a Playa Girón.

"Hice dos pases más sobre el objetivo descargando todo el parque de mis ametralladoras. Después retorné a la base.

"Cuando descendí de la cabina, estaba todo excitado. Hasta cierto punto me había parecido todo tan fácil —apretar botones y ver la estructura de un barco deshacerse como si fuera de papel— que quería contarle a todo el mundo lo ocurrido. Curbelo me llamó a Operaciones y rendí informe. Después me dijeron que casi no entendían lo que yo decía al principio, pues comencé confundiendo los rumbos y haciéndome un amasijo en las explicaciones. Hasta que me serené un poco y pude coordinar un parte decente.

"Ya el comandante Castro estaba complacido. Le habíamos dedicado el primer barco.

"No se qué tiempo demoraron en alistar mi aparato nuevamente. Combustible, municiones. Los mecánicos y la gente de armamento volaban. Hicieron las cosas en un tercio del tiempo normal, calculo yo. Y me lancé al aire de nuevo, cargando esta vez ocho cohetes de cinco pulgadas. Me dirigí a Playa Girón. Desde lo alto pude ver al "Houston", cerca de Playa Larga encallado, como un gran pez herido de muerte. Frente a Playa Girón divisé un barco todavía más grande que el "Houston". Era el "Río Escondido" que, según me enteré posteriormente, era uno de los que traía más personal y equipo para los mercenarios. A bordo llevaban la planta emisora con que esos canallas pensaban arengar al pueblo de Cuba una vez instalada en tierra. Además, camiones, piezas de repuesto para aviones —en sus planes estaba lograr una base aérea en la pista de Playa Girón y operar desde allí con su aviación— combustible para éstos y mucho parque. El "Río Escondido" se hallaba a unas tres millas al sur de la costa.

"Los cohetes de mi "Sea-Fury" partieron en busca del enorme barco como unos relámpagos humeantes. ¡Tocado! Lo alcanzaron en el mismísimo centro. Más tiempo tardó yo en contarle que lo que demoró el "Río Escondido" en estallar como un triqui-traque, envuelto en llamas.

"Cuando estaba gozando del espectáculo, todavía novedoso para mí, me percaté de que un B-26 se me acercaba. Pensé que era el avión de Silva, pero inmediatamente me di cuenta de que no teníamos ningún B-26 volando en esos momentos. El engaño era casi perfecto, pues el aparato estaba pintado como los nuestros. Lo único especial que distinguí fueron unas franjas azules en las alas. Aparte de eso, tenía los colores, la bandera cubana y la insignia de la FAR exactamente igual que nuestras naves. Hice un giro, aprovechando la velocidad de mi "Furioso", superior a la del bombardero enemigo, y logré situarme en su cola. Era unas "doce en punto" perfecta. (Los pilotos, para definir la posición de adversarios en el aire llamamos a la nariz de nuestro aparato "doce en punto", al ala derecha "las tres" y a la izquierda "las nueve", de modo que cuando lo tenemos centrado decimos "avión a las doce", cuando está en dirección del ala derecha decimos "avión a las tres", etcétera). A pesar de mi ventajosa posición, el B-26 logró abrirme fuego primero con las ametralladoras de cola. Contesté con una ráfaga larga de mis calibre 50, tocándolo en uno de los motores. Le vi perder altura, despidiendo humo y descendiendo hacia los barcos de guerra que navegaban abajo como buscando su protección. Al fin cayó al mar junto a uno de los buques.

"No sé bien si fueron los disparos del B-26 ó las descargas de las baterías anti-aéreas de los barcos, pero comprendí que me habían tocado en el motor. El "Sea-Fury" fallaba. A pesar de ello hice varios pases sobre los barcos hasta agotar las municiones. Después me dirigí a la base. Al hacer plataforma, el aparato no respondía bien. Apenas le cayeron encima los mecánicos, me dieron la explicación. Dos proyectiles me habían averiado uno de los cilindros, percance bastante serio.

"Pero todos los que estábamos allí sabíamos que era más peligroso tripular cualquiera de aquellos aviones que enfrentarse al enemigo en un duelo a tiros.

"Muy a mi pesar, tuve que someterme a un receso obligado. La reparación tomaba tiempo y ya no podría volver a volar ese día.

"Pero estaba contentísimo: un saldo a mi favor de dos barcos grandes y un avión enemigo.

"Pensé que Fidel Castro tenía que sentirse complacido. Carreras no le había fallado".

CAPITAN ALVARO PRENDES QUINTANA, de 32 años:

"Desde hacía tres meses estaba prestando servicios de infantería en operaciones de limpieza en el Escambray. No había volado en todo ese tiempo, de modo que estaba "fuera de cancha". Normalmente, un piloto en esas condiciones necesita realizar varios vuelos de prueba antes de retornar a misiones rutinarias. Pero, en la "perrera" que había aquella mañana del lunes 17 en San Antonio, lo normal era la excepción. Llegué a las ocho y ya estaban preparando uno de los dos únicos T-33 de retropropulsión que volarían ese día y los restantes. Déjenme explicar algo: estos dos aparatos volaban muy poco y estaban dedicados más bien a entrenamiento, pues los inyectores por los que pasa el combustible a las turbinas ya estaban vencidos, es decir, tenían que haber sido cambiados desde hacía tiempo. Pero nuestros mecánicos, que son los mejores del mundo, indudablemente, hicieron maravillas. Sobre la marcha inventaron unos dispositivos rudimentarios, a base de unas gomitas para alimentar las turbinas. Y lograron poner los dos aviones en el aire. ¡Un milagro!

"Además, sólo contábamos con dos ametralladoras calibre 50 y cuatro cohetes de cinco pulgadas. Remonté solo, creo que después de las ocho, no recuerdo exactamente. En 18 minutos de vuelo me puse sobre Playa Girón, a unos ocho a diez mil pies de altura. Como la misión principal, según las instrucciones del Ministro Curbelo, era atacar los barcos, los busqué en el mar. A treinta millas al sur de la costa divisé la flota que llevaba rumbo sur-este. Eran unas siete unidades y se retiraban velozmente. La fragata que había intentado proteger al "Houston" estaba entre ellos. Además, dos o tres barcos grandes de transporte y dos o tres buques de guerra. Me van a perdonar si me muestro algo confuso en la narración, pero lo cierto es que la cabeza me daba vueltas. Era primera vez que entraba en combate y sabía que aquello no era cosa de juego. Todos los barcos, inclusive unos grandes que me lucieron como LCT de desembarco, estaban artillados, bien artillados. Me di cuenta de eso por el recibimiento encendido que me hicieron.

"Me lancé al ataque escogiendo una de las naves que estaba a la derecha, que era de desembarco. Hice el primer pase y le disparé los cuatro cohetes a un tiempo. Pude ver que lo había alcanzado por un costado, sobre la línea de flotación. Giré ganando altura y me precipité de nuevo sobre el barco, hostilizándolo con las ametralladoras, logrando impactos en el centro. Al hacer un giro evasivo y elevarme sentí que había recibido un impacto directo en el fuselaje. Continué remontándome de regreso a Playa Girón. Mientras lo hacía logré ver que mi víctima se salía de la formación despidiendo negro humo.

"Desde unos 8 mil pies divisé abajo, a tres mil pies poco más o menos, un B-26 enemigo. Lo distinguí por las franjas azules. Ya mis compañeros me habían dado "la letra" del disfraz que usaban. Me estrené allí mis-

mo con mi primer avión: sin darle tiempo a que se diera cuenta de que yo existía, le caí encima con las dos ametralladoras. Le di como cosa buena ¡Para ellos tiene que haber sido la gran sorpresa, porque, de acuerdo con las noticias que tenían sobre la aviación nuestra, lo menos que podían imaginar era un "chorro" de la FAR pisándoles los talones! La puntería no era mala, pues el motor izquierdo se incendió rápidamente y el pesado aparato cayó ardiendo al mar. No tuvieron tiempo de lanzar la carga de bombas y por eso estalló al chocar con el agua. Tuve una visión fugaz, mientras caía el B-26, del piloto y su ayudante, con unos cascos rojos, desplomados hacia adelante, como heridos o muertos, mientras unas llamas anaranjadas envolvían la cabina del aparato.

"Ya no tenía municiones y regresé a San Antonio. Tuve que hacer un aterrizaje de emergencia, porque el impacto recibido cuando atacaba el barco me había llevado los frenos. Los mecánicos se demoraron apenas cuarenta minutos en reparar el desperfecto y en ese tiempo ya el avión estaba otra vez en alta.

"Realicé varias misiones más durante la mañana y la tarde. Llegaba, echaba gasolina, cargaba parque y partía de nuevo. En las próximas misiones hice bombardeos con bombas de 250 libras sobre la pista de Girón y la carretera de allí a Playa Larga. Dejé caer una bomba sobre el "Houston", que estaba medio hundido, pues había recibido por radio instrucciones de inutilizarlo aún más pues llegaban noticias de que desde él se disparaba fuego anti-aéreo contra nosotros y a nuestra infantería en tierra firme.

"La misión más importante por la tarde, fue una en que salí junto con los tenientes Del Pino y Rudd. El primero tripulaba otro "chorro" igual que el mío y el segundo un "Sea-Fury". Nos dirigimos hacia el objetivo y cuando estábamos llegando a Playa Larga divisamos dos B-26 entre aquel punto y el central "Australia". En el momento en que aprochaba hacia el objetivo, descubrí los dos enemigos como a tres mil pies debajo de nosotros, atacando a nuestras tropas con bombas de napalm, cohetes y ametralladoras. Desde lo alto se distinguían perfectamente los incendios causados por la gasolina gelatinosa, así como las explosiones de los cohetes y las trazadoras de las calibre 50. Al disponerme al ataque, le pasé a Rudd y Del Pino la advertencia de que teníamos dos intrusos.

"Piqué hacia mi presa. Ya el piloto enemigo me había visto y enfilaba la proa de su aparato hacia mí. Nos hicimos un pase frontal, disparando a un tiempo. El con sus ocho ametralladoras y yo con mis humildes dos calibre 50. No nos tocamos.

"Inmediatamente después vi que los adversarios se habían aconsejado y comenzaban a huir, retirándose mar afuera. Perseguí al mío, haciéndole varios pases, mientras Rudd y Del Pino acosaban al otro. Al tercer pase, observé que mi contrincante se desplomaba incendiado. Mientras caía, uno de los tripulantes se lanzó en paracaídas. Creí que el hombrín caía sobre la nariz del "chorro"... ¡Tan cerquita me pasó! Continué observando al B-26 mientras caía al mar y lanzaba bombas y rockets como para descargarlo. Allá abajo se hizo papilla...

(Del Pino habla también de esta misión conjunta: "Cuando le pasé por debajo al otro B-26 le abrí fuego desde la derecha, procurando situarme en su cola. Comprendí que los pilotos mercenarios eran experimentados, pues evadían hábilmente mis ataques. Agoté la carga de mis ametralladoras sin observar muestras visibles de haber tocado en algún punto vital al enemigo. Entonces le dije por radio a Douglas (Rudd) que le dejaba la presa").

(Rudd viene a contar su parte: "Cuando Del Pino le hizo el primer pase al B-26 comprendí que ya el piloto y artilleros estaban alertados, por haber visto cuando Prendes derribaba al otro aeroplano. Le dieron pleno motor y descendieron hasta casi rozar la superficie del océano. Pensé que con esta maniobra estaban tratando de que yo picara bien bajo hacia ellos y me fuera de narices al agua. Así que tomé mis precauciones al picar y les hice tres pases con las "50". Al fin, me puse contento porque vi que

el motor izquierdo comenzaba a despedir humo. Lo había tocado. Se me había agotado el parque, pero continué siguiendo al B-26 en espera de que otro compañero mío llegara y lo rematara. Cuando ya me había adentrado bastante en el mar, dirección sur, divisé dos "chorros" "Skyray", de la Armada yanqui, que se acercaban velozmente. Me hicieron un pase sin dispararme. Comprendí que no podía hacerles frente, sin municiones, y decidí volver grupas hacia San Antonio. A esa hora nuestra estación naval en Cayo Guano reportó la caída del B-26 tocado por mí y vieron una balsa amarilla con la tripulación. Probablemente fueron recogidos por algún buque de guerra yanqui".

TENIENTE RAFAEL DEL PINO DIAZ, 22 años:

"Ultimamente estaba en la estación del Mariel de jefe sustituto. Me mandaron a buscar urgentemente de San Antonio y llegué aquí como a las once de la mañana. Salí en mi primera misión en el "chorro" 711, como a las doce. Me acompañaban Silva y Bourzac. Volaba como a unos 6 mil pies por encima de mis compañeros. Al llegar sobre el objetivo, Bourzac y Silva se lanzaron sobre los barcos. Parecían perros rabiosos. En ese momento divisé un B-26 y me "troqué", pues pensé que fuera Silva y hasta por radio le pregunté si era "Abuelo", nombre que dábamos a Silva. Pero al acercarme pude distinguir las consabidas franjas azules. Estábamos a unos cinco mil pies. Ya me habían visto y los artilleros me dispararon. Aproveché la maniobrabilidad de mi aparato para colocarme detrás del B-26. ¡Remedio santo! A la primera descarga —¡qué emoción para un parvulito!— aquel avión grandote saltó en pedazos. Uno de los fragmentos pegó con tal violencia en la nariz de mi aparato que lo estremeció, haciéndome pensar que había sido alcanzado por un proyectil desde tierra. Mientras el B-26 se desintegraba, miré hacia abajo. Pude ver cómo Silva, aquel inmenso de Luis Alfonso, picaba temerariamente sobre los barcos y caía alcanzado por el fuego anti-aéreo".

TENIENTE GUSTAVO BOURZAC, 27 años:

"Salí por primera vez con Carreras a las cinco y media de la mañana del lunes 17, primer día de operaciones. Piloteaba un "Sea-Fury" y descargué cohetes y bombas sobre la concentración de barcos, viendo cómo se hundía uno de ellos. Si no fuera porque las necesitaba para atender los controles me hubiera frotado las manos de gusto. ¡Era la primera vez en mi vida que disparaba la ametralladora de un avión! Me dirigí hacia el "Houston", que ya había sido atacado por Carreras, y le hice blanco con cohetes. Regresé a la base y allí vi que había otro "Furioso" listo para volar. Me trepé enseguida en él, para que no me lo fueran a llevar y volví a la zona de Girón a atacar los barcos que huían mar adentro. El fuego anti-aéreo me alcanzó en la sección central de un ala y otras partes del avión. Apagué los chuchos y regresé con precauciones. ¡Aquello parecía un papalote! ¡Cómo se movía!"

CAPITAN JACQUES LAGAS MARRERO, de 35 años, chileno de Santiago, marino y piloto aéreo:

"A las cinco de la mañana del lunes 17 teníamos un B-26 de alta. Era un aparato desprovisto de equipos para bombas y cohetes con sólo seis de las ocho ametralladoras en funcionamiento. Preparé el avión temprano para salir y el capitán Silva, que no tenía avión, aprovechó que fui a Operaciones para llevarme el B-26. Cuando él regresó, volví a preparar la nave y entonces salí en mi primera misión.

"Me dirigí a la zona de operaciones. Los propios mercenarios pagaron caro su engaño de disfrazar sus aviones como los nuestros. Pude acercarme sin que me hicieran fuego, al confundir mi B-26 con los suyos, hasta la formación de buques en fuga. Escogí el que me quedaba más próximo a unas cinco millas al sur de Girón. Estaba allí descargando en unas barezas, camiones, ras-

FOTOS DE SOROA



Tte. DOUGLAS RUDD, piloteó un "Sea-Fury".



Cap. JACQUES LAGAS, que llevó a cabo numerosas misiones en un "B-26".



El grupo de pilotos que tomara parte en las misiones aéreas contra el enemigo, destacándose por su arrojo y efectividad en el combate —con excepción del teniente Ernesto Guerrero, que no aparece en la foto— reunidos en la pista de la base de San Antonio con el Ministro de Comunicaciones, Raúl Curbelo Morales.



Con voz estremecida por la emoción, el teniente Douglas Rudd, uno de los valientes de nuestra fuerza aérea que tomaron parte en los combates que se libraron en los cielos de Cuba y que aseguraron la supremacía en el aire a la aviación revolucionaria, narra a nuestro compañero Obedias algunos incidentes de las operaciones. Le escucha su compañero, el teniente Alberto Fernández, protagonista también del impresionante relato.



Cap. ÁLVARO PRENDES, cumplió 14 misiones de combate en un "chochó" T-33.



Tte. RAFAEL DEL PINO, piloteó un "chochó" T-33.

tras y equipos. Disparé a raja-tabla e hice blanco en unos grandes bidones de gasolina que llevaba en la cubierta. Todo aquello saltó en pedazos. Inmediatamente ataqué con las ametralladoras dos lanchas grandes, llenas de gente, hundiéndolas.

"Me quedaba poca carga en las "50" y derivé hacia Girón. El fuego antiaéreo era insoportable. Avisté un B-26 enemigo rondando por la costa y le caí detrás, hasta situarme en su cola. Le disparé a una distancia de 150 a 200 pies los 20 ó 30 tiros que me quedaban, sin tocarlo. Por radio le avisé al teniente Fernández, que volaba por la zona en un "chorro". Fernández localizó al B-26 sobre la Bahía de Cochinos, derribándolo.

"Por la tarde salí diez minutos después que el grupo en que iba el capitán Silva y fui en busca de ellos. Cuando desistía de encontrarlos, los localicé a unas 30 millas al sur de Cienfuegos. A lo lejos vi a aquel valiente picar sobre los barcos y recibir un impacto directo de cañón antiaéreo. Estalló su B-26 en el aire. Era el número 923. Volé por el lugar para ver si descubría algún superviviente de la tripulación de Silva. Llamé por radio preguntando por "Abuelo", "Abuelo". Era una insensatez, puesto que había visto estallar el avión. Pero le tenía afecto a Silva y en mi nervosismo pensaba que iba a recibir respuesta. Y la recibí, pero fue de aquellos malvados mercenarios que interceptaban nuestra frecuencia. Me contestaron: "¿Conque llamando a tu abuelo? ¡Mira a ver si tu madre te dice dónde está, hijo de perra!"

"Me mordí los labios con rabia y el deseo de venganza se apoderó de mí. Busqué al enemigo. A lo lejos, entre un manto de nubes, localicé un B-26. Partí hacia él. Inútil. más de una hora buscándolo y ni trazas del desmadrado. Se me agotaba el combustible y regresé al campo".

TENIENTE ALBERTO FERNANDEZ, 24 años:

"Mi bautismo de fuego lo recibí a bordo de un "chorro" T-33. Salí solo sobre las ocho de la mañana del lunes 17, pues estaba de guardia en la base. Ataqué al "Houston" que se encontraba encallado pero disparaba protegiendo a un lanchón de desembarco y a una "torpedera". En el primer pase le disparé dos cohetes. En el segundo pase descargué los dos cohetes restantes pero salió uno solamente. Hice un tercer pase para ver si descargaba el último proyectil, pero fue en vano. Decidí regresar a la base.

"En la segunda misión, a las nueve de la mañana, salí a buscar un B-26 que estaba ametrallando a nuestras tropas. Fue el que había visto Lagás primero. Lo intercepté frente a Playa Girón, en la Bahía de Cochinos. Le disparé, alcanzándolo. Vi que humeaba e intentaba un aterrizaje forzoso en la pista de Girón. Fatalmente para ellos, el aparato se destrozó al tocar tierra. ¡Mi primera víctima!"

TENIENTE DOUGLAS RUDD MOLE, de 27 años, hijo de ingleses, nacido en Cuba:

"Quiero hablar poco, pues, prácticamente, mi acción más importante fue el derribar el avión que Del Pino había hostilizado primero la tarde del lunes 17. Yo hacia cinco meses que no volaba, estando destacado en la base del Mariel. Pero, al ocurrir el bombardeo del sábado 15, me llamaron para que fuera a patrullar en Oriente con un "Sea-Fury". En eso estaba el lunes cuando me llamaron desde San Antonio. Llegué por la tarde y como a las cuatro salí en la misión en que participaron Prendes y Del Pino, ya relatada".

Al caer la noche del lunes 17 de abril, cesaron los vuelos desde la base de San Antonio. Aquellos valientes que habían rivalizado en lanzarse al espacio para acosar al enemigo en todos los frentes, no mostraban señales de cansancio. Juraban y volvían a jurar, atormentados porque no podían volar de noche, ya que la oscuridad anulaba el esfuerzo. Algunos ensayaron dormir debajo de las alas de sus aparatos, lográndolo a medias. No querían separarse de las máquinas,

temerosos de que llegara el amanecer y alguien les birlara la nave para irse a combatir. En aquellos momentos sobraban pilotos para el número de aviones. Se habían perdido el "Sea-Fury" tripulado por el teniente Carlos Ulloa, derribado en su primer vuelo por un B-26 enemigo y el B-26 de Luis Alfonso Silva, alcanzado por el proyectil antiaéreo disparado desde un destroyer norteamericano.

Quedaban, por lo tanto, cinco aparatos en problemáticas condiciones de vuelo.

Y LLEGO EL SEGUNDO DIA DE OPERACIONES, ABRIL 18...

Ahora es el periodista el que ata cabos, reuniendo en una sola las versiones de estos muchachos que iban ganando para la Revolución la supremacía aérea en el curso de la canallesca invasión lanzada por el Imperialismo.

Vamos allá:

El extraordinario balance favorable obtenido el día 17 —inicio de las operaciones— por nuestra reducida fuerza aérea había llenado de entusiasmo a los pilotos criollos. Por ello, al amanecer del martes 18 salieron a la pista de San Antonio de los Baños a treparse en sus aviones como "gallinas en fiesta de cucarachas" —copiando la frase simpática de uno de ellos— para hostilizar al enemigo. Habían recibido órdenes de bombardear Playa Larga y a esa tarea se entregaron disciplinadamente Carreras, Fernández y Guerrero. Comenzaron a efectuar bombardeos de precisión en Playa Larga sobre las posiciones del adversario y ello da lugar a que los mercenarios desalojen la zona, cayendo ésta en manos de las tropas leales.

Abandonada Playa Larga, los maltrechos invasores inician la retirada hacia Playa Girón. Los avances de que se ufanan en las primeras horas de la lucha quedaban atrás, eliminados; ahora venía la retirada bochornosa, constantemente hostigados por la aviación y la artillería fidelista. En la fuga hacia Playa Girón les protegía un tanque. Los pilotos recibieron órdenes de concentrar todas sus fuerzas sobre el enemigo que escapaba. Se reúnen cinco aviones —dos chorros, dos "Sea-Fury" y un B-26— y comienzan el asedio aéreo. El teniente Ernesto Guerrero, con formidable puntería, pone fuera de combate al tanque que cubre la retirada.

El resto del día 18, hasta la caída de la tarde, se dedica nuestra aviación a mantener el ataque sobre los invasores y proteger el avance de nuestra infantería.

MIÉRCOLES 19, COLAPSO FINAL DEL ENEMIGO...

En la primera misión del día salieron Carreras y Prendes de patrulla para ver si avistaban barcos. Se internaron entre 40 a 60 millas rumbo Oeste, al sur de Girón, volando a 12 mil pies. Al llegar a las cercanías de Cienfuegos empezaron a girar hacia la zona de operaciones de Girón para ametrallar las concentraciones de tropas enemigas, pues no divisaban embarcaciones. Mientras giraban dirigiéndose a la costa, descubrieron dos B-26 enemigos delante y debajo de sus aparatos, como a tres mil pies, en formación de combate, cargados con bombas de napalm y rockets que iban a disparar sobre los tanques fidelistas. Los pilotos cubanos iniciaron el ataque inmediatamente, escogiendo Carreras con su "Sea-Fury" el avión de la derecha y Prendes, con su "chorro", el de la izquierda. Fueron aprochando hacia el enemigo a alta velocidad. Estos, despavoridos, comenzaron a lanzar toda su carga al agua e iniciaron maniobras evasivas, mientras disparaban sus ametralladoras. El ataque de los pilotos leales fue simultáneo, tanto como el impacto de sus disparos en los aviones rivales. Ambos cayeron, segundos después, envueltos en llamas a unas tres millas de la costa, entre Cienfuegos y Girón. Desde la Perla del Sur reportaron más tarde que allí se habían escuchado las explosiones de los dos aparatos al estallar en el mar.

Ahí mismo terminó el apoyo aéreo a los invasores, exactamente en las primeras ho-

ras de la mañana del tercer día de operaciones.

Al liquidar a la aviación enemiga, la nuestra se dedicó a una serie de misiones de apoyo a las tropas de tierra para darles protección aérea continua y martillar bombardeando los puntos fuertes del enemigo, como Playa Girón, el entronque de San Blas y Playa Larga. Se mantuvo un constante asedio sobre las carreteras de Playa Larga a Girón, de San Blas a Girón y Cienfuegos a Girón, destruyendo casi todo el material rodante del enemigo: cerca de una docena de camiones artillados. Al ocupar las milicias la zona se comprobó que dichos vehículos estaban completamente inutilizados.

Varias concentraciones de tropas del adversario en la zona de operaciones fueron sorprendidas por la aviación y ametralladas. Las fuerzas revolucionarias estaban librando fuertes combates en Playa Larga y Playa Girón y el entronque de San Blas. Del Estado Mayor se ordenó a la fuerza aérea bombardear esos objetivos y fueron "trabajados" con bombas de 500 libras, rockets y rociadas de ametralladoras. En Soplillar había un vehículo que le estaba transportando obuses al enemigo y el teniente Douglas Rudd lo atacó con su "Sea-Fury", haciéndolo estallar al dispararle con los cañones. Después ametralló otros camiones en la carretera de Girón a San Blas, volando tan bajo que los proyectiles, al chocar contra el pavimento, lanzaban de rechazo las piedras contra el fuselaje del "Fury", descubriendo los mecánicos, al regreso de Rudd a la base, que tenía piedras incrustadas en el aparato.

El día 19, sobre las tres de la tarde, volaban juntos los pilotos Ernesto Guerrero y Douglas Rudd cerca de la costa de Playa Girón cuando divisaron dos aviones yanquis de retropropulsión que reconocían la zona. Seguramente comunicaron a su unidad —el portaviones— la situación desesperada de los invasores y los agentes del Pentágono decidieron evacuar a las tropas mercenarias. Esto se entienda así, pues entre cuatro y cinco de la tarde, cuando Del Pino y Prendes volaban en sus T-33 para apoyar a las tropas revolucionarias en la zona de operaciones, se sorprendieron al ver gran movimiento de mercenarios tratando de embarcarse en diversas naves en Playa Girón. Erán lanchones que habían sido enviados desde dos destroyers norteamericanos que se veían a tres millas de la costa.

No lo pensaron dos veces Del Pino y Prendes. El primero atacó de Oeste a Este a lo largo de la playa y el segundo de Este a Oeste, cruzando las embarcaciones con fuego de ametralladoras y frustrando la fuga de los invasores, los cuales, después de sufrir grandes bajas y ver hundirse los lanchones, se refugiaron en las casas de la playa los que pudieron alcanzar la orilla o se internaron en los manglares. Relataría Lagás después que al llegar al escenario en un B-26 con Douglas Rudd tripulando su "Fury", observaron que en el muelle chico de Girón los mercenarios, a la desbandada, enloquecidos, trataban de echar mano de cuanto embarcación veían para intentar la fuga.

—Aquello parecía un Dunquerque chiquito —contaba Lagás. Por todas partes se veían lanchones hundidos, lanchas de desembarco al garete y mercenarios dándose a la precipitada. Los destroyers que vigilaban la "Operación Rescate" se retiraron inmediatamente. Aquella había sido la última tentativa por salvar a "sus invasores".

A las cinco y treinta y cinco minutos de la tarde del miércoles 19 se realizó un bombardeo de precisión con bombas de 500 libras sobre Playa Girón. Una de ellas perforó el techo de la casa en que se reunía el mando enemigo. Fue un impacto directo. Cinco minutos más tarde, los mercenarios se rendían en masa. Había terminado la invasión.

Como detalle interesante narrado por los aviadores, está el de que el miércoles 19 por la mañana, cerca de Cayo Guano, la aviación nuestra divisó dos barcos de transporte de unas 6 a 8 mil toneladas, protegidos por dos destroyers, en los cuales se advertía la presencia de mucho personal. Seguramente era otro contingente de mercenarios que la Agencia Central de Inteligencia había pensado lanzar. Esto ocurría a las



Un mecánico de la base aérea de San Antonio de los Baños, herido durante el cobarde bombardeo del sábado 15, muestra su brazo enyesado al teniente Rafael del Pino, uno de los héroes de la FAR que destruyeron en un plazo de 25 horas a la aviación enemiga.



Tte. ALBERTO FERNANDEZ, combatió con un "chorro" T-33.



El Ministro de Comunicaciones, RAUL CURBELO MORALES, que actuara en la base de la FAR como jefe de operaciones durante los tres días de la invasión, en funciones de oficial de enlace designado por el comandante Fidel Castro.

7 y 20 minutos de la mañana del miércoles. Cuando los buques avistaron los aviones cubanos, navegaron hacia el sur, a 22 nudos por hora, con rumbo a isla Swan.

El capitán Prendes informaría también que durante el intento de reembarque, al hostigar a los lanchones enviados por los destroyers, desde estas unidades navales norteamericanas le hicieron intenso fuego, sin alcanzarlo.

Ese mismo día Prendes vio un "jet" de la Marina norteamericana volando a poca altura sobre el Escambray.

Los días 20 y 21, Prendes y Del Pino estuvieron patrullando la costa sur y divisaron cuatro barcos de líneas norteamericanas operando muy cerca de tierra, dentro de las aguas jurisdiccionales cubanas, en la ensenada de Cazones. Volaron sobre ellos varias veces, a prudencial altitud, en misión de reconocimiento. De pronto, una nube de "Sabre-Jets", procedente de un portaviones, establecieron una cortina de protección para las naves entre éstas y la costa. Hicieron varias picadas hacia los aviones cubanos, pero no dispararon. Ernesto Guerrero, un piloto que se portó valientemente en las cuatro misiones que realizó, bombardeó a los barcos enemigos, hostilizó a los mercenarios en Playa Larga y obligó a retirarse a los "Sherman" de los invasores.

Ha vuelto el silencio a enseñorearse de la pradera de San Antonio de los Baños, donde tiene sus instalaciones la modesta Fuerza Aérea Revolucionaria.

Si usted acierta a pasar por allí alguna de estas tardes, verá a unos aburridos centinelas saludando cordialmente a los pasajeros de los autos y ómnibus que circulan por la posta de entrada de la base.

Si acaso le fuera permitido el acceso al establecimiento, podría darse una vueltecita por la Jefatura de Operaciones o los dormitorios de los pilotos. Sorprendería allí a Prendes, Carreras, Del Pino, Lagás, Rudd, Guerrero, Fernández o Bouzarc matando el tiempo leyendo alguna revista, haciendo chistes, descabezando un sueño.

Todos ellos jóvenes, apacibles, simpáticos. Con la sonrisa a pupilo iluminándoles los rostros.

Y le costaría gran esfuerzo imaginarse a este puñado de héroes rivalizando en proezas por la libre, entrenando dramáticamente su puntería sobre aviones y barcos enemigos, piloteando máquinas que volaban gracias a un milagro mecánico, haciendo historia en los cielos libres de Cuba durante los inolvidables días del pasado abril, asediando la más humillante de las derrotas al Imperialismo procaz e impotente.



Mientras el teniente Bouzarc, sonriente, hace el relato de sus experiencias en el combate aéreo en la zona de operaciones de la Ciénaga de Zapata, le escuchaba el capitán Enrique Carreras, que fue el primer piloto cubano que llegó sobre los objetivos enemigos, averiando al transporte "Houston" en la Bahía de Cochinos.



Tte. GUSTAVO BOUZARC, realizó misiones en un "Sea-Fury".

ASI TRIUNFA LA REVOLUCION

Después del sorpresivo y pirático ataque aéreo a la FAR, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba el sábado 15 de abril: la aviación del Gobierno Revolucionario había quedado casi anulada. De acuerdo con ello, los planes de invasión contaban con un formidable factor para asegurar su éxito: no habría oposición aérea a las operaciones de desembarco y al avance de las tropas mercenarias ya en tierra.

Pero los estrategas del Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia no contaban con la decisión de lucha del puñado de héroes que convirtieron la base aérea de San Antonio de los Baños, a pocas millas de la capital, desde la madrugada del lunes 17 de abril hasta que no quedó vestigios de amenaza de invasión en la zona de operaciones del Sur de Las Villas, cuatro días más tarde, en una "perrera" —calificativo que festivamente aplicaron ellos mismos a aquel establecimiento de la FAR— donde pilotos, mecánicos y personal de armamento rivalizaron en una pugna de arrojo, tenacidad e improvisación para organizar una fuerza aérea que con siete aparatos en pésimas condiciones —dos "chorros", dos B-26 y tres "Sea-Fury"— y diez pilotos —de los cuales murieron dos heroicamente el primer día— realizaron setenta misiones de combate, bombardeo y ametrallamiento! en cuatro días, destruyendo por completo la aviación mercenaria, poniendo en fuga a unidades de la escuadra norteamericana y descalabrando las comunicaciones y abastecimiento de la fuerza invasora en tierra para asestarle el más serio revés sufrido por los enviados del imperialismo en su descabellado intento de hollar suelo cubano.

Entre las seis de la mañana del lunes 17 y las siete de la mañana del miércoles 19 —unas 49 horas—, los aviones cubanos dieron cuenta de ocho aparatos enemigos del total de diez derribados entre el sábado 15 y el cese de las operaciones el miércoles 19.

La bochornosa derrota infligida por los valientes pilotos de la Fuerza Aérea Revolucionaria a la bien organizada expedición mercenaria, debe tener aún mesándose los cabellos a los "sesudos" de Washington. Ese es parte del precio que han pagado por el pecado de subestimar los recursos espirituales y materiales de la Revolución Socialista cubana y sus hombres.

"¡EMPATE LOS ALAMBRITOS!"

El heroísmo no estaba racionado allá por la base aérea de San Antonio de los Baños en los días dramáticos de la invasión.

Raúl Curbelo, el Ministro de Comunicaciones, improvisado en esas jornadas como jefe de operaciones de la fuerza aérea cubana, nos relata un incidente formidable.

Guerrero, uno de los valientes pilotos en operaciones, regresaba al campo en un "chorro" el martes 19, con el tanque hidráulico perforado por el fuego antiaéreo del enemigo. Había tratado inútilmente de sacar el tren de aterrizaje. El mecanismo no respondía.

Por radio, Curbelo le daba instrucciones:

—¡Guerrero!, ¡Guerrero!, ¡Es una orden! ¡Lánzate en paracaídas! ¡Olvídate del avión y tírate!

El "chorro" continuaba haciendo círculos sobre la base.

Guerrero se mantenía silencioso. Abajo, en la torre de mando, todos sabían que el muchacho se empeñaba por ensayar un aterrizaje forzoso.

De algún rincón surgió entonces un mecánico. Le pidió el micrófono al Ministro.

Curbelo, sin articular palabra, se lo entregó:

—Teniente Guerrero, teniente Guerrero —llamó el mecánico—. Oígame bien lo que le estoy diciendo: busque los alambritos por la parte de abajo. ¿Ya? ¿Me oyó? Pues empate los alambritos y apriete los botones...

Segundos, quizás minutos de silencio.

Desde abajo, el personal observó cómo el T-33 iba sacando lentamente el tren de aterrizaje. Instantes después, Guerrero saltaba sonriente de la cabina, ya en tierra.

RELACION DE VUELOS DURANTE LOS DIAS 17, 18, 19 y 20 DE ABRIL

| PILOTO | ABRIL 17 | ABRIL 18 | ABRIL 19 | ABRIL 20 | Total |
|----------------------------------|----------|----------------------------|----------|----------|-----------|
| ALVARO PRENDES | 2 | 4 | 5 | 3 | 14 |
| RAFAEL DEL PINO | 2 | 3 | 4 | 1 | 10 |
| ALBERTO FERNANDEZ | 2 | 3 | 3 | 1 | 9 |
| GUSTAVO BOUZAR | 3 | 2 | 2 | 1 | 8 |
| JAQUET LAGAS | 2 | 1 | 3 | 2 | 8 |
| ENRIQUE CARRERAS | 2 | 1 | 3 | 1 | 7 |
| RUDD DOUGLAS | 1 | 4 | 2 | — | 7 |
| ERNESTO GUERRERO | — | 2 | 2 | — | 4 |
| LUIS SILVA | 2 | Derribado en el 2do. vuelo | | | 2 |
| CARLOS ULLOA | 1 | Derribado en el 1er. vuelo | | | 1 |
| TOTAL de vuelos | | | | | 70 |

En el vuelo del B-26 donde pierde la vida el capitán Luis Silva Tablada, también mueren el sargento artillero Martín Torres, el mecánico Reinaldo González Martínez y el navegante Alfredo Noa.

AVIONES DERRIBADOS POR LOS PILOTOS CUBANOS

| | |
|-----------------------------|----------|
| Alvaro Prendes | 2 |
| Enrique Carreras | 2 |
| Rafael del Pino | 2 |
| Douglas Rudd | 1 |
| Alberto Fernández | 1 |
| TOTAL | 8 |



ASI COMBATIO LA MARINA DE GUERRA REVOLUCIONARIA

POR HEBERTO PADILLA

“En realidad no hubo sorpresa para la tripulación del “Baire”, pues desde diciembre estábamos esperando el ataque de la aviación enemiga. Cuando vimos los dos aviones, se tocó zafarrancho de combate y, en un minuto, todos los hombres estaban en sus puestos. Fue alrededor de las seis de la mañana y muchos dormían. Después nos limitamos a esperar. La orden era disparar sólo cuando fuéramos atacados. Vea usted, la unidad se encontraba fondeada en 21 grados 56' N latitud y 82 grados 44". 5 W de longitud”.

En el mapa, lleno de cifras y de puntos, el índice del alférez de navío Antonio M. Reyes Domínguez, comandante del buque patrullero “Baire”, señala un punto situado a dos millas y media de Isla de Pinos.

—Justamente aquí —me dice.

Por la ventana del puesto naval de Nueva Gerona, donde estamos, veo el “Baire”, completamente escorado, con el costado de estribor descansando sobre el fondo del río Las Casas, a unos metros de la orilla. Una grúa enorme se desplaza por el pequeño canal, haciendo un ruido que apaga la voz del comandante Reyes.

—Ahora estamos empeñados en pararlo y repararlo lo antes posible —dice mientras camina hacia la ventana.— Me aseguran que dentro de diez días o un poco más estará casi listo el trabajo.

Sonríe con agrado. Es un hombre de estatura mediana, suave de trato; sobrio y directo en sus expresiones y muy modesto en la narración de los hechos heroicos que protagonizaron él y sus hombres. Ahora comprendo por qué el jefe de operaciones navales de la Marina de Guerra Revolucionaria, el teniente de navío Julio Calderón Jústiz me mandó decir a través del diligente alférez Ricardo Puri Villaescusa, que nos acompañó durante nuestro viaje a Isla de Pinos: “Si la prensa quiere informar sobre la actuación de nuestra Marina de Guerra Revolucionaria durante el ataque de los mercenarios el pasado 17 de abril, yo le recomiendo, sinceramente, que hable con los mismos marinos a quienes nuestra patria agradecerá siempre sus acciones de extraordinario heroísmo... Ellos podrán decirle mucho y más de lo que yo pueda...”

El comandante Rey se vuelve para presentarme a algunos miembros de la tripulación del “Baire”. Saludo a Osvaldo Arozare-

na, José Ramón Hernández, Enrique Pérez Arzoaga, Andrés Neyra y Alfonso Trujillo López, que fue herido cuando disparaba con una ametralladora, en pleno combate.

—Todos han tenido una participación de primera línea —nos dice el comandante Rey y me señala seguidamente a un muchacho de dieciséis años, que lleva el uniforme de los Jóvenes Rebeldes.

—Este es el joven rebelde Radamés González Roca. Estaba con nosotros durante el ataque de los aviones mercenarios. Hacia algún tiempo que estaba en el barco aprendiendo el manejo de las máquinas. Aún no tenía mucha práctica, pero cuando los maquinistas fueron heridos, él solo echó a andar la máquina que hizo cambiar de posición al buque cuando las bombas caían sobre cubierta.

Radamés se siente complacido; baja la vista. El comandante Rey le pone una mano en el hombro.

—Hay otros jóvenes rebeldes de su misma valentía, que también estaban aprendiendo con nosotros y que seguirán haciéndolo.

Una lancha empieza a acercarse a la orilla, a unos metros del puesto naval.

—Podemos aprovechar esa lancha para llegar hasta el “Baire” —dice el comandante Rey.— Así podrán apreciar de cerca el efecto de las balas y los rockets de la aviación mercenaria.

Asentimos y nos dirigimos a la lancha. Sobre el costado de babor del “Baire” caminan algunos marinos revisando los impactos de la metralla. El comandante Rey los reconoce.

—Es el resto de la tripulación del “Baire” que aún está en la Isla. Tal vez usted quiera conocerlos.

Le respondí que sí y saltamos al barco escorado. El comandante Rey llamó al grupo de marinos. Fonseca comenzó a tomar fotos del conjunto. Allí estaban los marinos Enrique Fernández González, Rafael González Torres, Vicente Fundora Castro, Rogelio Montiel Ramírez, Fermín Roger, Andrés Pérez Estrada, Victoriano Zaragoza Valdés, Julián González Godoy, Juan Roberto del Río y José Luis González Méndez, todos pertenecientes a la Marina de Guerra Revolucionaria.

—Sólo les falta conocer ahora a Iraldo Hernández Esquivel y Lino A. Giral Guerra

y Gonzalo Mendicoaga Orozco — dice el comandante Rey.

Le respondo que les conocí la noche antes en el Estado Mayor y que sabía que todos ellos habían sido heridos en combate.

—Sí, fueron todos heridos. También John Solange y René Hernández Chávez y Osvaldo García. Fueron para La Habana, pero en Nueva Gerona quedan dos heridos de gravedad, que se encuentran todavía en el Hospital de Nueva Gerona. Son Gerardo Cárdenas y Andrés Alarcón Socarrás. Son muy valientes. Después iremos hasta el hospital.

—Es un barco pequeño —le digo al comandante Rey después de recorrer de un extremo a otro la plancha de babor. Me informa que, en realidad el buque carecía de eficacia bélica. El teniente Puri Villaescusa aclara que es un barco de guerra viejo que Cuba había adquirido en 1942 y que pertenecía a unos curas norteamericanos.

—Aquí fue artillado y preparado para patrullar las costas, pero, por ejemplo, tiene motores Hamilton que ya ni siquiera se fabrican y cuyas piezas no se encuentran en ningún mercado. El buque estaba trabajando con un solo motor, porque con las piezas de uno se había reparado el otro —agrega.

—Carecía de velocidad y de maniobrabilidad, que son dos condiciones imprescindibles para enfrentarse a cualquier ataque —me dice el comandante Reyes.

—¿Cómo explica que los aviones mercenarios no hayan logrado hundirlo —le pregunto.

—Pienso que dos factores contribuyeron a eso. Primero, la tripulación no perdió un solo instante para situarse en sus posiciones de combate. A pesar de nuestras limitaciones no se dejó de disparar más que cuando fue prácticamente imposible continuar haciéndolo. Segundo, porque uno de los dos aviones fue alcanzado por nuestras ametralladoras y se alejó echando humo, cosa que tal vez preocupó seriamente al segundo avión. Y hay la tercera posibilidad de que no hayan tenido más metralla para dejarnos caer encima.

—Usted dice que dejaron de disparar cuando fue prácticamente imposible...

—Sí —dice el comandante Reyes— Cuando ya nuestras ametralladoras dejaron de funcionar. El buque disponía de un equipo anticuado. Incluso los proyectiles estaban en

el barco casi desde que fue adquirido por el Estado cubano. A los pocos minutos de estar funcionando empezaron a encasquillarse las ametralladoras, y todos nosotros comprendimos que nuestras balas ni siquiera explotaban al dar contra los aviones. Realmente fue una batalla de criminal desigualdad.

—¿Cuántos minutos duro el ataque?

El comandante Reyes se vuelve hacia el marino Alfonso Trujillo.

—Justamente ayer estábamos comentando que el ataque duraría unos quince minutos —dice el comandante Reyes.

—A nosotros nos parecieron horas —comentan los miembros de la tripulación que nos rodean.

—¿Cómo eran los aviones?

—Al parecer eran B-26, pintados de color gris claro con aspecto reluciente, con las banderas e insignias cubanas pintadas.

—¿Los vieron acercarse inmediatamente?

—Primero maniobraron sobre el barco a gran distancia —dice Trujillo.

—A gran distancia y poca altura —agrega el comandante Reyes— y se fueron encimando a nosotros de popa a proa, disparando sus ametralladoras, haciendo blanco directo con gran número de los proyectiles lanzados.

—¿Cuántas veces atacaron?

—Cinco o seis veces —me responde el comandante Reyes.

—¿Dejaron caer bombas?

—Muchas, pero la mayoría de ellas no hicieron blanco, porque actuamos con mucha rapidez. El personal de máquinas arrancó la única máquina en servicio en menos de un minuto, embragándola atrás, sin esperar nada más, evitando gran cantidad de impactos, especialmente los de las bombas.

Los marineros me señalan las huellas de los rockets. El marino Andrés Neyra me muestra la puerta del compartimiento de Cámara del Puente y me explica que allí se produjo un incendio durante el ataque.

—Sí, —me dice el comandante Reyes— Ese incendio produjo una terrible cantidad de humo que ahogaba a los heridos que habíamos trasladado a ese lugar y a los mismos telegrafistas; pero el personal, bajo la metralla, logró sofocar el incendio.

—La situación era muy difícil —me dice el marino Vicente Fundora Castro— porque había ya dos muertos en nuestro barco y once heridos, uno de ellos con el brazo derecho amputado; otro con las dos piernas partidas a nivel de las rodillas; otro con un pie semidestrozado, y otro con la clavícula partida.

El comandante Reyes interviene para señalar que el material del buque estaba ya fuera de servicio, hundido parcialmente y presentando un gran número de impactos por encima de la línea de flotación.

—Y algunos otros por debajo de la línea —dice Trujillo.

—¿No tenían una bomba de achique? —le pregunto al comandante Reyes.

—No llegó a funcionar por más que lo intentamos. Ese fue uno de los inconvenientes fundamentales, que entraba el agua y no podíamos sacarla.

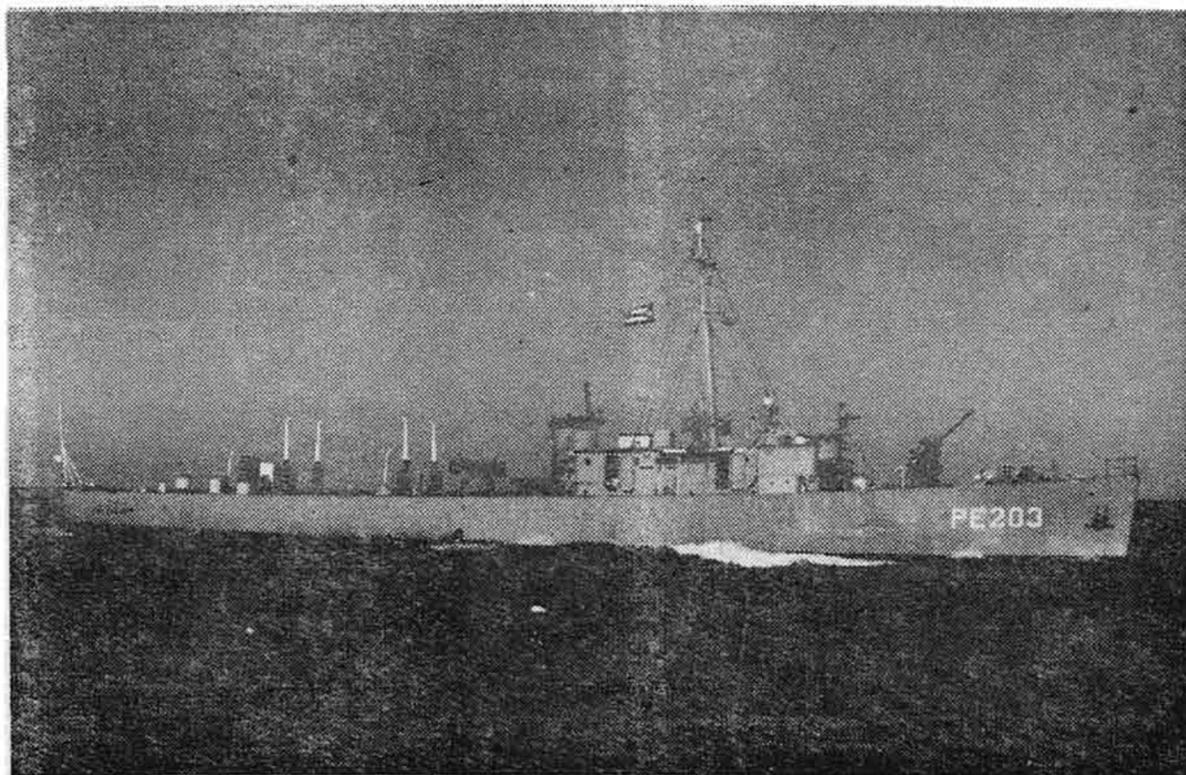
—¿No tenían material de control de averías?

—Era muy deficiente. No obstante, cuando los aviones se alejaron, comenzamos a taponar las perforaciones hechas en el costado de estribor, y se transfirió combustible de esa banda para el centro, pues el barco estaba hundiéndose lentamente; pero seguíamos avanzando hacia la costa y sabíamos que la lancha 104 venía en nuestra ayuda. La habíamos sentido disparar contra los aviones mercenarios durante el combate. Luego cuando estábamos llegando a la costa, se paró la máquina propulsora y no pudimos arrancarla de nuevo.

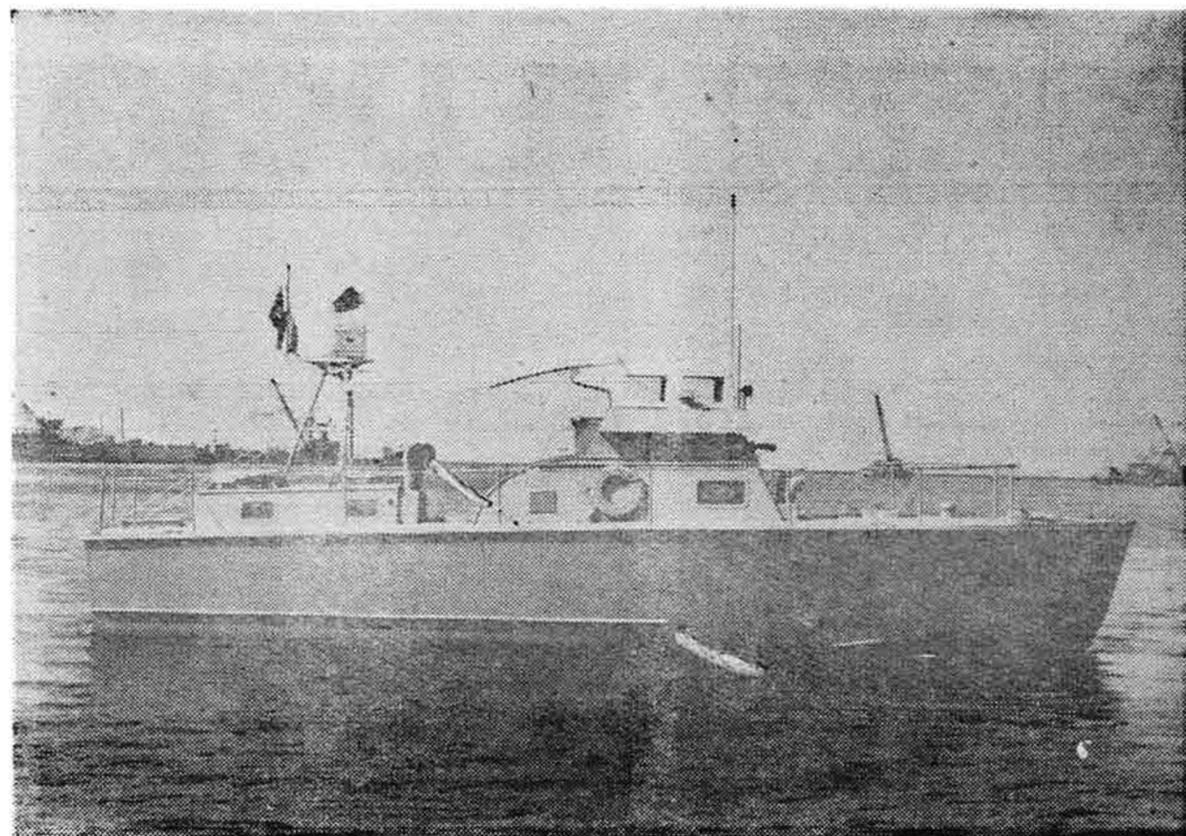
La voz del comandante Reyes se hace intensa. Los demás marinos escuchan el relato atentamente. Les preguntó cómo pudieron llegar a Nueva Gerona.

—El GC 104 "Oriente" se abaló a nosotros y recogió a los muertos y heridos —me informa el comandante Reyes.

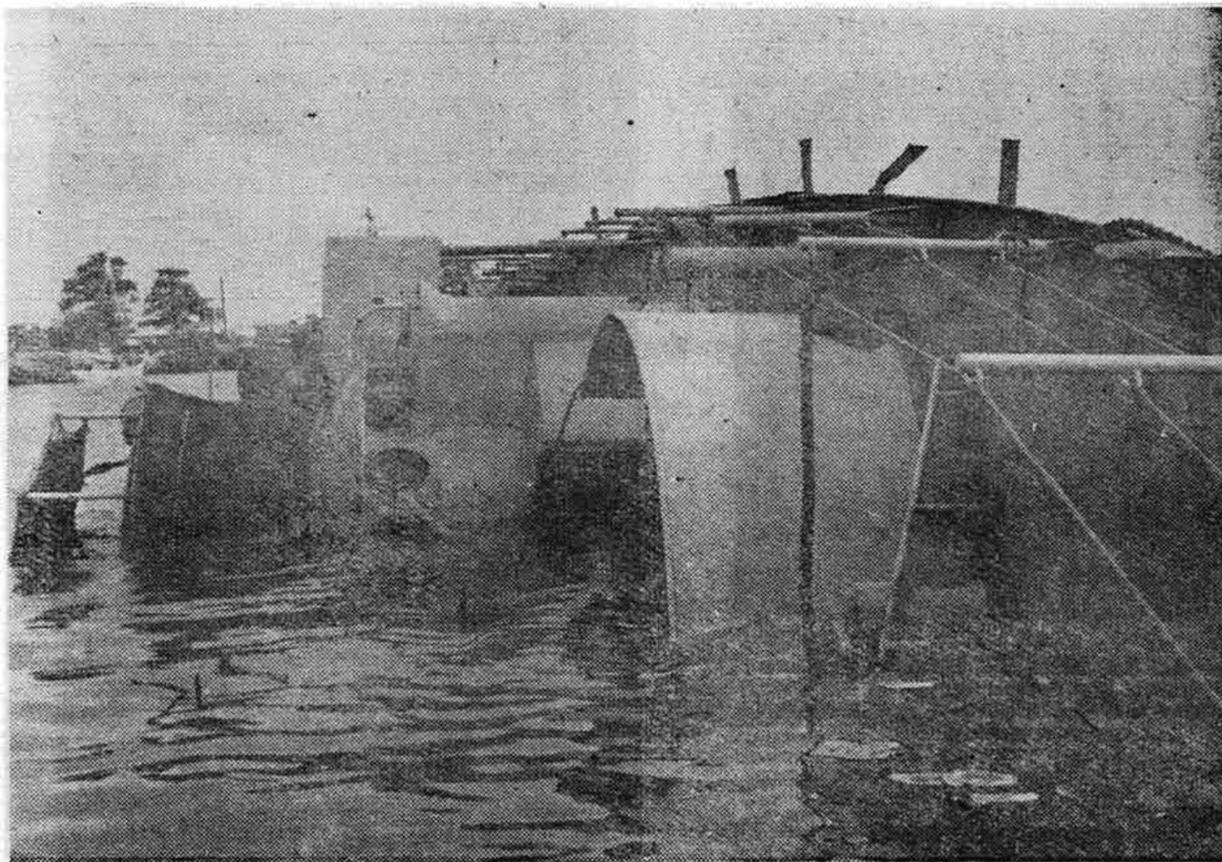
Después, una embarcación de la Flota Pesquera del Puerto nos fue remolcando dificultosamente porque el viento del Sur lo hacía casi imposible. Pudimos entrar al río y llegar hasta este lugar, pero al querer pegarlo al puente y arrimarlo a la orilla occi-



EL BUQUE CUBANO "BAIRE" ametrallado por la aviación mercenaria.



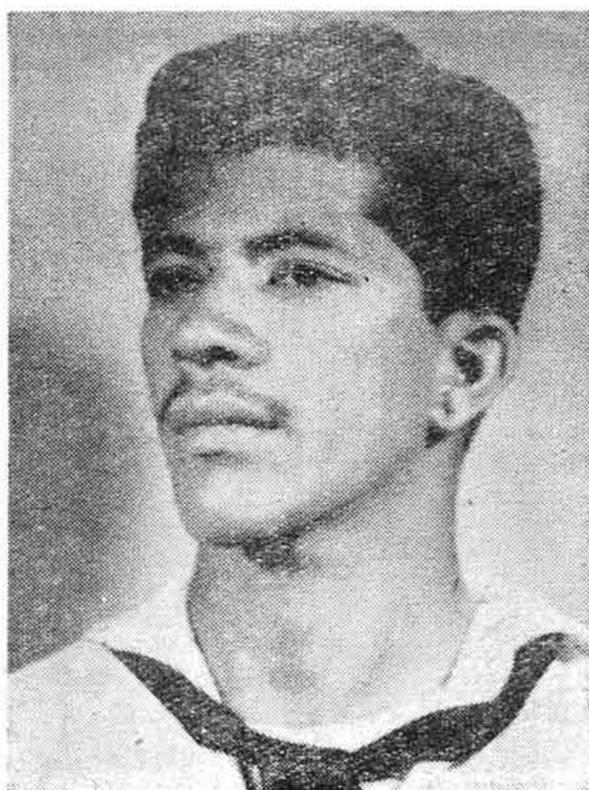
LA LANCHAS. V. 3, la primera unidad cubana que reportó el desembarco de los mercenarios y cuya tripulación se batió heroicamente contra las fuerzas invasoras.



El buque cubano "Baire", completamente escorado, do del río Las Casas, en Isla de Pinos, después de haberse batido heroicamente contra el ataque aéreo de los mercenarios.



ARMANDO RAMOS VELAZQUEZ, marinero regular, muerto en combate.



JUAN ALARCON RODRIGUEZ, marinero regular, muerto también durante el ataque de los mercenarios.



IRALDO HERNANDEZ ESQUIVEL, uno de los heridos durante el ataque al buque patrullero Baire.



LINO A. GIRAL GUERRA, otro de los marinos heridos durante el ataque mercenario al "Baire".



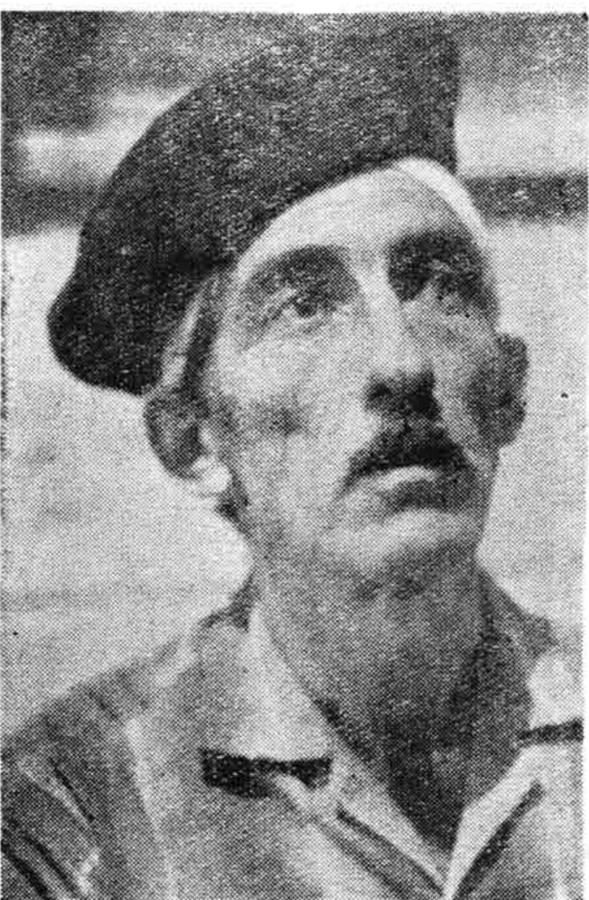
JOHN SOLANGE, otro marino cubano herido en el "Baire".



OSVALDO GARCIA, herido en el "Baire".



GERARDO CARDENAS GARCEDO, artillero del buque "Baire", gravemente herido en las dos piernas, cuando se batía heroicamente con la aviación mercenaria.



GONZALO MENDICOAGA OROZCO, maquinista del "Baire", herido en el ataque de los mercenarios al buque "Baire".



RENE H. HERNANDEZ CHAVEZ, herido también en el buque cubano "Baire".

FOTOS DE FONSECA

R

"Yo quiero morir peleando con mercenarios"

Armando Ramos Velazco y Juan Alarcón Rodríguez coincidían frecuentemente, según cuentan algunos de sus amigos. Coincidían, por ejemplo, en recordar al unísono los nombres de los colores rápidos de los peces que veían pasar por las noches, cerca del "Baire", cuando acababan las lecciones de matemáticas y de gramática que el comandante Reyes les dictaba; coincidían —me dice un miembro de la tripulación— "en una amistad muy grande y fuerte del uno para el otro" y coincidían en que de las clases nocturnas en el barco, lo que más admiraban eran las cartas de José Martí.

La noche antes, Johnny Solange les preguntó qué clase de muerte les gustaría tener. Los dos amigos se miraron. Dijeron al mismo tiempo: "Yo quisiera morir peleando contra los mercenarios..."

Ramos Velazco murió alcanzado por una bala calibre cincuenta del avión mercenario; Alarcón Rodríguez murió en su puesto (era artillero de una ametralladora de veinte milímetros). Murieron casi al mismo tiempo.

"Nunca hemos zambullido tantas veces..."

"Nunca hemos zambullido tantas veces..."

—¡Hay que sacar ahora mismo de la lancha esta ametralladora cincuenta...!— gritó el patrón Juan Cortés Rodríguez al marinero cubano Frank George King; éste seguía disparando contra los aviones mercenarios B-26 que estaban tratando de hundir la lancha SV-3 de la Marina de Guerra Revolucionaria mientras las tropas de mercenarios desembarcaban en Playa Larga. Los otros dos tripulantes de la SV-3 reportaban urgentemente las operaciones por el equipo de radiofonía.

—¿Adónde vamos a emplazarla?— preguntó King, un poco desconcertado.

—¡En tierra...!— gritó Cortés. Aquí no podemos resistir durante mucho tiempo... Vamos hacia la playa.

Era la una de la mañana y —más allá del Caletón de Buenaventura donde se encontraba la lancha— podían percibir cuatro de los barcos mercenarios desembarcando tropas. Los cuatro tripulantes cubanos comenzaron a nadar hacia la playa con la ametralladora en alto y con el mayor número de balas que les fue posible transportar. En la playa se parapetaron estratégicamente y, cuando los aviones volvieron a lanzarse sobre la lancha, sacudiéndola con ráfagas continuas, George King intentó batirlos desde la nueva posición. Desde las líneas mercenarias oyeron las órdenes reiterativas, insistentes: "No tiren a los barcos, que son nuestros..." Y, seguidamente, a voz en grito: "Comunistas, entréguese; vengán desnudos y con las manos en alto..."

Los marinos cubanos respondieron con varias ráfagas de ametralladoras.

—Hay que regresar a la lancha para pedir refuerzos— gritó el patrón Cortés. A las tres horas, resistiendo heroicamente los morteros y las bazukas enemigas, los cuatro marinos cubanos vieron llegar los primeros refuerzos: los milicianos del batallón 339.

"La lucha se hizo entonces continua" —me contaba en Batabanó el patrón Juan Cortés Rodríguez, señalándome los impactos de las balas sobre la cubierta de la SV-3. —La aviación concentró su ataque sobre nuestra trinchera y cuando tratamos de regresar a la lancha para pedir más refuerzos, pudimos comprobar que la batería eléctrica se había agotado y era imposible seguir transmitiendo. Entonces tuvimos que romper una grúa que estaba cerca de la trinchera y le sacamos la batería y la instalamos en la lancha, y pudimos continuar la transmisión.

Así, durante más de una hora, la tripulación se lanzaba al agua, zambullía, nadaba por debajo, comunicaba cuanto estaba ocurriendo y volvían a pelear. Todos lograron resistir, sobrevivir y triunfar.

—Eramos medio buzos, medio marinos y medio soldados de infantería —me contaron después los cuatro admirables marinos cubanos.

—Lo cierto es que nunca hemos zambullido tantas veces —comentaba sonriente el patrón Juan Cortés Rodríguez.

dental del río, nos fue imposible. Ya estaba demasiado escorado. No avanzó un milímetro más. Pero a nosotros llegaban los ecos de nuestro Himno Nacional, que venían cantando cientos de pineros. Así nos recibió el pueblo.

Todos recorren con la vista las diferentes partes del buque y empiezan a señalarse las huellas de los rockets y a recordar los dramáticos episodios individuales. El comandante Reyes me invita a visitar a Cárdenas y Alarcón, los dos heridos de mayor gravedad.

El hospital tiene dos salas con dos nuevos nombres: "Armando Ramos Velasco" y "Juan Alarcón Rodríguez", muertos valientemente en combate con los aviones mercenarios.

Gerardo Cárdenas Garcedo nos hace un recuento de su participación en la lucha y se muestra entusiasta y convencido de que pronto estará restablecido. Quiere seguir siendo marino y "cada día más útil a la Revolución cubana".

Juan Alarcón Rodríguez, con un brazo de menos, se vuelve en su cama para decirnos: "Quiero que usted ponga en su trabajo que yo quiero seguir siendo marino con mis mismos compañeros. Con un solo brazo haré lo que sea necesario por nuestra Revolución, y ahora más que nunca".

El doctor Vidal, que ha sido enviado por el Hospital Militar para que traslade a los heridos, les pregunta si quieren trasladarse a la capital. Los heridos le hacen ver que han recibido tantas atenciones de los médicos y enfermeras del hospital de Nueva Gerona que lamentarían mucho tener que partir.

Pero, al fin, acceden. Fonseca, el tenien-



Una parte de la tripulación del buque cubano "Baire", reunida sobre el costado de estribor, en el río Las Casas, de Nueva Gerona.



JUAN CORTÉS RODRÍGUEZ, patrón de la lancha SV 3, de nuestra Marina de Guerra Revolucionaria.

te Puri, el doctor Vidal y yo, les acompañamos hacia el avión. Durante todo el trayecto se muestran entusiastas.

—Son buenas gentes las de Isla de Pinos —me dice Cárdenas— Me gustaría volver a verles pronto. Y sonríe.

Cuando el avión despegó y comienza a cobrar altura, me asomo a la ventanilla para ver la ciudad. Abajo, gris y diminuto, veo el "Baire" y la grúa moviéndose en torno. Y pienso que mañana, cuando nuestra Marina de Guerra Revolucionaria disponga de los buques y lanchas nuevas e imprescindibles para su labor de vigilancia, los héroes del pequeño "Baire" batiéndose valerosamente con armamentos antiguos contra un enemigo poderoso y artero y los héroes de la SV 3, luchando con una ametralladora cincuenta frente a dos aviones piloteados por un personal rigurosamente entrenado por el imperialismo, quedarán como símbolos admirables en la historia de la Marina de Guerra Revolucionaria de Cuba.

Junto a ellos, también habrá de destacarse la labor de limpieza de otras lanchas como la SV 10, SV 1; el pequeño buque de servicio de faros SF 6; la lancha R-42; el GC 106 y GC 104 que, no obstante los ataques de aviones "Sabre" norteamericanos para impedir que sus marinos desembarcaran en los cayos cercanos a capturar a los mercenarios que lograron escapar, continuaron incansablemente su labor revolucionaria.

Todos ellos representan el esfuerzo de nuestra Marina de Guerra Revolucionaria por defender a cualquier precio, el triunfo y la consolidación definitiva de la Revolución cubana.

"Lo nuestro era un problema personal..."

Gerardo Cárdenas Garcedo —uno de los heridos graves más entusiasta y risueño que he visto en mi vida— me contaba, en el Hospital de Nueva Gerona, detalles del ataque aéreo de los mercenarios contra el buque patrullero "Baire".

—¡El problema es que había una orden de no tirar contra ningún avión hasta que no disparara primero contra nosotros!

Le pregunté si los aviones atacantes habían mostrado señales sospechosas. Me dijo, riéndose a carcajadas:

—Qué va... ¡Si parecían de la FAR, con los mismos colores, con la misma banderita.

—Entonces te despreocupaste por completo al verlos acercarse —le dije.

Cárdenas reaccionó súbitamente grave.

—Qué va... ¡En el "Baire" todo el mundo estaba listo. Cada uno en su puesto.

—¿Y tú, qué hiciste?

—Me senté a la ametralladora de veinte milímetros; me apreté bien las correas del asiento y enfilé el cañón hacia el primer avión que pasaba. Lo iba siguiendo pulgada a pulgada. Que él subía un poquito, yo subía otro poquito; que él daba una vuelta, yo daba otra vuelta; y cuando hizo así (Cárdenas trazó unos círculos rápidos con sus manos finas y largas, imitando el movimiento del avión) y se lanzó en picada, le enfilé la ametralladora en la misma nariz; y cuando vi la candela de la cincuenta saliendo de las alas, apreté el gatillo hasta que no me quedó una sola bala en el magazine...

—¿Le diste, entonces?

—Se las puse todas arriba; pero mis balas no hacían explosión al tocar el avión, eran muy viejas; eso sí, yo seguía metiendo magazines en la ametralladora y clavándolas en el aparato hasta que sentí que me daban un batazo en la pierna derecha que me tumbaba fuera del asiento, y una ardencia y luego un poquito de dolor. Cuando fui a agarrar otra vez la ametralladora me di cuenta que no tenía fuerzas y me quedé colgando del asiento y la ametralladora por su lado. Y lo peor es que el avión seguía tirándome con la cincuenta y con los rockets. Era como si me hubiera estado buscando... Era un problema personal entre aparato y aparato; se lo digo, aquello era un problema personal..."

Cárdenas no dejó de sonreír ni cuando se movía visiblemente tocado por el dolor, mientras el doctor Juan Luis Vidal —ayudado por los doctores Galindo y Mario Hierro— rompía el enyesado para curar nuevamente sus piernas llenas de heridas y fracturas.



ANTONIO M. REYES DOMINGUEZ, comandante del buque "Baire" de la Marina de Guerra Revolucionaria, mientras narra a nuestro compañero Heberto Padilla los hechos relacionados con el ataque de la aviación mercenaria al buque de guerra cubano.

OTRAS ACCIONES

Conjuntamente con la SV-3 colaboró el Yate "BRAVO" tripulado por tres miembros de la MNR.

El Crucero "CUBA" fue hostilizado por aviones de la US Navy, en lugares cercanos a la zona de "Operaciones", a 25 millas al sur de Girón.

El personal del faro Cayo Guano del Este pertenecientes a la MGR, no dejaron de reportar un instante las acciones de guerra que se reportaban en las zonas aledañas a ellos siendo los mismos los marineros regulares: Antonio Hernández Ruiz, Observador Meteorológico Jorge Torrela Agosto, radiotelegrafista, con su esposa la señora Alcida Prieto y su menor hijo Jorge Torrela Prieto.

Los barcos "Boniteros" y "Pesqueros" de toda la zona del golfo de Batabanó prestaron gran ayuda a la MGR en la "Operación Limpieza" que se llevó a cabo en los cayos cercanos al litoral, brindando sus embarcaciones a tales efectos.

Las unidades de superficie de la Marina de Guerra Revolucionaria, se encontraban en los lugares estratégicos asignados por el alto mando, (el Baire, por ejemplo, cumplía una misión en donde fue atacado)

¿quiénes son esos del BATAILLON SUICIDA?

POR AMBROSIO FORNET

Dejamos constancia de nuestro reconocimiento a todos los miembros de la PNR que hicieron posible este trabajo: A Puerta, del Negociado de Relaciones Públicas de la PNR, por su estrecha y decidida cooperación; al teniente Roa y al capitán Marcelino Sánchez; a los que en forma menos directa nos facilitaron igualmente la tarea.

De innumerables combatientes de la PNR que entrevistamos, la mayoría de los cuales se hallan nuevamente en pie de lucha con un coraje admirable y una modestia digna de sus hazañas, no ha podido aparecer el testimonio directo en estas páginas. Queremos, por lo menos, consignar los nombres de algunos: José Manuel Mila de Baracoa, herido en combate, 18 años, 10 meses en el 2do. Frente Frank País; Rolando Durruthy Gracial, de Guantánamo, herido en combate, 23 años; perteneció a la columna 18 del 2do Frente Frank País; Rafael Sainz, Guantánamo; 9 meses en el 2do. Frente Frank País; Juan Ortiz García, de Santiago de Cuba; José Ulloa, La Habana; Ladislao Larrazábal, Guantánamo; Restituto Guzmán Estévez, Baracoa; Pedro Luceño, Baracoa; Emilio Hernández, central Isabel, Oriente; Sergio Valdés, Cabaiguan; Pedro López, El Yarey, Río Cauto, Oriente; Agustín Díaz; Manuel González Peña, Puerto Padre; Santiago Meriño, Santiago de Cuba; Luis García Olivares, Guantánamo; Antonio Pineda Torres, y otros.

Un mercenario que había sido hecho prisionero poco antes de la victoria de Playa Girón, le preguntó a uno de sus captivos, tartamudeando, quiénes eran aquellos combatientes que llevaban como insignia, en el hombro, un corazón. ¿Eran rusos, checos, o chinos?

Eran los miembros de la Policía Nacional Revolucionaria. Habían llegado al frente de batalla el día 18 de abril, por la mañana; acamparon en la carretera, entre Soplillar y Girón, donde el batallón 123 había sufrido grandes bajas; los autobuses alcanzados por las incendiarias ardían aún en el camino.

Entonces —bajo el fuego inintermitente que caía del cielo, salía de los andurriales y venía del frente— comenzó el avance. A un lado, la Policía Nacional Revolucionaria; al otro, el batallón 116 de las Milicias. Los tanques abriendo la marcha. Al frente de los batallones, el comandante Efigenio Ameijeiras, el comandante Samuel Rodiles, el capitán Carbó, otros: algunos no volverían. Los proyectiles de obuses y morteros, y el fuego graneado de fusil, la repentina aparición de un B-26 que descendía en picada vomitando metralla a lo largo del camino, no eran los únicos obstáculos en el avance. Habían tanques Sherman. Habían —a ambas orillas del camino— unos montoncitos de tierra que, se decía, no eran otra cosa que minas, a las que bastaría tocar apenas con el pie para que el distraído saltara en el aire hecho pedazos. “Yo —dice Stanley Williams, de Santiago de Cuba, que pertenece al pelotón de Zapadores y Mineros— me dirigí al teniente Herrera, y al teniente Vasallo, y les dije: “Bueno, ya que nosotros somos los zapadores, vamos a ver si ese terreno está minado. Entonces ellos mismos fueron a comprobar: no, no estaba minado”.

Pero los matorrales sí lo estaban, de francotiradores, a quienes llamaban, por el camuflaje de sus uniformes, “los-pintos”, y

cada vuelta del camino podía traer la sa de un tanque Sherman o una batería de morteros que, oculta tras una elevación de terreno, disparara a mansalva, obligando a los combatientes a tirarse de cabeza al suelo, o a refugiarse tras los tanques. Pero continuaba el avance: porque cayera la metralla que cayera, aunque la tierra se sacudiera de pronto y el aire mismo se pusiera saturado de plomo y de muerte, seguía el avance: era lo único que no podía detenerse.

De pronto las columnas se vendaban entre dos frentes de morteros y ametralladoras. Logran imposibilitar dos frentes rebeldes; el tiroteo se hace desesperado. El comandante Rodiles —cuenta Pausig, de Bayamo— ordena un repliegue a una distancia de unos 200 metros para que y las ametralladoras enemigas en acción acabamos de localizar. Saben dentro de poco llegarán aviones nuevos, un tanque se nos viene encima, se para a 40 pies de donde estamos y el comandante grita: “¡Tírale, Sosa, tírale!” Sosa, tiene más que unas granadas, se para atrás de un árbol y tira. Allí mismo el comandante dispara con todo lo que tiene. El comandante nos forma en L y hacemos fuego contra aquel monstruo. Otro de nuestros tanques ha sido alcanzado. A los pocos minutos llega nuestra aviación; entonces coge el comandante y seguimos la marcha hacia Girón.

Pero ya el capitán Carbó iba a ver a arreglarlos. “La metralla —dice Sixto Hierrezuelo, de Santiago de Cuba— nos dejaba asomarnos; tratamos de recluirnos entre las uvas caletas y en ese momento salió el capitán Carbó de atrás del tanque, que le dieron candela, y le gritamos que se agachara para que se protegiera de la metralla y él nos gritó que aquéllos eran cobardes, y les gritó: ¡cobardes! y ¡Viva Libre! y al llegar donde estaba el



JOSE MANUEL MILA
En combate, 18 años, 10 meses en el 2º Frente Frank País.



Algunos de los miembros del "batallón suicida"...



ORESTES LOBATO
"A unos metros, se me doblaron las piernas y caí".



LUIS HIDALGO RODALES
"...ya sólo pensaba en echar p' delante".



ROLANDO DURRUTHY GRACIAL
Herido en combate, 23 años, combatió en el 2º Frente Frank País.



PEDRO AGÜERO JEHIEL
"...allí todos los compañeros echaban p' delante".

... gritando ¡Viva Cuba Libre!, allí lo balacearon".
... los lo vieron caer. Pedro Agüero que sus compañeros conocen por el nombre de Pío. Allí cerca yacía él con un golpe en la espalda. Quintín que es de la zona había trabajado en la clandestinidad y se había unido a Ameijeiras, y peleó en la Sierr

... rra de los Organos, al mando del capitán Rogelio Payret, cuando se abrió el frente de Pinar del Río. Inclinandose hacia adelante, en su cama del Hospital de la PNR, nos asegura: "Allí todos los compañeros echaban p' delante; uno los veía y tenía que echar p' delante; si usted hubiera estado allí, compañero, también hubiera echao p' delante. Veía

... uno a los muchachitos artilleros de 14 y 15 años fajaos con los B-26 aquellos, grandazos, esos aviones son muy poderosos... y gritaban ¡vengan! ¡vengan! y ellos allí, con sus Cuatro Bocas, sin moverse, esperándolos. Y uno veía eso y se emocionaba y echaba p' delante, con más ganas de pelear".
A pocos pasos se encontraba Oreste



MIGUEL KIM
"Vi un miliciano como de 13 años; bajo el fuego...".



PAUSIDES FOLGADO
"El tanque se para a unos 40 pies de donde estamos, y...".



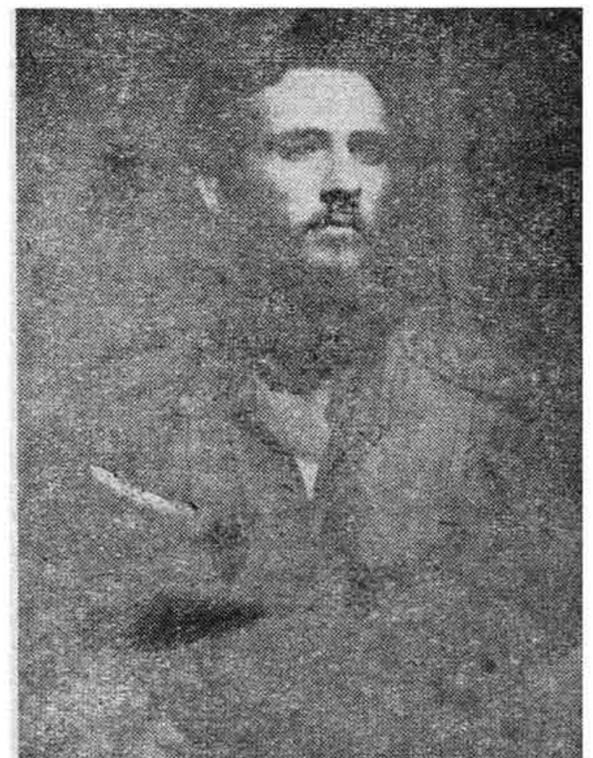
MANUEL ALVAREZ GONZALEZ (Palillo)
"...hemos demostrado que somos combatientes".



ANGEL VIDAL NAPOLES
"Estre más nos tiraban, más avanzábamos".



RAFAEL SAINZ
Nueve meses en el 2º Frente Frauk País; 3 días en Zapata.



ROGELIO BERMUDEZ
"...capturó un jeep enemigo".

FOTOS MAYITO

Lobato, de Fomento, I.V.: estaba allí, tirado boca arriba con cinco perforaciones en el brazo y dos en la espalda, una de las cuales le interesó el pulmón. Unos minutos antes había sentido una explosión, como a tres metros de donde estaba, que lo echó por tierra. Traté de incorporarme y vi que podía andar. Un compañero me preguntó si estaba

mal herido y yo le dije: No, no: ¡Patria o Muerte! y avancé unos metros más, y se me doblaron las piernas y caí. Entonces empezó a experimentar una extraña sensación que se inició con un entumecimiento de las piernas que se extendía hacia la cintura. "Caí con conocimiento; hice un esfuerzo por levantarme, pero no podía. No podía mover ni

un músculo, ni pestañear siquiera; oía vagamente el ruido, sentía lo que estaba sucediendo a mi alrededor: pero a mí no me sentía. Entonces pensé que ésa era la muerte, que así era la muerte y yo estaba experimentándola".

Luis Hidalgo Rodales, de Antilla, dice: "Vi morir a Carbó. Me dolió ver que lo mata-

ban, pero ya sólo pensaba en echar p'ante". Estaba herido en una pierna y recuerda que las balas le pasaban zumbando por sobre la cabeza "como si fueran cigarras". Buscó refugio tras una roca, al borde del camino, y se dispuso a seguir peleando: "Mi Fal estaba encendida, se había puesto colorá. Yo me dije: si me falla ahora, me pego un tiro; pero que va: cada vez que disparaba una ráfaga cantaba como un gallo". Antes de desmayarse, vio que empezaba a centrar sobre ellos el fuego de los morteros, las bombas incendiarias y el de las armas que disparaban los "majas" escondidos en los matorrales y confundidos con el follaje, gracias al camuflaje. "¡Nos tiraron con un tesón! De 10 de la mañana a 3 de la tarde, cuando caí herido, el sol se nubló de tanta metralla. To aquello estaba jibizao (agujereado como un jibe) por las balas". Hacemos un comentario sobre las declaraciones de los mercenarios, en el sentido de que "no habían disparado". "¡Que no dispararon, compañero! —exclama Hidalgo, soplando la palma de una mano—. Entonces lo que pasó fue que cayó un aguacero de metralla... y claro, nosotros estábamos allí y nos mojamos..."

¿Quiénes eran aquellos hombres que se enfrentaron a los invasores, con un corazón como insignia cosida al hombro?

La falta de visión que había traído a Cuba a un contingente de mercenarios en calidad de libertadores, se agudizaba en la huida y en el cautiverio. No veían: eso era todo. Reos de traición y de ceguera, habían dejado un mundo donde la realidad, a fuerza de distorsiones y escamoteos, acaba por desvanecerse. Pero sólo a sus ojos: ahora reaparecía ante ellos y era una muralla de hombres armados para quienes aquella lucha sólo podía conducir a la victoria o a la muerte. No era eso lo que los invasores habían leído en la prensa norteamericana y escuchado a través de Radio Swan; y a menos que éstos hubiesen estado mintiendo de una forma escandalosa, no les era posible dar crédito a lo que veían. Primero se pierde el sentido de la realidad, después el temple, si lo hay, y por último la guerra misma: porque aquello era una guerra, no un desfile militar, y ya la habían perdido. Si, además, hubieran perdido la vida, podía haberseles confundido con locos; pero esa —la que va de la locura a la muerte— fue la distancia que no se atrevieron a recorrer; se quedaron detenidos en sí mismos, afirmando con la salvación del pellejo lo único que aún podía dar razón de sí mismos: la cobardía y la traición.

No, esos hombres con quienes se encontraron, contra quienes se había estrellado, al mismo tiempo que la esperanza del botín, la fuerza invasora mejor armada que haya pisado tierras de América, no eran extranjeros. Y el corazón no lo llevaban precisamente en la hombrera; en rea-



AGUSTIN RUIZ

lidad, no había tal emblema; la insignia que llevaban, y que los invasores confundieron, era el escudo cubano. Y ellos, naturalmente, eran cubanos también.

—Somos cubanos. Esos del batallón, son de la Policía Nacional Revolucionaria.

En los ojos del mercenario que había hecho la pregunta brilló una chispa de picardía y, chasqueando la lengua para significar que a él sí que no le podían hacer cuentos, exclamó:

—¿De la policía? ¿Ese batallón? ¡No hombre!... ¡Si eso es un batallón suicida...!

Esos del batallón suicida —esos miembros de la PNR— eran muy jóvenes. Si nos detenemos a mirar la ficha de los héroes muertos en combate veríamos que el capitán tenía 24 años; el sargento hubiera cumplido en diciembre los 19. La edad promedio del resto de los caídos es de 23 años. Todos son de extracción humilde, en su mayoría de origen campesino. Muchos habían luchado antes contra la tiranía, en varios frentes. El 5 de enero de 1959, cuatro días después de la victoria, ingresaron en el cuerpo de la policía, que se convirtió así en un cuerpo cuyo solo nombre parecía un contrasentido y lo parecería aún en cualquier país de América:



LADISLAO LARRAZABAL

en Policía Nacional Revolucionaria. Eran un producto genuino de la Revolución: en cualquier país, policía y revolucionario son términos antitéticos de una lucha en la que hasta ahora siempre había acabado por imponerse el primero. El revolucionario era el hombre que se levantaba para, poco después, ser aplastado por el policía, cuya única misión era precisamente ésa: aplastar revolucionarios. En los períodos de calma aparente, el policía podía dejar de ser simple esbirro o sicario para convertirse en sostén del latrocinio ajeno y beneficiario de sus propios atracos, que en la mayor parte de los casos le producían, sin salir de la demarcación, ingresos que oscilaban entre el precio de un tabaco y la adehala fija de un garito.

Esta imagen del policía se había hecho trizas en Cuba: los jóvenes que integraron la nueva policía eran, por origen y por naturaleza, revolucionarios: eran policías en la medida en que eran revolucionarios. Pero si la imagen tradicional del policía se había desvanecido, como la realidad misma que la produjera, el solo nombre daba a veces ecos desagradables, como el de zángano. Si para defender y proteger al pueblo había que no hacer más intereses que defender y con otros

cuerpos armados y de vigilancia, ¿no pensaría la sociedad que el cargo de policía sencillamente era poco menos que una sinecura disfrazada? Y lo que era peor: ¿no se impondría, al cabo, en la mente del pueblo, la imagen del policía como tipo urbano y sedentario, que entre ronda y ronda hace pausas para tomar un buchito de café y estirar los brazos en una sucesión de bostezos? ¿Es que el mayor honor que le cabría en adelante sería prender a un asustado ratero o llevarse a un trasnochador escandaloso? ¿O vigilaría a los ciudadanos que improvisan polémicas en las esquinas? Con ese destino podía conformarse un simple policía; pero eso era la negación misma, una negación humillante además, del policía revolucionario. Y el temor a ser confundido hería en forma más o menos velada su conciencia.

Después de Playa Girón, ese temor se ha disipado; porque, como dijo, en medio de una salva de aplausos, Manuel Alberto Álvarez González, a quienes sus compañeros de la PNR llaman "Palillo": "¡Hemos demostrado que no somos parásitos, sino combatientes!"

Fue con esos combatientes con quienes tuvieron que enfrentarse los invasores. Me inclino a pensar que, al preguntar por la nacionalidad de los componentes del "batallón suicida", el mercenario no hacía más que darle una fácil y estúpida respuesta a un fenómeno que para él quedará en el dominio de lo inexplicable. En su pregunta latían otras que no llegaron a formularse, otras que eran, en suma, una sola y la misma: ¿Qué tipo de hombres son éstos, de dónde salen, qué los mueve, de qué están hechos? Preguntó si eran extranjeros por falta de imaginación; lo que en realidad se preguntaba a sí mismo era si serían marcianos, o acaso un nuevo tipo de hombres fabricados de acero, idénticos a los demás, excepto en una cosa: en que no sabían retroceder.

Nosotros conocemos la razón fundamental de ese heroísmo y el mecanismo que hace que se manifieste no en un hombre, sino en todo un batallón. Y no en un solo batallón.

sino en todos los batallones que combatieron en esta guerra terrible que ellos convirtieron en victoria relámpago. Pero es preferible que algunos de estos hombres, pertenecientes al batallón de la PNR, nos lo digan con sus propias palabras.

Pablo Pérez Cordero, de Pinar del Río: "A un compañero le dieron un tiro en el pecho, cayeron otros compañeros. Los obuses tronaban. Entre nosotros los gritos eran de p' delante, p' delante, y los compañeros cayendo y nosotros p' alanté. Un compañero venía sostenido por dos más, venía aguantándose el mondongo, que se le salía, con sus propias manos. Estaba pálido, se iba a morir; yo le puse una mano en el hombro y él me dijo: "Vénguenme, compañeros, vénguenme". Yo me erizo cuando me acuerdo. Hubo un momento en que los mercenarios gritaron: ¡ríndanse al Ejército de Liberación! y nosotros contestamos ¡tu madre! y otras cosas que no pueden decirse y después: ¡no nos rendimos, lo de nosotros es Patria o Muerte! Y abrimos fuego".

Ángel Vidal Nápoles, de El Caney, Ote.: "Entre más nos tiraban más avanzábamos. Veía a los compañeros de la Milicia y de la Policía, estaban heridos, cansados, con mucha sed, y todos gritando: ¡P' delante, compañeros, que vencemos! Y eso me daba gran valor".

Cristóbal Rodríguez Sarria, de Cienfuegos: "Ningún hombre puede decir que en la guerra no se siente miedo, pero nosotros allí, la verdad, no conocíamos el miedo porque sabíamos que estábamos defendiendo el bienestar del pueblo y nunca nos dejaríamos vencer por los que ayer nos explotaban, porque entonces viviríamos como vivíamos en el pasado. Y con tal que eso no vuelva, daríamos la vida".

Marcos Céspedes, del central Media Luna, Ote.: "Nuestro jefe allí, el primer teniente Sánchez, nos dijo que cruzáramos la carretera; nos mataron al compañero Alvaro Morales y se había abierto fuego de ambas partes con bazookas y morteros, como yo nunca había visto en mi vida. Puedo oír unas voces que nos decían que nos rindamos

que eran del Ejército de Liberación. Yo les grité: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!... y abrí fuego con mi fusil".

José Bermúdez Tejeda, de Gibara: "Ibamos avanzando y oí la voz de un compañero que decía "p' delante, por Cuba y por la Revolución". Alcancé al compañero Gómez, lo toqué en el hombro y le dije: hay que avanzar, esto hay que defenderlo al precio que sea. El me dijo, sí. Este compañero cayó en combate".

Francisco Miranda Brito, Holguín: "Se me acabó el parque como a las 11, viré para atrás y encontré un miliciano; estaba muerto y le quité el parque que tenía y volví a la línea de fuego a pelear. ¡Y cuantas veces tenga que hacerlo por la Patria, lo haré".

Miguel Kim, de Cárdenas: "Vi a un miliciano como de 13 ó 14 años, estaba casi bajo el fuego de los morteros, le pregunté a un compañero ¿cómo ése está ahí? tan joven, van a matarlo y le grité: retírate, retírate, pero me respondió que no, que había ido a pelear y pelearía".

Primer teniente Vladimir Rodríguez Lahera: "Yo lo que sí recuerdo bien es cuando el compañero vigilante Bañul, ya herido de muerte por un mortero, gritaba: ¡Muerte al invasor! ¡Muerte al invasor!"

Estos son los hombres que pelearon en la Ciénaga de Zapata, los que derrotaron en menos de 72 horas la primera avanzada bélica del Imperio Norteamericano; los que están esperando la segunda, y esperarán otra y otra más, hasta que no quede un solo trozo de litoral cubano que no pueda compartir la gloria de Playa Girón.

Los mercenarios preguntaban si aquel batallón de la Policía Nacional Revolucionaria era un batallón de extranjeros. En lo adelante, dondequiera que un batallón luche hasta vencer o morir, se dirá de él también que parece un batallón de cubanos, que se parece al "batallón suicida" de la Policía Nacional Revolucionaria que avanzó contra un cerco de metralla rumbo a Playa Girón.



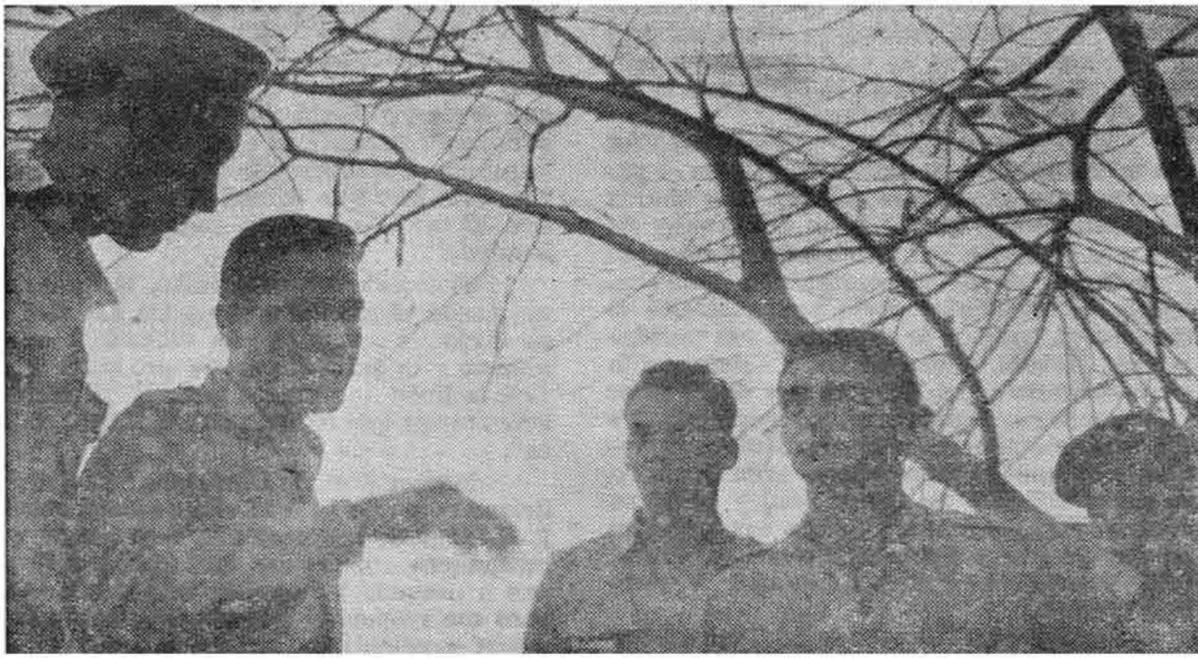
STANLEY WILLIAMS
Del pelotón de Zapadores y Mineros...



SIXTO HIERREZUELO
"...Le gritamos que se agachara, por la metralla..."



CRISTOBAL RODRIGUEZ
"Nosotros allí no conocíamos el miedo..."



Algunos miembros del Batallón de la Escuela Nacional de Responsables de Milicias.

—¡Qué compañía más guapa tengo!— gritó el Teniente Díaz alzando los brazos y todos sonrieron porque les había infundido valor ante la muerte durante todo aquel día en que soportaron el ametrallamiento de los aviones.

—P'lante y p'lante... ¡Venceremos!

Eso fue poco antes de morir porque los tanques llegaron y Díaz avanzó tras ellos y varios bazucazos lo lanzaron a tierra destrozado.

Ahí comenzó lo más duro de la batalla en que las exclamaciones se unían al rápido tartamudeo de las cincuenta y las treinta. Zamora les gritaba: "¡Hijos de p. ¡Patria o Muerte!" y le contestaban con un rociado caliente de proyectiles. Había anochecido y la a diez pulgadas de altura del suelo obligando al batallón a clavarse en la tierra buscando seguridad en los surcos abiertos precipitadamente con las uñas.

Ese fue el momento en que Zamora con otros milicianos se lanzó al asalto de una lomita en que estaba emplazada una ametralladora treinta y la hizo callar. Los milicianos no duraron mucho allí porque sólo estaban armados con Fal y fueron desalojados.

—Una pelea dura— comenta el Teniente Gras tenían muy buenas posiciones y un gran armamento pero nosotros peleamos con más coraje que ellos.

—Ahora todos dicen que no dispararon, —dice Carrasana—, yo no sé de dónde salió todo el fuego que me cayó encima.

La Escuela Nacional de Responsables de Milicias tiene su campamento en las afueras de la ciudad de Matanzas. Es una larga barraca verde de dos pisos, separada de la Carretera Central por un terreno ancho y limpio de césped bien recortado. En el extremo oeste está la cantina y el domingo 16 de abril los que estaban libres de servicio se reunieron allí a conversar como de costumbre. El tema era uno: el bombardeo de La Habana y Santiago y el discurso pronunciado por Fidel en el Cementerio de Colón. Antes de la medianoche todos estaban durmiendo en sus catres y sólo quedaba en vela la luz del cuerpo de guardia.

A las tres y diez minutos de la madrugada del lunes 17 el operador de radio recibió por la microonda una noticia esperada: había comenzado la invasión.

Poco después de la una de la mañana una fuerza armada comenzó a desembarcar por dos puntos de la Ciénaga de Zapata: Playa Larga y Punta Girón; mientras la silueta negra de las naves se confundía con el horizonte en una noche oscura un grupo de hombres hundía sus botas en la arena blanda de la orilla. Venían en nombre del hierro y con hierro fueron recibidos; un pequeño destacamento de guardia en Girón abrió fuego antes que las barcas tocaran tierra.

Las primeras noticias recibidas en la Escuela de Responsables de Milicias eran confusas, apenas se conocía el número y la fuerza de los atacantes. A las cuatro de la

mañana todo el batallón estaba formado en el campo de prácticas. En menos de cincuenta minutos estaban listos para la partida. Pero la orden no llegó hasta el amanecer.

A las siete de la mañana, los milicianos detenían a los camiones que transcurrían por la carretera central. Eran descargados con rapidez y el volumen inerte de los objetos era sustituido rápidamente por la carga de nervio y tensión de los milicianos.

El sol comenzaba a picar en la piel cuando los camiones se alejaron de la barraca verde rumbo al Central Australia. Eran ochocientos setenta y cinco hombres.

2

La carretera de Australia a Playa Larga era un infierno a aquella hora. Los B-26 pasaban una y otra vez ametrallando todo lo que se movía. Los campesinos, los animales, las plantas que se mecían al viento, recibían su ducha de fuego. Más de una familia campesina murió en los instantes en que evacuaba la zona de guerra.

Cuando los camiones del Batallón de Responsables llegaron al Australia recibieron órdenes de continuar por la carretera hasta hacer contacto con el enemigo. Eran las nueve de la mañana.

Los camiones avanzaban por la ancha faja de asfalto bordeada de arena blanca. Los milicianos escrutaban el cielo y las cunetas en busca de aviones o emboscados. Sabían que varios pelotones de paracaidistas habían descendido cerca del Australia y podían dar quehacer en cualquier instante.

Alguien gritó:

—¡Aviooooónn!

Y en un minuto los camiones se vaciaron: fueron a protegerse en los zanjones del camino y algunos se adentraron en el fango. El B-26 se acercó disparando y largó dos pasadas de calibre cincuenta. Estaban en el kilómetro ocho de la carretera.

Apenas el bombardero mediano se convirtió en un punto del horizonte todos se alzaron de la tierra con la que habían querido identificarse. Algunos choferes, nerviosos por la premura con la que habían cambiado su empleo civil por el oficio de combatiente, estaban desaparecidos. Se enviaron patrullas en su busca.

El Teniente Argüelles había recibido licencia especial el sábado y partió, muy alegre, hacia La Habana. Tenía en perspectiva un viaje a los países socialistas. Cuando supo en la mañana del lunes que había comenzado la invasión contrarrevolucionaria, salió de regreso hacia Matanzas. No tenía por qué hacerlo. Al llegar a la sede del Batallón le informaron que iba rumbo a la Ciénaga. Obtuvo un auto y fue tras sus compañeros. Pudo alcanzarlos en el Australia. Iba entusiasmado por el combate próximo, cantaba mientras revisaba su metralleta. Quince minutos después de salir del Central fue el primer ataque aéreo.

Cuando la caravana se disponía a salir, se hizo un rápido conteo de milicianos.

Argüelles estaba muerto sobre la carretera. Creyó que el B-26 era del Ejército Rebelde y lo saludó con ambas manos. Aún estaba gesticulando cuando el avión le abrió fuego. Su carrera hacia la muerte fue breve: en tres horas apenas, partiendo de La Habana, había dejado de ser sobre los caminos polvorientos de la Ciénaga.

El Batallón de la Escuela de Milicias avanzó hasta el kilómetro doce. Allí la primera y segunda compañías reciben órdenes de avanzar hasta Pálpite y Soplillar que se estimaba habían caído en manos de los paracaidistas.

Salieron de la carretera y avanzaron con cautela por un terraplén liso, bien buldozeado; en cualquier instante podían entrar en combate.

Desde un recodo del camino les abrieron fuego con cañones de 57 milímetros y rifles M-3.

Sixto Beltrandi, de 28 años, obrero gastronómico del Hotel Habana Libre, se echó a tierra y protegiéndose en una cuneta de-

FOTOS SALAS

santo y seña: AGUILA NEGRA

POR LISANDRO OTERO



IDELFONSO LOPEZ

volvió el fuego con su Fal. Tras una breve escaramuza el fuego enemigo cesó: los paracaidistas se replegaban. Llegaron a Soplillar y encontraron a sesenta milicianos del Batallón 339 de Cienfuegos... y a diez guajiros que armados con viejas escopetas de caza, esperaban a los invasores para defender la tierra que les había entregado la Reforma Agraria.

El resto del Batallón, después de separarse de las dos compañías, continuó su avance hacia la costa. En el kilómetro 21 soportaron el primer ataque violento de los aviones.

Durante cuarenta y cinco minutos dos B-26 los ametrallaron y bombardearon sin tregua.

El sistema era sencillo: se acercaban formando una diagonal con la tierra mientras disparaban con ametralladoras calibre cincuenta; a medio kilómetro del objetivo lanzaban los "rockets"; al pasar sobre él dejaban caer bombas explosivas y bombas incendiarias de "napalm"; cuando se retiraban hacían fuego con la artillería de cola:

—Era terrible, terrible— dice ahora Félix Borrego, segundo teniente, 31 años, obrero gastronómico.

—La mayor desesperación era que no teníamos nada con qué tirarles y no veíamos nuestros aviones por ninguna parte—, añade Gonzalo Conradson, 21 años, dependiente de ropa, segundo teniente.

Muchos milicianos, rabiando de impotencia, hacían fuego con sus Fal sobre el águila artillada que los machacaba impunemente. Era inútil.

Allí abandonaron los camiones: muchos estaban averiados, y continuaron a pie.

3

A las once de la mañana están a dos kilómetros de Playa Larga. Entran en combate con las avanzadas enemigas. Los aviones siguen hostilizando. Los invasores se retiran de inmediato en dirección al mar para hacerse fuertes en la playa. El Batallón sostiene la posición esperando la noche para avanzar evitando el constante agujoneo de los aviones.

A las cuatro de la tarde retornan los B-26. Nuevamente reciben el fuego por cuadruplicado: ametrallamiento, "rockets", bombas y "napalm" y ametrallamiento de despedida.

—Nos martillaban tan descansadamente que en una ocasión vi a un rubio que tomaba el fresco con una pierna fuera de la car-



SINTO BELTRANDÝ



TENIENTE CONRADSON

linga de cola, al tiempo que con un tabaco en una mano y una pistola en la otra, disparaba con toda calma sobre nosotros,—contaba después Oscar Veitia, obrero de plantas eléctricas, segundo teniente, 29 años.

Ese ataque aéreo sólo duró veinte minutos porque apareció en el horizonte un caza de chorro de la Fuerza Aérea Rebelde y les abrió fuego empujándolo hacia el mar.

Otros ataques fueron costosos. Los aviones mercenarios llevaban insignias de la FAR y los milicianos salían a saludarlos. Después de volar un par de veces para infundir confianza, disparaban las cincuenta sobre los entusiastas que aclamaban. Era una maniobra estúpida, pero les daba resulta-

Habían salido al amanecer de Matanzas. Estaban sudorosos, cansados, cubiertos de polvo y fango y sangre; no habían comido. El salto a tierra obligado por los aviones los había llenado de magulladuras, tenían la piel sajada.

Vieron caer a muchos compañeros y se sentían impotentes y airados contra los aviones que tan seguidamente los punzaban.

Pero no habían perdido el entusiasmo original; el castigo los había multiplicado. Era una saludable reacción, lo peor estaba por comenzar.

4

La sombra fue avanzando. Primero envolvió las copas de las yagrumas despojándolas de su envés plateado. Luego oscureció los troncos delgados de los arbustos jóvenes. Le llegó su turno a la palma cana, con su pelo revuelto, de quedar sin sol. Finalmente las raíces retorcidas que atravesaban el fango con sus puntas, entraron en la noche.

Ahora ya no existía el peligro de los B-26. Ahora sólo contaba el valor individual.

Los invasores tendrían que demostrar su clase.

Recibieron órdenes de avanzar hacia Playa Larga.

Los milicianos fueron abandonando, uno a uno, su refugio improvisado del día y se integraron en la columna que marchaba hacia el mar.

Comentaron la muerte de Félix Edén que recibió orden de permanecer de vigia junto a una palmera y cumplió tan estrictamente su deber que no quiso guarecerse en uno de los ataques aéreos.

Una bala calibre cincuenta le entró por la nuca y le salió por la boca.

No había tristeza. Sólo cuentas pendientes.

Se pasó la orden de hacer silencio. Avanzaban de uno en fondo por las cunetas.

Durante los ataques diurnos de la aviación, los invasores habían incendiado y ametrallado varios bohíos que ahora ardían en la noche con un gran resplandor.

Los invasores poseían una buena posición. No tenían una retaguardia que cuidar: tras de ellos sólo estaba el mar. Parapetados en trincheras y accidentes del terreno, sus líneas eran protegidas por un ancho brazo de arena blanca que delataba cualquier sombra extraña. Los milicianos tenían que asaltar una posición y avanzaban en la oscuridad sin saber cuándo ni dónde habrían de toparse con el enemigo.

Los bohíos en llamas resultaron un buen cómplice de los invasores. La columna del



JOSE ANTONIO CARRASANA



MARTIN STOWTON

Batallón de Matanzas se contrastaba contra el horizonte incendiado. A contraluz eran un blanco perfecto.

Sin un signo de augurio, el infierno se volcó súbitamente sobre la tierra.

Las ametralladoras cincuenta de los mercenarios, emplazadas a diez pulgadas del suelo, chapeaban los matojos. Dos ametralladoras calibre treinta a ambos lados de la carretera se cortaban en fuego cruzado. El resplandor de los bohíos incendiados había servido a los invasores para determinar la posición de los milicianos.

Los primeros minutos fueron de gran confusión: todos corrían a protegerse. Alguno que otro que en las prácticas de la Escuela no quería ensuciarse la ropa tirándose al suelo, ahora intentaba herir la roca para sumergirse en ella.

El fuego rasante continuaba. Muchos fueron heridos a sedal.

Las trazadoras cepillaban la Ciénaga y no podía hacerse otra cosa que sepultarse en el fango. El tiempo y el hábito del peligro permitieron una reacción. Los jefes de compañías emitieron voces de mando. Clavando los codos en la tierra, reptando, buceando en el lodo, tragando arena, rompieron la posición desordenada que habían adoptado al ser sorprendidos por el fuego y fueron reorganizándose.

El estampido de la fusilería, el rayo interminante de las trazadoras, el seco crujido de las armas semiautomáticas y la infernal vocinglería de las ametralladoras, constituían el mundo que los rodeaba ahora. Muchos pensaron que no saldrían vivos de allí y se produjo una reacción común: querían acabar con el enemigo con más rapidez mientras más plomo recibían; querían barrer con los invasores antes de ser barridos.

Martin Stowton, mecánico, de 23 años, segundo teniente, sólo tenía una obsesión en aquél instante: disparar todo lo que pudiera para tumbar gente.

Tumbar gente, tumbar gente...

Un gran estrépito en aumento se escuchó venir por la carretera.

El Teniente Gras pasó junto a un herido que había perdido medio brazo por una ráfaga de cincuenta y trató de ayudarlo.

—¡Ni te ocupes de mí, echa p'atrás a esos hijos de p!

Los gritos se escuchaban por encima del estruendo ensordecedor.

—¡Hay que romperlos y ya!

—¡A tomar la playa ahora mismo, compañeros!

—¡Patria o Muerte, Patria o Muerte!

—¡Con c... y fuerza na' más los acabamos!

El ruido de la carretera se definía: era un sonsonete de timbre metálico.

—¡Viva Cubaaa Libreeee!

El poder de fuego del enemigo era impresionante.

Los milicianos distinguieron en la carretera un grupo de cuatro tanques del Ejército Rebelde que se acercaba.

"Entonces pareció que el mundo se iba a acabar", dijo después Rosendo Alvarez, obrero litográfico de 26 años.

Los invasores abrieron fuego con toda su artillería sobre nuestros tanques. Era un Belcebú de cien bocas soltando imprecaciones y escupiendo llamaradas lo que venía desde la orilla.

La llegada de los tanques permitió a los milicianos, aprovechando la confusión momentánea del enemigo, abrirse en abanico para hostilizar mejor sus posiciones.

Los tanques T-34 rebeldes avanzaron hacia la playa protegiendo la marcha de varias escuadras de milicianos que se escudaban con la pesada mole. Varios bazucazos bien dirigidos destruyeron la cremallera y volaron la puerta del primer tanque. Estaba inutilizado. El segundo tanque fue averiado.

Ahora los T-34 no podían proseguir. Se les ordenó regresar para que, con el día, no fuesen un blanco fácil de los B-26.

El frente era estacionario. Los milicianos no podían lanzarse al asalto por el terrible poder de fuego del enemigo. Pero la llegada de los tanques les había permitido tomar posiciones desde las que podían responder el fuego efectivamente.

Antes de la medianoche llegaron los morteros 82. Aquello estaba parejo.

El martes 18 de abril fue inaugurado con el estruendo de la artillería revolucionaria.

Los invasores respondían. Hacían callar sus ametralladoras para hacer fuego con los cañones sin retroceso, con los morteros de 60 antipersonales y con las bazucas.

Los morteros que apoyaban a los milicianos funcionaron sin descanso toda la noche. El metal se puso al rojo vivo. La artillería ligera comenzó también su función de ablandamiento de las posiciones enemigas.

Un tiro de mortero antipersonal le arrebató los espejuelos a Borrego lanzándoselos a más de un metro. Tuvo que recuperarlos al tanto, ciego en medio de la metralla. El Teniente González vió venir hacia él una bola de fuego, dio un salto en el aire y un bazucazo estalló a unos metros de su cuerpo.

5

José Antonio Carrasana abandonó su trinchera cuando sintió venir los tanques. Se unió a la compañía del Teniente Díaz y de un salto se colocó tras el T-34 que encabezaba el grupo.

Tres golpes directos sobre el tanque lo inmovilizaron. Carrasana, que estaba sentado detrás de la torreta, sintió que su cuerpo se alzaba en el aire y caía sobre el asfalto, junto al tanque.

No perdió el conocimiento. Escuchó cómo se alejaba el ronroneo de las cremalleras: los tanques se retiraban.

Sentía que perdía sangre pero mantenía una conciencia exacta de su circunstancia.

Unos minutos, unos años después, escuchó pasos y voces.

—¡A estos los limpiamos!

—¿Se sabe algo de los refuerzos?

—Nada todavía.

Comprendió que estaba rodeado de mercenarios y contuvo la respiración.

Si tratan de hacerme prisionero me disparo un tiro en la cabeza.

Otro grupo de invasores se acercó por la carretera:

—¿Santo y seña?

—Águila negra.

—Adelante.

Escuchó ruido de palas y picos y supo que se estaban atrincherando ~~justo~~ al camino.

—Mira aquellos cadáveres, tírales.

Escuchó el atronador golpeteo de una cincuenta. Trató de abrir los ojos pero los párpados inflamados no se lo permitían. Entreabriéndolos apenas pudo distinguir las balas trazadoras que cruzaban sobre él.

Terminaron el tiro al blanco.

Más adelante, en la carretera, la artillería revolucionaria se dejaba oír. A ambos lados del camino las cincuenta, las treinta y la fusilería le indicaban la violencia del combate.

La noche era larga y él se desangraba. Iba a morir. José Antonio Carrasana, segundo teniente de milicias, 25 años, obrero cigarrero de la fábrica José L. Piedra, casado, con una hija de tres años; iba a morir. Yacía ahora en tierra de nadie, sobre una carretera desierta, junto a un tanque destruido, rodeado de los cadáveres de sus compañeros, tenía toda la noche ante sí, toda la eternidad.

Pensó en su hija que iba a quedar huérfana, pensó en el dolor de sus padres al conocer la noticia de su muerte:

Tendrán que conformarse porque he muerto defendiendo una causa justa.

Recordó palabras del discurso de Fidel frente al Cementerio el día anterior y las asoció con un verso del Himno Nacional, "Morir por la Patria es Vivir".

Carrasana, como responsable del Sindicato de Torcedores, había organizado una milicia de 147 hombres que ya había recibido el bautizo de fuego en el Escambray. Trabajaba duro y quería mejorar y ésta Revolución le estaba dando oportunidades.

Porque había nacido en el Central Constancia de Encrucijada, Las Villas y había nacido pobre y mulato, sabía de privaciones. Su padre era el carpintero del Central y fue cesanteado cuando José Antonio tenía doce años.

No pudo ir a la escuela y cada día se levantaba al amanecer y descalzo iba a bus-

car leche para sus hermanos y luego compraba viandas y huevos y los revendía y con eso a veces llegaba al peso diario. De eso vivían todos.

Un día, haciendo una cola para comprar en la bodega, un guardia rural le dio dos planazos de machete "por divertirse con el negrito".

En el pueblo había cuatro sociedades. De blancos. El no podía, nunca podría, entrar a ellas.

Todo aquello lo hizo un poco rebelde. Admiraba a Abel Santamaría y lo escuchaba atento cuando hablaba. La última vez que lo vió, José Antonio tenía dieciséis años.

Vino a La Habana a buscar trabajo y se hizo obrero cigarrero. Cuando triunfó la Revolución a su hermana Juana María le dieron una beca, "lo que nunca tuvimos: una oportunidad para estudiar"; y vió que en los hospitales se entraba sin necesidad de entregar una cédula electoral y que se construían escuelas y que los campesinos recibían la tierra.

A su padre le devolvieron el empleo en el Central.

Decidió que esto era lo más grande que había visto en su vida y que si tenía que arriesgar su vida cien veces lo haría y que un millón de yanquis que viniera los sacaría a patadas.

Ahora estaba tirado allí, en un camino de una ciénaga de una isla que era libre, que había que mantener libre.

Ahora no le importaba morir.

Lo que siento es no habérsela arrancado a más sinvergüenzas de éstos.

Entonces cesaron los disparos.

Entreabrió los ojos de nuevo y vió que el cielo clareaba. De la trinchera cercana le llegaba un diálogo de los invasores.

—Esa gente no llega.

—Pues si no hay otro desembarco nos vamos.

—Vamos a retirarnos hacia Girón que por allí es el punto de reembarque.

Posa una información importante. Quería ~~ir~~ ir a Fidel para decirle lo que había oído. Quería vivir de nuevo para realizar una misión.

Los mercenarios desarmaron la cincuenta y retrocedieron en dirección a la playa.

Cuando dejó de escuchar sus pasos, Carrasana se volteó lentamente. Una vuelta y otra y otra. Cada vez que comprimía con su cuerpo el brazo izquierdo le dolía intensamente. El derecho apenas lo sentía.

Cayó sobre la cuneta y comenzó a arrastrarse.

—¡Mira, ahí se escapa uno!

Los mercenarios habían advertido su fuga. Sintió que varios disparos de pistola chocaban contra las piedras. Pero los invasores estaban más interesados en su propia retirada y lo dejaron.

Tenía que llegar a las líneas revolucionarias. Tenía que informar a Fidel.

Al tratar de cruzar una cerca de alambre advirtió que la cabeza no le cabía. Así notó la gran inflamación que invadía su cuerpo. Ya no podía abrir los ojos y avanzaba a ciegas, arrastrándose, caminando a veces, tropezando y cayendo, dejando su sangre sobre los polvorientos zanjones, sintiendo mil cuchillos que le abrían la carne y lo torturaban.

Así avanzó dos kilómetros y escuchó un motor. Gritó. Una camioneta del Ejército Rebelde lo recogió.

En el hospital de Jagüey Grande le hicieron la primera cura. Tenía todo el cuerpo acibillado de metralla. De la mejilla derecha le extrajeron un tornillo y una tuerca y de la izquierda, dos pedazos de acero. La nariz había desaparecido. Más tarde, en Matanzas, le hicieron dos operaciones y una más en La Habana.

Le reconstruyeron la nariz por cirugía plástica.

Envió su informe.

6

Aquella noche parecía que nunca terminaría la guerra. Los estampidos y silbidos y explosiones estimulaban los gritos y el espíritu de combate. El horizonte se iluminaba con intermitencias, como en una tempestad eléctrica. La acometividad de la milicia no

decrecía y sólo era mantenida a raya por la superioridad del armamento de los invasores.

Ildefonso López, jefe de producción de la fábrica de piensos del INRA en Marianao, 28 años, segundo teniente, estaba a cargo de una sección de morteros. Algunos alumnos no habían terminado su entrenamiento y él, junto a otros oficiales, pasaron toda la madrugada corriendo de una pieza a otra.

López ha comentado de aquel instante: "Pensaba que iba a morir sin acabar de desbaratarlos y eso me enardecía y me daban ganas de tirarles más y más".

Los milicianos, protegidos por la artillería, se acercaban a la playa: el frente se hacía dinámico.

Al avanzar se daban, unos a otros, espaldarazos entusiastas mientras gritaban.

—¡Patria o Muerte, adelante!

Los mercenarios nutrían su fuego de nuevo y detenían el avance.

El Batallón de la Escuela de Responsables de Milicias había combatido bravamente, con fiereza. Aún les quedaba estamina para el empujón final.

A las 5 y 40 minutos de la madrugada del martes recibieron la orden de retirada. La columna número uno del Ejército Rebelde avanzaba por la carretera para sustituirlos. Habían combatido 24 horas. Tenían energías para haber combatido 24 semanas.

Cesaron el fuego y se replegaron para desalojar el área. Los invasores también callaron sus bocas.

Ahora amanecía y tornaba el peligro de los aviones.

Trataron de aprovechar lo mejor posible los minutos de descanso que se les ofrecía. Alguien hizo un examen de unos paquetes conquistados a los mercenarios.

—Mira esto, tienen de todo: navajitas de afeitar, tabacos Hoyos de Monterrey y... desodorante.

—Con lo que trae esa gente, si tuvieran un poco de valor también ya habrían llegado a Jagüey Grande.

—Tienen armamento pero nosotros tenemos lo fundamental.

Como si estuvieran en sus barracas de Matanzas un grupo se había dedicado a hacer ejercicios. La voz de un teniente se escuchaba por encima del pesado golpe de las botas en la tierra:

—Un, dos, un, dos, un, dos...

—¡Avioooooón!

Era de nuevo la señal de la masacre impune.

Los milicianos ignoraban que durante la noche se habían instalado dieciséis ametralladoras antiaéreas "cuatrobocas" alrededor de sus posiciones.

El B-26 mercenario se acercaba volando muy bajo, ametrallando las líneas revolucionarias con la misma despreocupación con que habían llevado a cabo sus misiones el día anterior.

De pronto abrieron fuego las dieciséis "cuatrobocas". El B-26 intentó un rápido ascenso y al subir mostró su vientre indefenso. Las "cuatrobocas" apuntaron de nuevo y el avión estalló con una horribilísima explosión: una bola de fuego se formó unos segundos en el aire y el avión desapareció desintegrado.

Los milicianos corrieron a abrazar a los artilleros.

Listos para la partida vieron llegar de la playa a varios milicianos que habían sido aprisionados por los invasores: los habían liberado. Informaron que el enemigo se retiraba hacia Girón.

Mientras el Batallón retornaba hacia el Australia, se cruzaban con los rebeldes de la Columna Uno que iban en persecución de los mercenarios.

La mañana abrió soleada.

La Escuela Nacional de Responsables de Milicias había sufrido muchas bajas: diecinueve muertos, dos en los ataques de la aviación y diecisiete en el combate nocturno; cuarenta y seis heridos y un desaparecido.

Iban cantando el himno del "26 de Julio". Cuando distinguieron las chimeneas del Australia redoblaron el paso y entraron con brío al batey. Llevaban veinticuatro horas sin comer. En el Central resistieron otro ataque de la aviación enemiga.

Estaban alegres. En la noche del miércoles llegaron de nuevo a Matanzas.

Como decía, una de las características principales y fundamentales, más notorias de toda esta lucha, fue el valor con que lucharon nuestros hombres, porque no es lo mismo defender una posición atrincherada que atacar una posición. Cuando se está atacando una posición, pues no hay protección de ninguna clase, hay que avanzar contra un enemigo atrincherado, hay que avanzar sin protección, expuesto a los disparos de las ametralladoras, de los cañones, de los morteros, y, naturalmente, en esas condiciones, el número de bajas aumenta.

Es posible también la circunstancia de que no tengan todavía las unidades de combate nuestras mucha experiencia de combate. Así que tienen mucho valor, pero todavía es necesario que adquieran más conocimientos y más experiencia de combate.

Es también importante que podamos contar con un número mayor de oficiales, es decir que los jefes de las unidades también vayan adquiriendo mayor conocimiento. Esta experiencia señala la necesidad de darle la mayor importancia a la cuestión del entrenamiento de las unidades, y al entrenamiento de los oficiales.

Naturalmente, las unidades de armas de apoyo, como son la artillería antiaérea, la artillería antitanque, los obuses, los cañones, los morteros, ese personal es un personal muy entrenado, porque se ha pasado largos meses en la escuela y ha demostrado en estos combates que había progresado extraordinariamente, y que supo cumplir perfectamente su misión.

La infantería combatió también con mucho valor y con mucha eficacia.

FIDEL.

¡AQUI, BATALLON 339 ...!

POR SANTIAGO CARDOSA ARIAS

El miliciano se quedó mirándome. No tendría más de 43 años. En sus ojos castaños había algo de fatiga. No negó que había llorado, pero el ardor de sus ojos pequeños se lo producía la falta de sueño.

Le vi moverse entre sus compañeros con agilidad. Miraba insistente hacia el cielo... más porfiadamente hacia el norte. Su "R-2" tenía atado, en la punta del cañón, un pedazo de trapo guaraguao. El mismo color de los paracaídas que usaron los mercenarios invasores.

—Tenía delirio con la Revolución —comenzó diciendo.— Por ella murió.

Angel Villafuerte Ayala se registró los bolsillos de su camisa verde-olivo. No vi que sus dedos heridos por la azada o el machete temblaran. Con firmeza —la voz algo opacada—, me extendió una fotografía.

—Este es él —dijo—; el de la derecha. Tenía 21 años. La foto nos la hicimos el domingo, horas antes de la invasión. Fue a un costado del central "Australia". Mi hijo Jesús pertenecía al Pelotón 4, del Batallón 339, de Cienfuegos. Igual que yo.

Era su hijo, un joven alto, lleno de vida, con un mundo de esperanzas por delante. En Cienfuegos compartía sus inquietudes revolucionarias con un empleo en la tienda "El Gallo". Ya antes había estado en operaciones en el Escambray, donde batió a los gusanos imperialistas. En tiempo de la clandestinidad, formó parte de los grupos que combatían a la tiranía batistiana.

—Ya le repito —siguió Villafuerte Ayala su relato—, no es porque él sea mi hijo: ¡tenía delirio con la Revolución y con Fidel! Aquella mañana del lunes...

Hay una pausa. Un centenar de compañeros de Jesús Villafuerte Vázquez escuchan con emoción la narración del padre del mártir y héroe. Se produce un silencio. Los que almuerzan, cesan de chocar las cucharas en los platos esmaltados. Es su homenaje.

—Serían las nueve menos cuarto de la mañana —cuenta el miliciano Villafuerte Ayala. Tan pronto recibimos el mensaje de los compañeros que operan la micro-onda de Playa Girón, salió el primer Pelotón del 339. Mi hijo iba a mi lado. Siempre delante.

"El fuego enemigo comenzó a batirnos. Por doquiera, se oía un cañoneo incesante. Los mercenarios tenían emplazadas distintas calibres 50 a lo largo de la carretera, y en medio de las tembladeras. Disparaban con morteros, bazukas, y ¡quién sabe cuántas otras armas! Los aviones yanquis que volaban sobre nuestras cabezas, completaban aquel infierno.

"Jesús y los demás compañeros no dejábamos de avanzar. La metralla saltaba a nuestro lado. Era un fuego muy nutrido. Hasta ese momento, sólo contábamos con nuestros rifles, que, ciertamente, resultaban poca cosa frente al armamento poderoso de los mercenarios. Pero nadie dio un paso atrás. Nada más nos preocupaba darle alcance al enemigo invasor, y para eso contábamos, además, con nuestro patriotismo y nuestra fe en la Revolución".

El silencio es interrumpido. Se oyen muchas voces a la vez. "¡Muerte al invasor, ésa era la consigna!", gritan todos. "¡Dijimos que venceríamos, y vencimos!"...

Vuelve el silencio. El padre de Jesús Villafuerte, prosigue:

—Más o menos serían las nueve menos cuarto de la mañana. Muchos de los compañeros empezaron a caer, destrozados por la metralla. ¡Aquello era terrible! Jesús, tirado en el suelo junto a mí, me dijo:

—Pipo: no te dejes agarrar de esta gente. Si esta gente agarra esto, ¡pobre de Mima y de mis hermanas!... ¡Pelea hasta el final, Pipo!...

—Se puso de pie y, con su "Fal", avanzó por sobre el fuego enemigo. Dio unos pocos pasos, solamente. Oí un ruido ensordecedor que venía del frente. Le vi caer, tinto en sangre. Con su rifle en las manos. Una calibre 50 me lo destrozó. Me incorporé, y por entre las balas y metralla que en ese momento los mercenarios disparaban con más furia, llegué hasta su lado. Ya sin vida, me dijo únicamente: "¡Pipo!...". Creyéndolo vivo, le di un poco de agua. Le corrió por los labios.

"No pude seguir más allí. Esos condenados no dejaban de disparar, y mi hijo se moría. Tuve que cubrirme como pude. Cerca

de él. Había caído bocabajo. En unos segundos de calma, sólo unos segundos, me agaché hasta su cadáver, para ver si podía llevarlo. Pero fue imposible por la metralla que caía y nos pasaba cerca. Sin embargo, sentí algo por dentro, no sé qué. Sin importarme las balas, ni nada, voltéé su cuerpo, y le levanté la frente hacia donde estaba el sol. ¡Quería que muriera con la frente en alto, y mirando hacia el sol!"...

Busqué los ojos del padre de Jesús. Pero no vi lágrimas. Aunque fatigados, miraban hacia el horizonte. Hacia el norte.

Fue hasta la cocina, donde se ha improvisado en la Ciénaga de Zapata el campamento del Batallón 339, y me trajo un buchito de café. El también tomó en el mismo jarro de lata.

—Nuestras tropas —dijo—, llegaron hasta Playa Girón y Playa Larga, barriendo al enemigo mercenario. Allí, en el campo, quedaron, con mi hijo, otros 36 compañeros del Batallón 339. Pedí permiso para rescatar el cadáver de Jesús, y lo llevé hasta Cienfuegos. Donde lo enterramos.

Angel Villafuerte Ayala me estrechó fuertemente la mano. Con sus ojos irritados por la falta de sueño.

—Jesús —expresó—, murió por una causa justa, por la causa por la cual tenía delirio. Ahora pelearé por él y por mí. Al igual que pelearán mis otros tres hijos. Sus últimas palabras las recordaré siempre en cualquier frente de combate: "Pipo: no te dejes agarrar de esta gente. Si esta gente agarra esto, ¡pobre de mi Mima y de mis hermanas!... ¡Pelea hasta el final, Pipo!"...

Y se perdió, entre los cientos de compañeros del Batallón 339, mirando hacia el firmamento. Más insistente hacia el norte.

TESTIMONIOS

Las guerras siempre dejan recuerdos. Y muertes. Los valientes combatientes del Batallón 339, de Cienfuegos, fueron de los primeros que se enfrentaron al ejército alquilado por el señor Kennedy y la Agencia Central de Inteligencia yanqui para invadir nues-



339

tro territorio. El testimonio de estos hombres, forma parte de la página histórica escrita en Playa Girón y Playa Larga, la cual recoge la primera derrota del imperialismo norteamericano en este hemisferio. He aquí varios testimonios:

Aramí Montero Sosa: "Vi como cuatro o cinco paracaidistas mercenarios se reventaron al no abrirseles los paracaídas defectuosos."

Andrés González Cuéllar: "Venía un tanque. Creíamos que era nuestro, porque el artillero, al oír nuestro grito: "¡Milicias!", nos hizo señas para que avanzáramos hacia él. Fue una emboscada."

Francisco Mesa Rodríguez: "Cuando el Comandante Fidel llamó para pedirnos informes sobre el número del enemigo y las armas que tenían, fui con el compañero Aramí Montero hasta donde estaba el capitán Reyes, que ya combatía al enemigo. En ese momento, los morteros y bazukas de los mercenarios no cesaban de arrojar su metralla. A ras-tras, bajo el fuego nutrido, llegamos. Se nos informó todo, y regresamos sin saber cómo. El Comandante Fidel pudo conocer todos los detalles de la invasión."

Manuel Marcaida Rivero: "Oí a un compañero tanquista que estaba prisionero con nosotros que les decía: 'Mi socio, lo que viene para arriba de ustedes no es carne. ¡Ahí vienen como 100 tanques y cien mil hombres! ¡Ustedes nos matarán, pero los van a hacer picadillo!' Y los muy cobardes se replegaron para Playa Girón, después de conferenciar. El compañero tanquista los impresionó..."

Rodolfo Rodríguez Fernández: "Nadie ha hablado del arrojó y valentía de siete compañeros de la Marina de Guerra que cuidaban el yate "Bravo" y tres "SV3", en Caletón,



Los hermanos Luis Rogelio y Wilfredo. Su hermano Ramón cayó heroicamente.



ANGEL VILLAFUERTE AYALA, cuyo hijo Jesús, murió a su lado combatiendo a los mercenarios (hay una foto del hijo, la última hecha el domingo, a unas horas de la invasión).



JESUS VILLAFUERTE, arriba, derecha, foto unas horas antes. Su padre, **ANGEL VILLAFUERTE** aparece a la derecha arrodillado.

FOTOS DE MARIO COLLADO



CIRA PÉREZ GONZÁLEZ, campesina de la Ciénaga que fue prisionera de los mercenarios, y a la que le llevaron la canastilla de su hijo por nacer.

Playa Larga. Yo los vi defender esos yates como titanes. Pudieron haber caído en manos de los mercenarios en el momento que huían. Fue tal la valentía y su decisión de no dejar que se adueñaran de los yates, que sólo una bala dio en el puente de uno de ellos. Los marineros no dejaron acercarse al enemigo."

José Suárez Orama: "Mi hermano Pedro cayó peleando. Dio su vida por la Patria y la Revolución. Yo sigo aquí, en el 339, dispuesto a enfrentarme otra vez a los mercenarios. Eso es todo."

Lázaro Pérez Padilla: "Con el compañero Marcaida fui a llevar un mensaje a Playa Larga desde Caleta Rosario. Recorrimos 17 kilómetros a pie. En eso caímos prisioneros. Los "feos" éstos me preguntaron: '¿Fidel es comunista?' Les dije que yo no sabía. Pero que yo ¡sí soy fidelista!..."

Luis Carlos Clemente: "El capitán nos ordenó tomar la micro-onda en manos de los invasores. Marchábamos en fila india en medio de la noche. Los mercenarios se nos acercaron; les dimos el ¡alto! Ellos preguntaron qué quiénes éramos. '¡Batallón 339!', les gritamos. Y a nuestra vez les preguntamos: '¿Quiénes son ustedes?' '¡Somos de la Compañía E-2', gritaron. 'Eso no existe en toda la Ciénaga de Zapata!. '¡Somos el Ejército de Liberación'. El compañero Ciro gritó: '¡Viva Fidel!', '¡Fuego!'".

"NOS INVADEN" ¡PATRIA O MUERTE!"

Playa Girón. Madrugada del lunes 17. La vitrola del bar de Armando —quien se uniría a los mercenarios más tarde—, tocaba las piezas musicales de moda en La Habana. Unos pocos obreros que trabajan en la

Ciudad Turística de Playa Girón, y campesinos que habían cobrado el día anterior en la Cooperativa Carbonera, ingerían unas cervezas.

Ricardo García Garriga, Ramón González Suco, Rafael Armillo Acosta, Israel Fernández y Antonio Quintana Piñeiro, eran los cinco milicianos del Batallón 339 que esa noche y madrugada estaban de guardia en la micro-onda.

Unos focos rojos se advirtieron en el litoral de Playa Girón. Las naves invasoras avanzaban silenciosamente. Sus "hombres rana" posiblemente ya habían terminado su misión, cuando se oyeron los primeros cañonazos y las ráfagas de calibre 50.

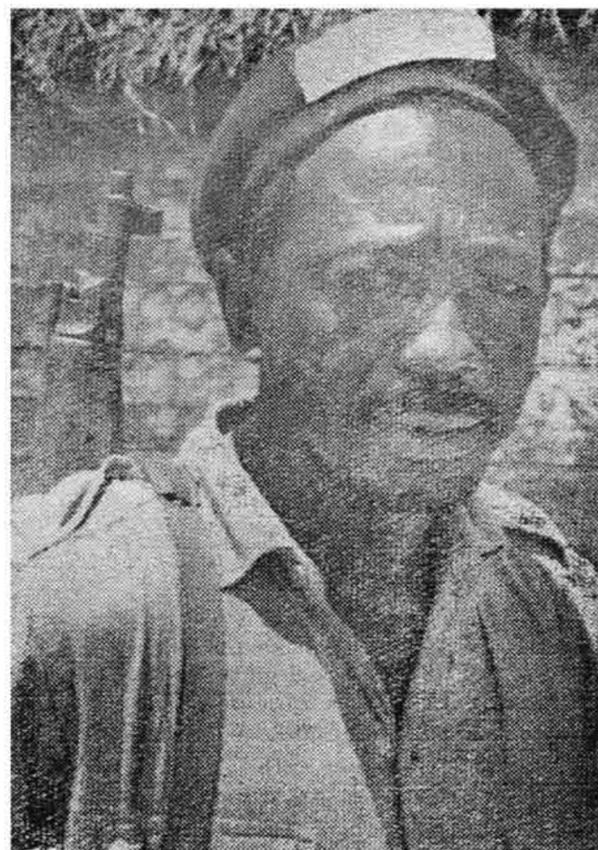
—¡Nos invaden! —gritó alguien.

La victrola del bar de Armando dejó de tocar. Los obreros, armados de palas y picos, y los pocos milicianos y soldados rebeldes de la improvisada guarnición, abrieron fuego con sus rifles, mientras los obreros desafiaban al enemigo con sus instrumentos de trabajo.

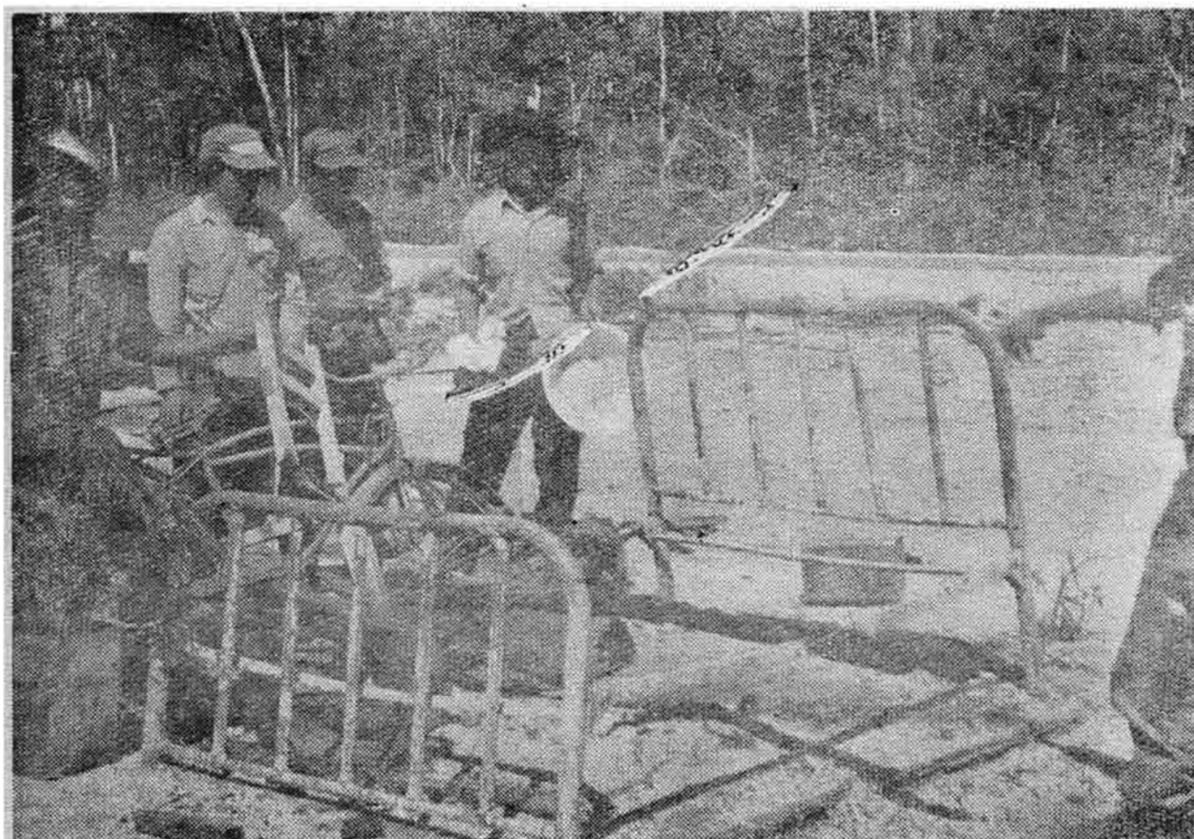
Un fuego cerrado y nutrido indicó el grueso de los mercenarios que inmediatamente desembarcaron. Eran más de mil, contra unos pocos cogidos de sorpresa.

Los hombres de la micro-onda lanzaron su S.O.S. lleno de heroísmo y de patriotismo:

—¡Nos están atacando —se oyó en el Australia—, y son muchos hombres! Esta-



Milicianos del Batallón 339 muestran al periodista los estragos de dos bombardeos de dos aviones yanquis sobre casas de humildes campesinos.



JOSE SUAREZ ORAMA, del Batallón 339, que vio morir a su hermano Pedro. El sigue en el frente esperando a los nuevos invasores.

mos peleando, pero no podremos resistir mucho más tiempo. ¡Envíen ayuda pronto! ¡PATRIA O MUERTE!...

Y no se oyó más la voz.

A las pocas horas, llegarían nuestras tropas revolucionarias. Hoy nuestra Patria rinde homenaje a los valientes milicianos que afrontaron primero a los invasores: la voz de alarma la dieron con sus rifles.

"LAS BOLAS ROJAS VENIAN DEL MAR"

Cira Pérez González tiene 16 años. Y seis meses en estado de gestación. Vive a un lado de la Ciudad Turística de Playa Girón, a unos pasos por donde desembarcaron las tropas mercenarias.

—Mire —dice—, eran unas bolas rojas que venían del mar para acá. Al topar el suelo, hacían una explosión terrible.

Cira sostiene en sus brazos a su hermanita de 13 meses. Dice que se llama Antonia. Cira hace un año que vive en aquel lugar, en compañía de su esposo, Rafael Alvarado, jardinero del centro turístico construido por la Revolución.

—No me diga ná. ¡Esa gente me dio un susto...! Cuando oímos los primeros tiros, mi marido me dijo: ¡No te levantes! ¡Son los

Bajo la dirección del Comandante en Jefe, Fidel Castro, participaron en las operaciones y en misiones específicas los comandantes, y oficiales, del Valle, Aragonés, Curbelo, Olivera, Ameijeiras, Rodiles, Margolles, Fernández, Bravo, Miret, Pupo, Martínez Sánchez, Cienfuegos, Fernández Mel. También participaron en combates o estuvieron en el Frente numerosos comandantes y oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

milicianos que están haciendo práctica, muchacha!

Cuenta Cira que, sin embargo, "había demasiado bulla" para que se tratara de una simple práctica. Fue entonces cuando se levantó y vio por las hendijas del bohío "las bolas rojas que venían del mar".

—No tuvimos ni tiempo para escapar. Esas gentes llegaron y nos hicieron prisioneros.

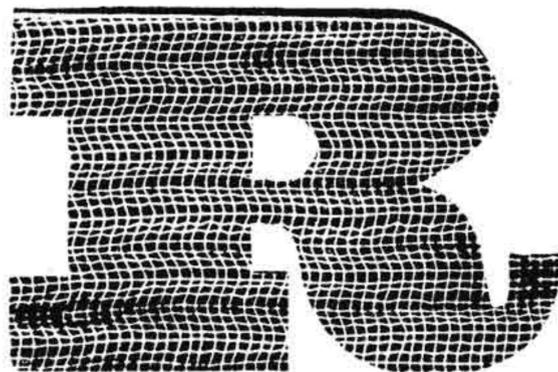
—¡A Fidel le quedan 3 días de plazo! —nos dijeron. ¡Toda Cuba está tomada por el Ejército de Liberación!...

—Luego —sigue contando—, nos llevaron para El Polvorin, junto con otras familias de campesinos. Pero antes, rompieron a tiros la puerta del escaparate y se llevaron todo lo poco que teníamos. Incluso, señor, se llevaron la canastilla de mi hijito. ¿Por qué, señor?...

"Yo vi a Antonio Blanco y su hijo Armando, los del bar, cuando se ponían el traje ese raro, que trajeron las gentes ésas. ¡Teníamos a dos contrarrevolucionarios cerca de la casa! ¡Qué barbaridad!"

—Y su esposo, ¿dónde está?

—Anda de guía con las Milicias y los rebeldes que persiguen a los que están escondidos en la Ciénaga. Rafael me dijo que iba a ver si encontraba, allá en el monte, la canastilla de mi hijito por nacer que los mercenarios se llevaron.



De izquierda a derecha: RICARDO GARCIA GARRIGA, RAMON GONZALEZ SURCO, RAFAEL ARMILLO ACOSTA, ISRAEL FERNANDEZ Y ANTONIO QUINTANA PISEIRO, cinco milicianos del Batallón 339 que operaban la microonda en el momento del desembarco.

339 HEROES DE CIENFUEGOS

POR ANIBAL BARRERA ANTUNEZ

La gente del pueblo nos preguntaba: "¿quiénes son los muchachos del Batallón 339?".

Ante las operaciones militares que fueron desarrollándose después de la liquidación de la invasión mercenaria, los héroes del 339, Batallón perteneciente al término de Cienfuegos, no regresaban.

Se nos ofrecieron todas las facilidades por el director del Hospital General de la ciudad, doctor Germán González Longoria y el médico responsable de la comandancia, doctor Serafín Ruiz de Zárate.

Y en esa visita al Hospital General de Cienfuegos, es que podemos ofrecerles algunas palabras y material gráfico de esos valientes soldados de la Patria, que vistiendo el traje glorioso de las Milicias Nacionales Revolucionarias, supieron enfrentarse al invasor desde el primer instante. Veamos.

TOMAS DE ARMAS MEDINA

Obrero metalúrgico. Este joven de 19 años, es ayudante pailero en el taller de mecánica denominado "Piña", y uno de los componentes del Batallón 339, que sufriera heridas de bala de ametralladora en el vientre, pero su estado ha mejorado, cosa que comprobamos cuando nos respondió:

—“Nosotros tuvimos que entrar por Playa Larga bajo los tiros, y entonces poder

situarnos en el Australia y seguir combatiendo hasta tomar posiciones estratégicas, cosa que se produjo a las dos de la madrugada del día del desembarco, durante toda la noche hasta el amanecer del martes, porque el fuego era muy fuerte y en realidad tuvimos que retroceder para no perder más compañeros.

Explicó seguidamente que las heridas que presenta le fueron hechas al entrar en combate de nuevo cuando uno de los tenientes de la tropa que venía bajo el mando del comandante Fidel Castro, conocido por "Oriente", fue hasta la Playa Girón para advertir al Primer Ministro la necesidad que había de que saliera de esa zona por peligro de su vida. "Allí cayó el teniente "Oriente" y yo caí también con estas heridas en el vientre", añadió de Armas Medina.

Agregó el miliciano de Armas que los mercenarios tenían el firme propósito de acabar con las fuerzas de la Revolución, pero que quedaron, porque ellos lo tenían todo: la moral, el coraje y el sentido patriótico-revolucionario, para seguir luchando bajo la consigna de Patria o Muerte, Venceremos.

Trabajador del sector de tintorerías, compañero Eloy Chaviano Rodríguez del Rey, que cuenta con 27 años y es casado con Margarita Castro. Tienen 3 hijos, uno de 4

FOTOS MODESTO CHAVIANO, Jr.



TOMAS DE ARMAS MEDINA, heridas en el vientre, obrero metalúrgico, perteneciente al Batallón 339 de las Milicias de Cienfuegos.



ELOY CHAVIANO RODRIGUEZ DEL REY, heridas de bala en las piernas, pertenece al sector de los trabajadores de tintorerías en Cienfuegos.



REYNALDO PEREZ GOMEZ, obrero agrícola de la Zona de Cienfuegos, quien al auxiliar a un compañero miliciano herido también lo fue él.

años, otro de año y medio y el último de 7 meses de nacido. Su centro de trabajo se llama "Tintorería Londres", en la calle de San Carlos y Prado, en Cienfuegos.

Luego de explicar brevemente la participación en el primer encuentro, cuando al partir del Central Australia hacia Playa Larga, Eloy Chaviano, dentro del dolor que le produce las heridas en las piernas por impactos de balas, nos expresó con tono repulsivo:

—“Esa gente parecían verdaderos gusanos. Nos causaron una impresión despreciable, pero nos hicimos fuertes en nuestra posición para no dejarlos pasar de la Carretera de Playa Larga hacia adentro”.

Expresó con toda sinceridad el miliciano Chaviano Rodríguez del Rey que, cuando conocieron la noticia de que ya habían llegado los comandantes Almeida y Fidel, se incrementó en ellos con más fuerza la resistencia al enemigo, porque sabían positivamente que sus jefes no los abandonarían aun en los momentos más difíciles. Sobre las felicitaciones públicas de Fidel Castro al Batallón 339, agregó Chaviano:

—“Es algo que nos estimula mucho, pe-

ro es una cosa no merecida, porque aquí todos los cubanos estamos para eso, para defender la Patria. Para eso estamos y para eso somos milicianos”.

Y aquí está el campesino que es un muchacho que creció junto al surco y no conoció otra cosa que las miserias de la campiña siempre ovidada por todos los gobiernos politiqueros que padeció la Patria: Reynaldo Pérez Gómez.

Al estar la Patria en peligro Pérez Gómez, respondió integrándose a las milicias. Cuenta con 17 años y trabaja en el campo, en colonias cercanas a Cienfuegos.

Bajo el fuego insistente de todo el andamiaje guerrillero de esos mercenarios imperialistas pagados por los dólares ensangrentados del Pentágono, el Batallón 339 se abrió paso para resistir valerosamente a los invasores, resistencia que fue la clave del triunfo.

Dentro de ese avance miliciano en defensa de la Patria —nos narra Pérez Gómez— ninguno flaqueaba al ver caer a un compañero. “Mi caso —apuntó— es de éstos, porque yo fui herido en esta pierna cuando llevaba sobre mis hombros a un compañero gravemente herido”.

Un paréntesis quiere el reportero, al observar en la sala donde se atiende a los milicianos del Batallón 339 en el Hospital General de Cienfuegos, la presencia de la mujer miliciana.

Allí, aparte del magnífico servicio de las enfermeras y del personal médico, siempre están acompañándolas junto a sus familiares, varias compañeras pertenecientes a las milicias. Es algo digno de destacar que la mujer miliciana está también respondiendo al llamado de la Patria.

Se llama Darío Rubio Balbín, de La Habana, tiene 25 años de edad y pertenece a la Infantería Ligera de Combate del Batallón 117, de La Habana. Es mecánico de la empresa Wilson, instaladores de elevadores. Es casado con la joven de 18 años, Nerty Santander, de cuyo matrimonio tienen un heredero de seis meses.

En el instante de la entrevista, además de su esposa, le acompaña su querida madre, la señora Carmen Balbín viuda de Rubio.

Dejemos a Rubio Balbín que haga el recuento:

—“Salimos de Matanzas pocos momentos después de haber recibido la noticia del desembarco, de refuerzos a Playa Girón. Entonces un avión que cobardemente se identificaba como nuestro, siendo todo lo contrario, aprovecha para agredirnos rápidamente. Caímos en unión de otros compañeros, pero nunca abandonando la guardia”.

La marca del avión mercenario yanqui ha quedado en el cuerpo de este valiente cubano. Tres batallas de la calibre 50 le hirieron su brazo izquierdo muy cercano al torso, siendo imposible salvarlo.

Su inseparable señora, la joven Nerty Santander, tuvo estas expresiones: “Bueno, firmes hasta vencer y aquí lucharemos hasta vencer o morir, porque estoy muy orgullosa de mi esposo”.

ENRIQUE CANTERO IBÁÑEZ

“No quiero que mis hijos sean esclavos del imperialismo, y para impedir que lo sean, daré hasta la última gota de mi sangre”, fueron las palabras con las que se despidió de sus familiares el miliciano Enrique Cantero Ibáñez que residía en el barrio Caunao, de este término, cuando partía hacia Playa Girón a combatir a los mercenarios. “Si me mataran en la lucha —dijo finalmente a los suyos— sé que mis hijos no quedarían abandonados, porque el Gobierno Revolucionario los amparará”. Expresaba así su plena confianza en la Revolución. Sus palabras, dichas acaso con un sentido de premonición, tuvieron una trágica confirmación algunas horas más tarde.

Enrique Cantero Ibáñez, a los 35 años, con hogar e hijos, con su oficio y sus ilusiones, cayó fulminado por la metralla mercenaria mientras defendía cada pulgada del suelo de su patria.



DARÍO RUBIO BALBÍN, de La Habana, perteneciente al Batallón 117, quien perdió el brazo izquierdo al ser atacado por un avión que falsamente se identificó co-

mo de la FAR en Playa Girón. A la izquierda su esposa Nerty Santander y a la derecha su querida madre Carmen Balbín viuda de Rubio.



ESTE CARNET de la Dirección de Deportes, fue recogido por los compañeros de Gil González Morera al caer en el combate



contra los invasores mercenarios. Nótese las manchas de sangre, tanto en el anverso como en el reverso.

UN HOMBRE,

UNA CARTA,

UN FUTURO

No creo exagerar cuando afirmo que ningún otro pueblo de la América ha mantenido el espíritu de emancipación mejor que el nuestro. Cuba fue la última colonia que se emancipó de España, pero la primera en romper con un coloniaje impuesto por un opresor más fuerte y cercano que todavía se esfuerza en imponerlo de nuevo. Una vez comenzada, esta guerra por la independencia no cesó ya jamás. En plena intervención americana los obreros defendieron sus derechos en las famosas huelgas de la **Moneda** y de los **Aprendices**. Primero los obreros, después los estudiantes; así en **creciendo** hasta que con los años todo el pueblo luchó contra la dictadura de Batista.

Esta lucha incesante fue posible gracias a un linaje de cubanos que se sucedió y sacrificó oleada tras oleada en el fluir de los años, y en tan crecido número, que citarlos a todos resulta imposible. Mucha sangre buena se ha derramado en esta pequeña Isla poblada por unos pocos millones de cubanos. Lo pequeño del número aumenta el valor de cada mártir cuando vemos el resultado obtenido y mantenido. Qué será cuando tripliquemos el número de habitantes.

Rendirle homenaje a uno de estos héroes es hacerlo a todos por igual. Esa era la intención de nuestro artículo, pero algo nos conmovió cuando leímos la carta escrita horas antes de morir por el miliciano Gil Augusto González Morera, algo especial que se desprendía de ella.

Gil Augusto murió combatiendo al invasor. Hasta ese momento la historia de su vida parecía una línea recta sin protuberancias o altibajos que la destaquen, similar a la de casi todos los hombres sencillos que nacen, se reproducen y mueren sin dejar traslucir la sustancia de sacrificio que llevan dentro.

Nació en Arroyo Blanco, Jatibonico; pero residió en Palmira con sus tíos, Ángel Flores y María Morera. Trabajó en una tienda de víveres gran parte de su vida, oscuro, sufrido trabajador que ahorra un poco de sudor para el futuro. Se estableció por su cuenta en el Bar Tropicana, casándose con Esther Dueñas Romero.

Entonces llegó la Revolución y Gil Augusto comprendió su significado con esa simplicidad tan honda que a veces sorprende a los que buscan complicadas soluciones a los problemas sociales sin ver que la respuesta simplísima está, y estuvo siempre, en hombres como él que se despojan del egoísmo ciego y sirven al hombre con justicia, sin explotarlo ni discriminarlo, sirviendo así a la patria. Irremediablemente, hombres como Gil Augusto hacen ofrenda de sus vidas tácitamente desde el instante en que ocupan su lugar. Y es de notar que lo hacen con humildad, pidiendo cortésmente permiso, al ingresar en el ejército del pueblo.

Gil Augusto era responsable de milicias de Palmira, y se encontraba recibiendo un curso para oficiales en la Escuela de Matanzas cuando regresa a su pueblo para descansar. Allí lo sorprende la invasión mercenaria y se incorpora inmediatamente a filas.

El primer golpe que recibió Gil Augusto fue el ver a su compañero de estudios, Heriberto Guardado Pérez, morir en combate sin poder auxiliarlo. Es doloroso saber cómo

la muerte perfila y sustantiviza la vida de un hombre que ha caído por una causa justa ante nuestra sorpresa al perderlo de golpe: de un hombre que estuvo a nuestro lado en largos días de fatiga y que en secreto o de modo inconsciente admirábamos y queríamos, y que se nos va antes de poder gritarle todo lo que se agolpa de súbito en la garganta, para decirle que es más que un hombre, que es toda una especie del más puro linaje, un símbolo, y que su muerte no es la Nada sin memoria futura.

El gesto que estábamos haciendo en el momento en que nos sorprende la muerte nos define para siempre. Antes de entrar en combate Gil Augusto escribió una carta reveladora, cuyo contenido debió tener en mente cuando vio caer a su camarada de armas. Este parecer no es mera retórica, es algo inevitable. Un obrero de su condición, que no había salido del perímetro de su pueblo, no acostumbra a escribir mucho. Pudiéramos decir que nada y si agregamos que llegar a conmover a través de la escritura a los que saben leer es difícil, el valor de esta carta es grande: porque nos revela no sólo lo que vale un hombre de nuestro pueblo, sino su dolor antes de morir sin poder auxiliar a su camarada.

Poco después moría él, Gil Augusto. A los cuatro días de su muerte la esposa recibía la carta que aquí copiamos. No necesita comentario, en esto radica su valor.

Abril 16 de 1961

Esther:

Llegamos sin novedad e hicimos prácticas en caso de ser atacados. No te preocupes, que yo me sé cuidar y me sé defender. El haber regresado a filas tan pronto

supe la noticia es para evitar que nos aplasten prontamente. Si yo me quedo, los demás milicianos no ocuparían sus puestos. ¿No es seguro que así nos derrotarían más pronto?

Tenemos armas, moral, valor, disciplina y conocimientos, lo bastante para que ellos, con todo su poderío, no nos puedan derrotar.

Tú sabes que yo de todas formas estoy condenado por los gusanos, si ellos triunfan. Sabes que me matarán. Aquí es más difícil, pues estoy armado y hago lo posible porque no triunfen.

Por tu parte debes manejar las armas, pues tú debes defender la patria.

¿Sabes qué es la patria? Pues no es más que tú, Mary, Nelson, Ellen, Patricio y yo, nuestros semejantes, o sea, toda persona digna, honrada, decente, trabajadora, que no permita que aquí en Cuba existan explotadores, viejos, ladrones, latifundistas. Eso es la patria, y para mantener esto hay que defenderla. Caiga quien caiga.

El bienestar de los hijos depende del padre y la madre. Yo estoy procurando el bienestar de ellos. Yo tengo ahí el libro "Los Hombres de Panfilov", léete primero las páginas 34 y 44, y después todo el libro.

Consigue la dirección de Lázaro. Y díme a quién hirieron cuando se fue el tiro.

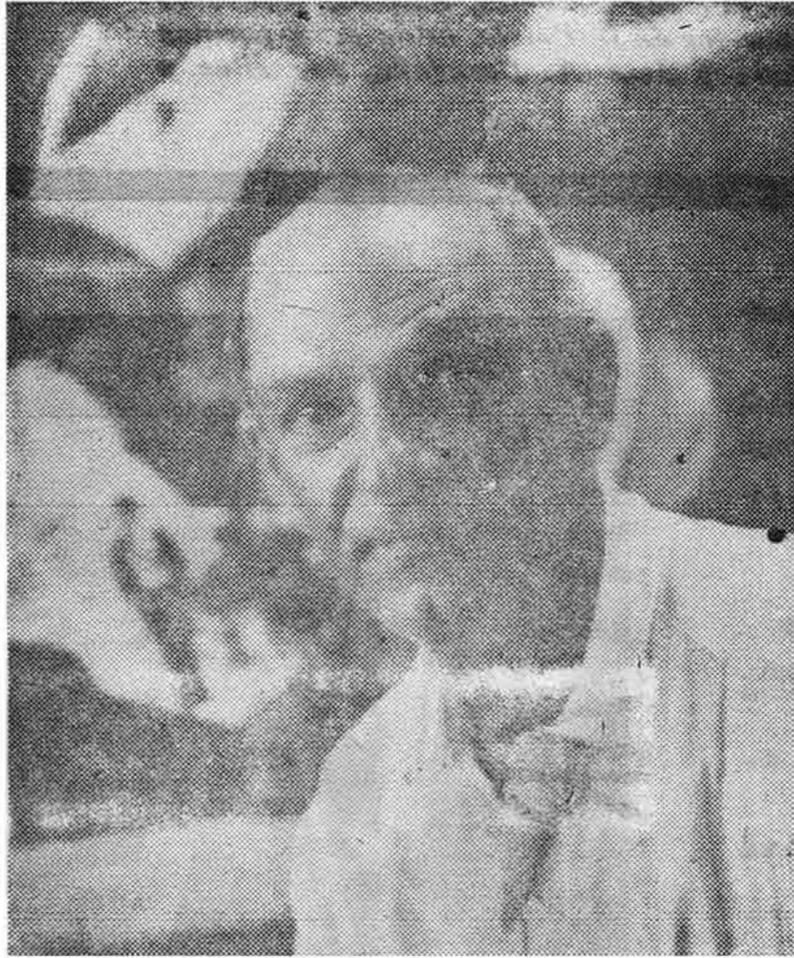
Dile a Rigoberto Suárez, a Pepín, a Mayito, a todos, que pensamos salir la próxima semana, si no que me escriban.

Bueno, sin más, sabes te quiere.

Gil.

Patria o Muerte
Muerte al Invasor
Venceremos.

POR OSCAR HURTADO



¡solo y sin rifle en medio del fuego MERCENARIO!

POR PEDRO MELUZA

—Llegó un momento en que me quedé solo, aislado de mis compañeros. Al frente la cortina de fuego enemiga y a la espalda la cortina de fuego del Batallón de la Policía Nacional Revolucionaria. El tronar de los morteros mercenarios casi me ensordecía. Junto a mí, las balas se encajaban en la tierra...

Media hora transcurrió en aquel infierno de metralla y humo.

Fernando Aceña, 56 años de edad, Asesor de Boxeo Amateur del INDER, miliciano del Batallón 116, compañía ligera de combate, a veces no cree estar vivo.

Los recuerdos, terribles, se agolpan en su mente y vuelan más rápidos que su palabra...

—En medio de aquella soledad de muerte, con el retumbar del fuego y la vida pendiente de un segundo, me fui arrastrando hasta llegar a la cuneta de la carretera a Playa Girón. Yo sentía los morteros en torno mío. Los tiros se encajaban en la tierra. El calor del humo me quemaba el rostro...

De pronto, Aceña notó que su fusil no disparaba. La verdad aterradora no hizo impacto en su ánimo.

—Seguí arrastrándome, volcándome sobre la tierra fangosa. Logré protección tras un árbol. Pobre resguardo. Una granada de mortero dio en la copa y no estalló, rebotando hacia la carretera.

Un grito interior invadió al solitario combatiente.

—¡Me salvé...!

De pronto, saltando por sobre el ruido atronador de la metralla invasora, un grito de voz amiga: "Viejo, tirate aquí".

El comandante Samuel Rodiles, segundo jefe de la Policía Nacional Revolucionaria, dio una palmada sobre el hombro de Aceña.

Más tarde, un nuevo Fal sostenían las manos ennegrecidas del Asesor de Boxeo Amateur.

—A Playa Larga llegamos el 18. Noventa y seis milicianos del Batallón 116 se integraron con las fuerzas de la Policía Nacional Revolucionaria que a la madrugada siguiente comenzó la marcha en busca del invasor.

Ese fue el inicio del combate, de la historia que a Aceña luce "de película". Pero que es tan real como la metralla que sembró muerte en su derredor...

—Los 96 del Batallón 116 cubríamos el flanco izquierdo y la policía el derecho. Así avanzamos hacia Playa Girón, por dentro del monte.

El relato adquiere a hora tintes de muerte.

—Lazo de la Vega, excelente compañero, gran amigo, valiente en el combate, y yo cruzamos la carretera primero. La metralla enemiga detuvo en seco al resto de la tropa, al otro lado de la vía.

El sonido de los morteros, muy similar al de un avión que cae en barrena, opacaba los gritos de Aceña a Lazo de la Vega:

—Lazo, ¡nos quedamos solos! Tenemos que buscar contacto con la otra gente... Sentí el tableteo ametrallador. Después medio segundo de aterrador silencio... Junto a mí, sentado, metrallita en el suelo, la muerte en el rostro, el compañero de trincheras y de entrenamiento...

José Manuel Lazo de la Vega Quintana, es muerto heroico por la Patria.

La rabia incontenible dominó a Aceña por breves segundos. Pero la serenidad volvió y los deseos de avanzar sobre el enemigo, sin arma, solo, se fueron disipando...

Aceña, 22 años dedicado al boxeo, 56 de vida, miliciano del Batallón 116, estaba solo en medio del crujir incesante del cañón, del tableteo ametrallador, del mortero mortal.

—No tenían moral para pelear frente a frente. Al avance de la milicia y el ejército, soltaban armas y parque y huían como ratas. Tenían un poder de fuego muy grande, pero no tenían pantalones...

El avance victorioso se hacía cada vez más rápido. Del lado mercenario, gritos de "rindanse milicianos..." De los frentes revolucionarios, "¡Patria o Muerte!"...

Fernando Aceña Quintana, miliciano, 56 años, combatiente del Escambray, estaba con licencia médica cuando ocurrió el desembarco mercenario. Dijo presente al llamado de la Patria. En Girón, sus años y su hernia se tiñeron de heroísmo.

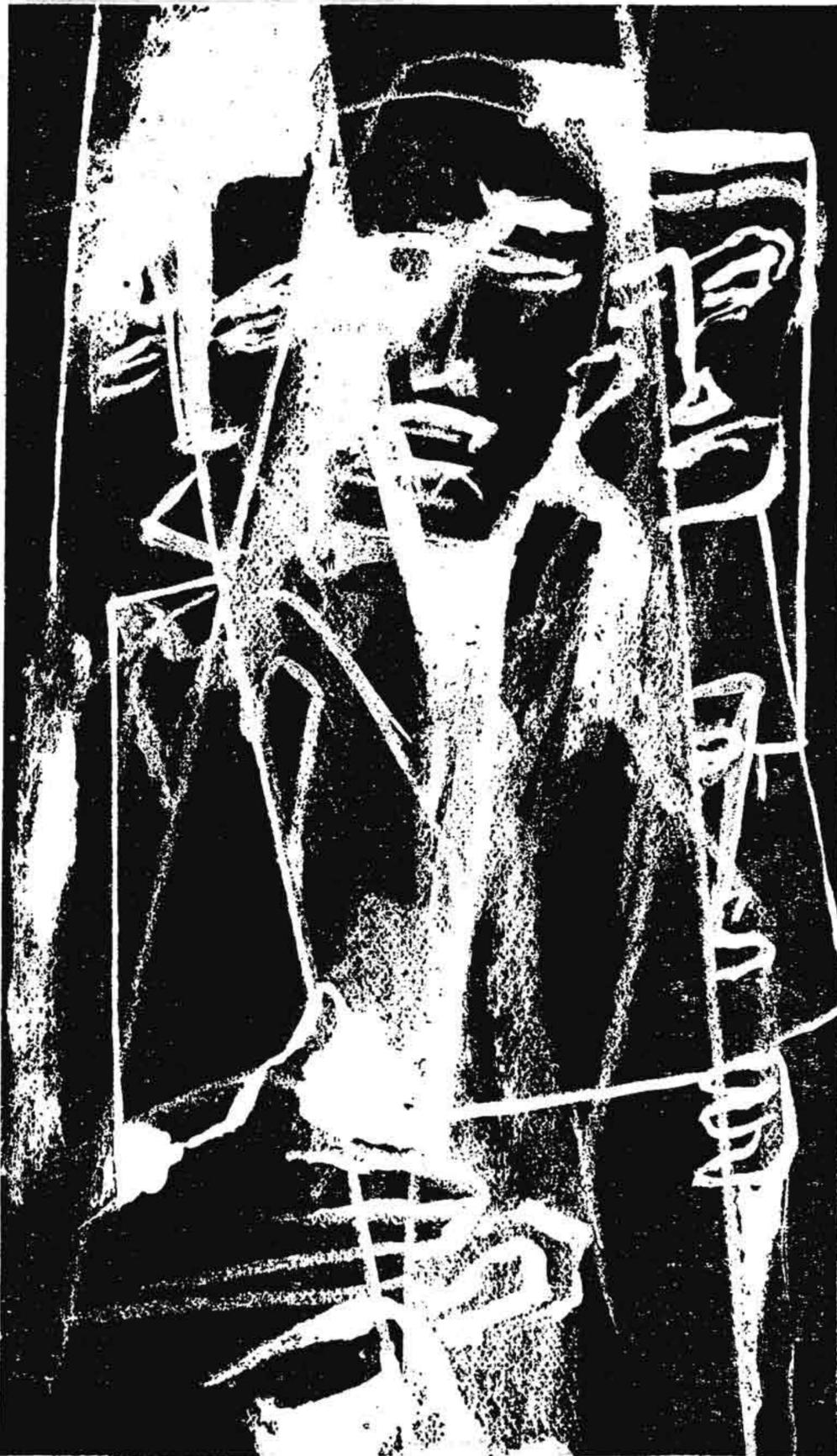
La lista de nombres de los que dieron sus vidas a la Patria, puede no ser exacta. Fidel Castro, Comandante en Jefe, señaló el número de 87 y en aquella ocasión dijo que podrían ser más. Por los que no están aquí en estas páginas, por los valientes, limpios, generosos y fidelísimos muertos de la Patria, están estos poemas de Virgilio Piñera y José A. Baragaño, por ellos y por todos.

Soldados, Policías y Milicianos.

ALVAREZ EMILIO, miliciano.
 ALVAREZ PUIG RAMON, chofer de transporte de tropas.
 BANUL PERERA JOSE M., vigilante 1525.
 CANTERO ENRIQUE, miliciano.
 CARBO LUIS, capitán comandante general P. N. R.
 CAÑER ENRIQUEZ EUSEBIO, vigilante especial 32576 No. 1826.
 DIAZ JUAN ALBERTO, teniente Ejército Rebelde.
 DIAZ ALFONSO SANDALIO, miliciano.
 DELGADO ALFONSO JORGE, miliciano.
 DIOS FRAGA JUAN D., miliciano.
 DIAZ R. SANDALIO, miliciano.
 ESPINOSA PEREZ EFRAIN, vigilante 1868.
 FERREA PEDRO, Responsable de Milicias.
 FLEITAS RAUDILLO, Responsable de Milicias.
 FERNANDEZ VARGAS ANTERO, 2do. teniente del Ejército Rebelde.
 FLOREZ DIAZ ROBERTO, miliciano.
 FERNANDEZ RUDI, miembro del Ejército Rebelde.
 GUERRA ORAMAS ANGEL, miliciano.
 GONZALEZ AUGUSTO, miliciano.
 GARAY LEAL JUAN, Responsable de Milicias.
 GRICHI MIGUEL, miliciano.
 GARCIA SARAZA ORESTES, miliciano.
 GALARRAGA RODRIGUEZ ENRIQUE, miliciano.
 GOMEZ NUNEZ ADALBERTO, vigilante número 2680.
 HERNANDEZ ANGEL ORLANDO, miliciano.
 JIMENEZ NICOMEDE, de la 1ra. Compañía Niaguero, Oriente.
 LUNA ARGIMIRO, vigilante 1576.
 MOLINA BERNARDO BLANCO, miliciano 713.
 PEREZ LUIS, miliciano.
 PRADO RODRIGUEZ PABLO, miliciano.
 PALACIOS INOCENTE, miembro del Ejército Rebelde.
 PALMERO VIZCAINO TOMAS, vigilante 1799.
 PORTUONDO BOULY, 25 años, de La Habana, 3ra. Compañía Batallón 117.
 PEÑA DIAZ RAMON, 24 años, blanco, vecino de Avenida Santa Amalia 40, Rpto. Arroyo Apolo, Habana, herida por proyectil de arma de fuego en el cráneo.
 QUINTANA PEDRO, vigilante de la 16 Estación.
 RIVERO ALAMOS HUGO, miliciano.
 RODRIGUEZ RODRIGUEZ ILUMINADO, miliciano Cuerpo Sanitario.
 RUIZ SERNA JUAN, miliciano.
 RIVERON LOPEZ SOFIEL, vigilante 1736.
 RODRIGUEZ SARMIENTO ROBERTO, vigilante 2416.
 RODRIGUEZ ALARCON JUAN, de la Marina.
 RAMOS VELAZQUEZ ARMANDO, de la Marina.
 SALARRAGA RODRIGUEZ ENRIQUE, miliciano.
 SOSA CIRO, miliciano cabo.
 SANCHEZ GOMEZ JULIAN, miliciano.
 TAMAYO RODRIGUEZ JOSE M., 1er. teniente Ejército Rebelde.
 VILLAFUERTE JESUS, miliciano.
 VALLADARES GUERRA PEDRO, miliciano.
 VALDIVIA ROLANDO, miliciano.
 SOTO MORALES GREGORIO, 48 años, mestizo, vecino del Central Martínez Villena, Aguacate.
 LAUDINO EMILIO, Compañía A de Tanques, T. 34, Managua.
 LUCAS JACINTO ARMENTEROS, Central Tinguaro, miliciano.
 GARCIA GARCIA ORLANDO, Camarioca, Escuela Responsable de Milicias, No. 444, 3ra. Compañía.
 SUAREZ ORAMA PEDRO, miliciano.

Campesinos y personas cuya profesión no se ha identificado.

EGOZQUE ROSAS NICANOR, 37 años, casado, natural de Aguada de Pasajeros, muerte por arma de fuego, fractura del cráneo.
 FILGUEIRAS PRIMO, 41 años, herida en la cabeza y en el pecho.
 GONZALEZ PEREZ JOSE L., 20 años de edad.
 HERNANDEZ MONTES DE OCA ENRIQUE, 23 años de edad.
 LOPEZ OSVALDO, 31 años, Nicaro, Oriente.
 MEL RAMON, campesino vecino de la Ciénaga de Zapata.
 MORALES JESUS, sin otra identificación.
 DULCE MARIA, vecina de la Ciénaga de Zapata.
 MARIA ORTIZ, campesina vecina de la Ciénaga de Zapata.
 REYES JOSE RAMON, sin otras generales.
 VERDE RAMOS JULIO, 16 años, mestizo.
 Sin identificar cadáver raza negra, 5,7 pies de estatura, delgado, unos 35 años, del pelotón de ametralladora de la 3ra. Compañía, Batallón 117 de La Habana. Dirección: Batallón D'Strampes y bordado en la tapa superior del bolsillo de la camisa derecho, por dentro "Quico" en blanco el letrero.
 ANCHUTÓ JOSE MARIA, campesino Ciénaga de



CASTELLANOS AVILA JORGE, 22 años, blanco.
 LAZO DE LA VEGA QUINTANA JOSE MANUEL, 41 años, blanco, vecino de Paz número 61, Santos Suárez.
 TRIANA JUAN, 21 años, 47 No. 5420, Miramar.
 SIERRA LEOVIGILDO, Bon 123.
 GARCIA ROLANDO, Bon 123.
 CABRERA GONCE Wilfredo, Sargento, Caimanera, Ote.— 12 Dic. 1942.
 GOMEZ SANCHEZ Julian Vgte. 789, Yaguaramas, L.V.— 15 Mar. 1930.
 DELGADO PRIETO D. JUAN, Vgte. 1272, Jovellanos, Mat.— 25 Dic. 1940.
 ALVAREZ FERNANDEZ RODOLFO, Vgte. 2598, Alto Songo, Ote.— 12 Dic. 1941.
 RAMIREZ IZQUIERDO RAFAEL EUSEBIO, Vgte. 3461, Puerto Padre, Ote.— 5 Mar. 1937.
 MILLAN CARINI ANGEL RAFAEL, Vgte. 1324, La Habana, Hab. 14 Dic. 1940.
 ARIAS BETANCOURT WILFREDO, Vgte. 2286, Santa Lucía, Ote.— 23 Feb. 1939.
 MUSTELIER LOPEZ LUIS, Vgte. 6075, Guan-tánamo, Ote.— 28 May. 1935.
 HERNANDEZ MORALES ALVARO, Vgte. 2037, Arroyo, Mat.— 7 Abr. 1936.

No estaban de más
Y los borraron
Las manos que sobran
Del tablero tremendo
De la vida

Eran el principio de todas las cosas
Del agua de la tierra de la cosecha y el fuego
Chocando en el trabajo y el amor blanco
En el aire y estruendo de las voces
Creadoras

Apretado contra la parda tierra os recuerdo
Inflamo con granos de pólvora
Una vasta canción
Hasta perderos de vista
En el fuego del himno consumidos

2

Vuestro cuerpos
Bultos negros a medio enterrar
Manos que incendian
Esa carretera
Fulminante canal de la victoria
En ese camino recto
Cielo de la Patria
En que el centinela no duerme
Ni se inunda la torre con las aguas
Son la actividad profunda de la vida.

3

Muertos: no teníais doble
Sólo un nombre de obrero o campesino
Mi nombre
Tu nombre
No teníais doble
Muertos de tierra firme
Sin regreso
En estandartes
Baterías
Batallones
Arden en ese nombre
Millones de gargantas y de armas

Vuestro nombre llevará el maíz
La cebolla el grano transparente
La nasa y el arpón con los martillos

Bajo tierra
En un himno de fuego y de cosechas
Los héroes siguen combatiendo
Sin saberlo.

Los Muertos de la Patria

Vamos a ver los muertos de la Patria.

En la pradera del silencio
los árboles, las aves, los saludos
son también muertos que a muertos corresponden.
Fusiles, metralletas y las manos empuñadoras
son sueños arrugados que soñara
un muerto nacido al mundo de los muertos.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

En el montón ilustre nadie espera
recompensas ni títulos y ni siquiera tierra;
podrían recabar monumentos, mármoles, honores
pero escogieron ser muertos de la Patria.

Nuestro llanto no moja,
nuestras manos no tocan,
nuestros ayos no gritan,
la voz es una impotencia enlutada
que se quiebra en círculos de mudas abstracciones.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

Sin embargo, hay que verlos...
Verlos con nuestros ojos dilatados por la vida;
hay que tocarlos con nuestras manos
como pájaros posados en el árbol terrible
donde el viento no suena,
y en donde la misma Noche
se aleja vencida por la Nada.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

¡Ay! —diría yo a este muerto
en quien quedó un asomo de sonrisa indestructible
¿cómo se muere en el momento en que
la bala se funde con la risa?
Y tú —muerto tirado en esa zanja
con un zapato, como casco guerrero
en tu cabeza, magnífico e inútil—
¿qué mago consultaste para estar ahora
de cara al Tiempo y con la Patria adentro?

Vamos a ver los muertos de la Patria.

JOSE A. BARAGANO

VIRGILIO PINERA

Caídos
entre
el mar
y el pantano

los caminos a PLAYA GIRON

POR CALVERT CASEY

En los conciliábulos más secretos de los que en estos momentos deciden si el mundo ha de vivir en paz o si ha de ser lanzado a la guerra y a la destrucción total para que el señor Kennedy confirme o desmienta una peligrosa tendencia mesiánica, una simple y melancólica verdad debe estar abriéndose paso, en el ambiente taciturno que sigue a las derrotas. Y es que, si todos los caminos conducen a Roma, no todos conducen a Playa Girón.

Gente muy complicada, como todos los seres humanos, pero armadas de verdades y convicciones muy simples, se han encargado de desmentir en este caso con el obstáculo de sus cuerpos el viejo proverbio, y de cerrar los caminos que conducen hasta la remota playa cubana, tan desconocida para el mundo hasta hace pocos días. Estos hombres tan complicados y armados de verdades tan simples los hemos podido conocer. En lenguaje estadístico se diría que lo que hemos obtenido es un mero "sampling". Instintivamente repugna el lenguaje frío de la ciencia cuando está en juego la vida de seres humanos y cuando las fuerzas que se oponen representan el egoísmo y la justicia universales. Pero no hay que rehuir el análisis científico. Ya que es físicamente imposible hablar personalmente a todos los que obstruyeron con sus cuerpos los caminos que conducen a Playa Girón y a Cuba, analicemos la pequeña muestra humana, espléndidamente humana, con la que nos ha sido dado hablar, entre todos los miles de hombres que hicieron posible la hazaña.

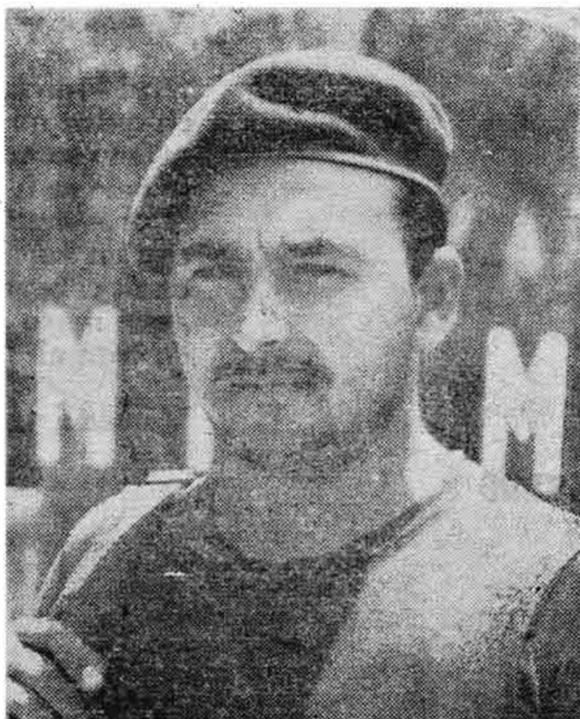
¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué hacían en el mundo antes de que sus unidades de combate fueran lanzadas por las carreteras flamantes que conducen a la Ciénaga de Zapata? Pues un repartidor de periódicos, el subcontador de un banco, un mecánico de la Dodge, un empleado de mantenimiento del Retiro Médico, un mecánico de la Ruta 9, un empleado del Instituto Cubano de Cartografía y Catastro, un vendedor de galletas, un dirigente obrero, un ejecutivo de ventas, un oficinista, un litógrafo troquelista. Y nada más. El vecino de los bajos, el de los altos, el del lado, o el hijo de la vecina. Pertenecen a dos batallones, el 148 y el 116, ambos de la provincia de La Habana.

Lo que ocurrió en sus vidas entre el 17 y el 20 de abril de 1961 que se encarguen ellos mismos de narrarlo.



José Daniel Moore Quintana,
Marianao, Habana,
ex repartidor del "Diario de la Mañana", empleado de la Imprenta Nacional.

Estábamos en operaciones de limpieza en el Escambray. Regresamos a La Habana, donde permanecimos 2 ó 3 días, parcialmente demobilizados. El sábado 15, al producirse el ataque de los aviones norteamericanos a los campos de aviación de la FAR, los batallones fueron integrados y nos atrincheramos aquí, frente al mar, cerca de La Habana, después del entierro de los compañeros muertos en el bombardeo. El lunes 17 nos enviaron a la Ciénaga. Llegamos el martes, pasamos por Jagüey a las 9 y 30 de la mañana, con la misión de defender al Ingenio del ataque enemigo. A las 6:05 de la mañana del miércoles sufrimos un bombardeo aéreo que nos causó 13 bajas. Le tiramos con todo lo que teníamos y lo vimos caer incendiado. Al día siguiente jueves, nos enviaron a Buenaventura, más allá de Playa Larga, que ya había sido ocupada, con la misión de evitar nuevos desembarcos.



Luis Puig Pantoja
Marianao.
Subcontador de un banco.

En diciembre de 1960 ingresé en la Milicia Bancaria. Había trabajado en la clandestinidad. Los domingos nos íbamos a Santa María del Mar a marchar, aprendíamos la guerra de guerrillas. Luego al Morro. Más tarde, al constituirse la Milicia Nacional y dividirse por zonas y batallones, hice la marcha de los 62 kilómetros, pasé a la escuela y de ahí salió mi batallón, el 148. Supongo que formaba parte de la pequeña burguesía de que el comandante Guevara hablaba el domingo pasado, la que se escindió y una parte adquirió conciencia revolucionaria.

Me bombardearon por primera vez en el Central Australia. El hombre que no tiembla al ser bombardeado o tiroteado por primera vez es porque no tiene sangre. Sólo un enorme control puede vencer el instinto de conservación. La idea que se está defendiendo en ese momento es lo que nos sostiene e impulsa en el esfuerzo sobrehumano de esa primera media hora. Pasada la prueba, la reacción es, en lenguaje boxístico, "pegar hasta con el cubo". La segunda impresión pasa más rápidamente, no hay factor sorpresa, la impresión se espera y cuando pasa se comienza a combatir. No hay quien piense en correr. Todo el mundo aguanta a pie firme.

Salimos de Buenaventura hasta El Maíz, punto situado a unos cincuenta kilómetros dentro de la Ciénaga, con la misión de cuidar a varias familias de carboneros que no tenían armas. Sabíamos que hacia esa zona se estaban retirando los mercenarios. La otra misión era atajarlos. La noche del 24, empezamos a sentir ruidos por los alrededores de la escuelita rural donde acampábamos. Distribuí el personal del pelotón que mando en lugares estratégicos. Nos pusimos en contacto con Nico, un miliciano carbonero de la Ciénaga. Conoci su sexto sentido extraordinario para saber la procedencia de los ruidos, el número de enemigos, la distancia que nos separaba de ellos. Nos dirigimos hacia el lugar de donde procedían los ruidos. Al poco rato salió de la espesura un mercenario que dijo llamarse General Palencia, extremadamente nervioso, pidiéndonos que no lo matáramos. Cayó extenuado. Le dimos agua y naranjas. Otros querían entregarse pero tenían miedo y él decidió entregarse primero para que los otros pudieran saber lo que les esperaba. Con él al frente, seguimos avanzando y los otros nueve del grupo se fueron entregando. Les dimos un cubo de agua. A duras penas impedí que se lo arrebataran. Su desmoralización y depresión eran terribles. Todos habían venido convencidos de que su única misión sería ocupar a Cuba, que la Revolución se caería sola. No parecían haber recibido mucho entrenamiento.

Enviamos los prisioneros a la comandancia del Australia. Regresamos a La Habana dos días después. Desde entonces estamos atrincherados, esperando.

No hubiera querido perderme la experiencia por nada del mundo. Es difícil contarla con palabras, contar la salvaje alegría que se experimenta al ver caer el avión que acaba de bombardearnos, derribado por los artilleros de las antiaéreas, las "cuatrobocas", muchachitos de 15 ó 16 años que permanecen impávidos disparando hasta que tumban el avión.

Gregorio Hernández,
Marianao.
Mecánico de la Dodge.
Encargado de transporte del batallón.

Fuimos en una lancha de un solo motor hasta el barco que se estaba hundiendo, a 8 millas de Playa Larga. Dos aviones de la marina norteamericana comenzaron a volar sobre nosotros. Nos quitamos la gorra y la camisa para que nos tomaran por pescadores. Llegamos al barco. Había muchos cadáveres de mercenarios. Sacamos abun-

dante parque, en la lancha y en botes. Los aviones nos ametrallaban tratando de impedir que sacáramos el parque, pero nos llevamos mucha cantidad antes de que el barco se fuera a pique.

Pero eso fue al final de la batalla. Cuando comenzó, en los 3 camiones de mi batallón llevamos al frente a 200 hombres de otros batallones. Mi camión llegó hasta Playa Girón, cuando el avance final. Las bazookas eran mortíferas. Nos tirábamos del camión y comenzábamos a disparar inmediatamente hacia la espesura. A una ambulancia de la Cruz Roja le cayó encima una bazooka y la destrozó. Regresé a Playa Larga a buscar más hombres.

Bernabé Veitia Pérez
Vedado.
Empleado de mantenimiento del Retiro Médico.

En enero estuve atrincherado 20 días. Luego 30 en Isla de Pinos. Luego 18 en el Escambray. Luego 10 en la Ciénaga.

La emoción más intensa que recibí, que me hizo llorar, fue al llegar a Jagüey Grande. Una anciana se acercó al camión en que íbamos y nos echó un discurso. Con toda la prisa por llegar al frente a combatir, un discurso. Nos contó los primeros asesinatos de los invasores en Playa Larga y nos dio las gracias de que viniéramos desde La Habana a combatirlos. Se sentía tranquila viéndonos pasar. No podía combatir, pero sí podía hablarnos.

El momento más terrible: cuando recogí a los compañeros heridos por las 3 bombas de 250 libras que nos echó el bombardero y los dos rockets. Pero el pueblo de Jagüey es heroico. Nos llevaba comida y agua al Central, en medio del bombardeo. Un compañero miliciano de 70 años, Juan José Pérez Rey, de Marianao, nos dio una tremenda lección de serenidad bajo el bombardeo. Nos enseñó a esquivar las bombas, pegándonos a un muro y luego a dispararle al avión.

Víctor Herman Peters
Marianao.
Empleado del Instituto Cubano de Cartografía y Catastro.

Derribamos el B-26 sobre el Australia. A menos de 100 yardas de donde yo estaba cayó una bomba de 250 libras. Agarré un fragmento de metralla. Estaba caliente.

En diez años el mundo será socialista. El socialismo no puede detenerse.

José Álvarez López
Marianao.
Vendedor de galletas.

Me hirió un fragmento de metralla en el bombardeo del Australia. Nací en España. Soy cubano. Estuve en la lucha revolucionaria del 33. Fui a España a combatir en la Guerra Civil, con la República. Peleé al mando de Lister en la Brigada Internacional, al lado de Jorge Agostini, de Pablo de la Torriente Brau, en el Guadarrama. Recuerdo las charlas inolvidables de Pablo. Luego estuve preso en México con David Alfaro Siqueiros.

La aviación ahora es más mortífera. Seis bocas de ametralladora 50 disparan a la vez contra la tierra. Dos disparan desde la cola del avión. En Madrid sólo nos ametrallaban los cazas.

Hasta aquí el Batallón 148.

El Batallón 116 fue quizá el que más bajas tuvo sin haber enviado todos sus efectivos al frente. Sólo tres oficiales y la Compañía Ligera de Combate participaron en la batalla, incorporada al Batallón de la Policía. En total 95 hombres.

Víctor González Espinosa
Marianao.
Ejecutivo de Ventas de Swift Nacionalizada.

El martes 18 la Compañía Ligera de



Combate fue llamado a los batallones de la Policía. A las 2 salimos en rastras para la Ciénaga. Al llegar al Australia, recibimos órdenes de partir para Playa Larga. A las 10 de la noche encontramos los primeros ómnibus incendiados. Nuestra compañía se fraccionó en dos unidades. Una al mando del capitán Sandino, otra al mando del capitán Carbó, ambos de la Policía. Pasamos la noche entre Playa Larga y Girón. A las 5 de la mañana del miércoles 19 marchamos hacia Girón al frente de los pelotones de la Policía, con la misión de reconocer el terreno, establecer el primer contacto con el enemigo y tratar de capturar 19 paracaidas lanzados desde aviones con material de guerra. Primer contacto con el fuego: dos aviones comenzaron a ametrallarnos desde lejos pero nuestras baterías los derribaron. Bob Taber marchaba a nuestro lado.

A los 7 u 8 kilómetros de marcha hicimos contacto con las fuerzas de tierra enemigas. Eran las 8:30 de la mañana y estábamos frente a una bifurcación del camino, casi a la entrada de Girón. Allí tenían ellos un tanque, un camión artillado y, dispuestos en arco, gran cantidad de morteros, ametralladoras 30 y 50 y cañones sin retroceso. Estábamos bajo el fuego constante de los morteros. Había empezado la batalla de Playa Girón.

José Antonio Soto Marrero
Marianao.
Empleado, Oficina del Primer Ministro.

Estábamos a 20 metros del enemigo



camouflageado. Estuvimos muy cerca del cuerpo a cuerpo. Nos comunicaban: ¡Ríndete, miliciano! Respondíamos disparando con todo lo que teníamos. Nuestra misión estaba cumplida: hacer contacto con el enemigo, saber dónde estaba, qué armas tenía; los granaderos y los morteros de la policía venían detrás de nosotros. Los primeros diez minutos fueron un infierno. El fuego da mucha sed y sueño. La pólvora y la gelatina de las bazookas resaca el aire. La sed es terrible, se pega la lengua a las mejillas. El primer momento es de ríndete, pero el fuego del enemigo enardece. Se avanza.

Los invasores nos pedían auxilio como si fueran compañeros nuestros; al acercarnos recibimos fuego directo de las ametralladoras. Cai frente a un tanque, entre compañeros muertos. Oí entonces voces mercenarias pidiéndome que alzara los brazos y me rindiera. ¡Viva la Revolución!, les grité, aunque sabía que no podían verme, porque un camión vino a tirarme con la ametralladora. Cuando se les terminaba la cinta de balas aprovechaba para gritarles y tirarles. Aproveché una explosión de mortero, que levantó mucho polvo, para llevarme varios compañeros.

Conrado Santos Trujillo
Marianao.
Litógrafo troquelista.

Pero ¿y los otros 95 compañeros no van a decir nada? ¿Y los muertos? ¿Y el capitán Carbó? Por la parte que él mandaba un tanque nuestro fue inutilizado con un bazookazo y sus tripulantes heridos. Con valor increíble Carbó quiso penetrar en el tanque gritando Patria o Muerte. Cayó víctima de una ráfaga de ametralladora.

Otro compañero herido, estaba tan cerca del enemigo que se metió en el mar y agarrado a las rocas esperó 3 horas hasta que llegaron refuerzos.

A las 10:30 llegó el comandante Rodiles a la primera línea y descargó su bazooka contra el tanque enemigo. Eso marcó el inicio de nuestro segundo contraataque. El grupo del capitán Sandino se replegó para dar paso a los granaderos de la Policía. El combate siguió hasta la 1 de la tarde. A esa hora entró en acción la aviación nuestra bombardeando Playa Girón. La Fal y la metralla fueron nuestras únicas armas, pero teníamos el apoyo constante del Batallón de la Policía. Entre ellos y nosotros la penetración era perfecta.

A partir de la una de la tarde ya sentimos que la resistencia cedía. El enemigo abandonó el tanque. Mataron al jefe de grupo. Nosotros no entramos en Girón, que fue tomado a las cinco. Se nos ordenó mantenernos en la carretera y guiando a un destróyer norteamericano. Atrincherados frente al mar para impedir nuevos desembarcos y el reembarque de invasores. El destróyer penetró profundamente a las 5 de la tarde de ese mismo día 20 en la Bahía de Cochinos, seguido de dos barcos. Se hacían señales luminosas. Pasamos la noche en la carretera con un frío intenso, espalda al monte, donde rondaban los mercenarios. Fue una noche inolvidable. Creo que eso fue lo peor.

Aurelio Herrera Viaró
Marianao.
Mecánico.

Estuve 3 horas prisionero. Al principio se nos amenazó con el fusilamiento. Pero luego la suerte les cambió. Oí a San Román cuando ordenó la retirada. Trataron de escapar en tres lanchas, que hundió nuestra aviación. Rezamos un rosario a un niño de dos años, a quien la metralla le arrancó una pierna. Se desangraba y nadie tenía a auxiliarlo. Murió.

Después que se fueron las 3 lanchas con los jefes, Ferrer, jefe de la policía militar enemiga, nos dijo que estaban derrotados, que los habían abandonado y quiso rendirse a nosotros y entregarnos las armas. Le dije que esperaran a nuestras tropas y se rindieran, que no salieran a la carretera porque los mataban. Reunió a un grupo de invasores. Nos pidieron consejo. Las superiores los habían abandonado. Sin estar armados nosotros, los entregamos a los comandantes René Rodríguez y Amezcua. La batalla había terminado.



MECANICO, EJECUTIVOS DE VENTA, DIRIGENTES OBREROS, EMPLEADOS DE OFICINA, SUBCONTADORES, VENDEDORES, LITOGRAFOS, EN UNA PALABRA: EL PUEBLO COMBATIENTE.

FOTOS MAYITO



BATALLON 180

POR FAYAD JAMIS

FOTOS R. SALAS



TENIENTE LUIS GIL ALVAREZ

Voy a tratar de contar los momentos más importantes de la lucha contra los invasores de la patria. Después de salir de Playa Girón tuvimos que alejarnos como unos 25 kilómetros, pues la aviación bombardeaba constantemente los camiones que transportaban nuestro batallón. Nos vimos de pronto en zonas completamente desoladas en las que no teníamos protección de ametralladoras antiaéreas. En aquel tramo fue donde empecé a experimentar la responsabilidad y la emoción de esa guerra. Cada vez que aparecían los aviones teníamos que desplegarlos a ambos lados del camino, internándonos en la manigua. Era terriblemente duro no poder defendernos. Pero más duro aún fue cuando logramos avanzar y entrar en contacto

con el enemigo. Estando allí llegaron la Compañía Ligera de Combate, el Pelotón de Reconocimiento y la 3ra. y 4ta. Compañías y el teniente Vázquez nos dio órdenes de avanzar hacia el enemigo. Cuando nos aproximamos, los mercenarios, que habían visto la avanzada de la Policía Nacional, el Ejército Rebelde y nuestro Batallón 180, entramos bajo un intenso fuego de artillería cuyos estampidos eran casi insoportables. Nuestros compañeros caían muertos o heridos, pero nosotros seguimos avanzando. En aquel momento pude darme cuenta de lo que significa una guerra, de lo que significaba aquella guerra contra los mercenarios invasores, y de la responsabilidad que uno contrae al mando de una unidad de combate.

Hubo momentos en que me detuve a meditar y a controlar y proteger la tropa para evitar que tuviera muchas bajas. Ya le dije que ese fue un momento emocionante en medio del fragor de la batalla. Las granadas de los morteros enemigos caían entre nuestros hombres mientras seguimos avanzando. Les ordené que se detuvieran y avancé para estudiar el punto estratégico del enemigo. Una vez reconocida la situación regresé y ordené seguir la avanzada, de dos en dos, llevando nuestro par de ametralladoras 7.92 desde el lado izquierdo de la carretera hasta el lado derecho de la misma.

Mientras cruzábamos la carretera recibimos un intenso fuego de las ametralladoras enemigas, pero pasamos sin sufrir bajas y rebasamos la línea de fuego hasta entrar

en contacto, cuerpo a cuerpo, con el enemigo. Allí me encontré al comandante de la Policía Nacional Revolucionaria, Samuel Rodiles y me puse a su disposición. Emplazamos las dos ametralladoras 7.92, una hacia el flanco izquierdo del enemigo y la otra frente a la línea de fuego del enemigo. El comandante Rodiles peleaba como un león.

Bajo el fuego de los morteros mercenarios muchos compañeros iban quedando en el suelo. Eran momentos muy tristes y a la vez momentos en que nuestro coraje se encendía y peleábamos con más ímpetu. Creo que la llegada de nuestras dos ametralladoras fue decisiva en el triunfo de la batalla dirigida por el comandante Rodiles. En un momento lo ví solo con 10 ó 12 hombres. El comandante, al ver surgir un tanque Sherman, dio órdenes de retroceder hacia la playa, pero cuando un compañero le lanzó una granada al tanque el aparato retrocedió. Yo me acercaba al Comandante y él al verme me gritó: "¡Agáchate, agáchate!". Varios enemigos ya estaban ahí mismo, a sólo unos cuantos metros de nosotros. Los enemigos le gritaron que se rindiera, pero él les respondió con valentía y les gritó una andanada de palabras muy duras. Fue en aquel instante preciso cuando se acercaron nuestras dos ametralladoras. Luego llegaron nuestros aviones y nuestros tanques y los cañones chicos. Los mercenarios empezaron a retroceder y a rendirse y luego huyeron y muchos trataron de embarcarse, pero nuestra aviación les hundió sus barcos.

El hombre que no está convencido de la causa por la que lucha abandona la batalla en momentos como aquellos. Nosotros estábamos más que convencidos de nuestra causa y por eso triunfamos.

LEONEL YANES, cabo de la primera escuadra, pelotón 1, Compañía Ligera.

Desde muy temprano, a la entrada de Playa Larga, un avión B-26 enemigo nos estuvo bombardeando y ametrallando, pero nosotros seguimos avanzando con nuestro Pelotón de Reconocimiento en la vanguardia. Fue en aquellos momentos cuando los habitantes de Playa Larga se presentaron izando banderas blancas. Hubo varios tiroteos entre nosotros y algunos francotiradores mercenarios que todavía quedaban dispersos por la zona. Al fin tomamos la Playa. El teniente Jacinto Vázquez nos ordenó peinar el monte cercano. Mientras peinábamos el monte hallamos el cadáver de un compañero del Pelotón de Responsables de Milicias de Matanzas al que le había pasado la estera de un tanque por el medio del cuerpo. Ver aquellos restos hechos una pasta con sangre y con fango fue uno de los momentos más duros que viví durante todas las operaciones.

Luego que terminamos de peinar el monte la compañía fue formada frente a la playa. Dos o tres horas después nos fuimos en camiones rumbo a Playa Girón. Con nosotros iba el Pelotón de Reconocimiento. Nos dieron órdenes de avanzar, con el Pelotón de Reconocimiento a ambos flancos de la carretera y la Compañía Ligera detrás. No puedo calcular que distancia había entre nosotros y una ceja de monte próxima, tal vez un kilómetro. Desde la ceja de monte empezó a llover metralla sobre nosotros.

Al caer bajo el fuego enemigo el teniente Vázquez dio órdenes de retroceder unos cuantos metros para analizar la situación y esquivar el fuego. Al retroceder yo me perdí y quedé separado de mi Batallón. Cuando regresé, unos 15 ó 20 minutos después, pregunté dónde estaban los míos. Para reunirme con ellos, tuve que atravesar la lluvia del fuego enemigo. Si entonces hubiera estado sereno, como ahora, a lo mejor no lo hubiera hecho. Fueron unos minutos terribles.

A las cinco y cuarenta se entregaron los primeros 22 ó 23 mercenarios de Playa Girón.

PORFIRIO DUEÑAS

Le voy a decir la verdad. Me parece que el momento más difícil fue cuando los aviones mercenarios nos bombardearon y ametrallaron en la mañana del martes. Fue el momento más malo que pasé porque como todos los demás compañeros no estábamos habituados a la guerra. Me sentí algo ner-

vioso. Después cuando el avance a la toma de Playa Girón ya uno se sentía mejor enfrentándose al enemigo. Cuando estábamos entrando en Playa Larga se aparecieron otros aviones y tuvimos que entrar dispersándonos. Tomamos la playa e hicimos un descanso esperando que llegaran nuestros refuerzos para seguir combatiendo al enemigo.

Fuimos a Playa Girón entonces. A un kilómetro de Playa Girón empezamos a combatir de nuevo a los mercenarios. Frente a los tanques y morteros enemigos, las milicias, la policía y el ejército rebelde avanzaron. Vimos caer a varios compañeros de los distintos cuerpos, pero nada nos hacía retroceder. Al fin el enemigo fue desalojado de las posiciones que tenían, y huyeron. Tomamos la Playa a las seis y treinta de la tarde. Ellos huían desesperadamente sin rumbo fijo. Allí les ocupamos muchos equipos bélicos, plantas de radio, ametralladoras .50, morteros, M-3 y M-1, como tres camiones y un tanque.

Al otro día regresé a Playa Larga. Iniciamos la búsqueda de mercenarios que habían huído hacia la Ensenada de Cochinos. A la una del día, todavía no habían encontrado a nadie. Entonces llegó el Comandante Fidel Castro. El empezó a preparar un plan para la captura de los mercenarios que huían, pero luego Fidel consideró que el enemigo, derrotado, ya no pelearía. Entonces seguimos avanzando a las seis de la tarde. Fidel se retiró a un yate o una barcaza que fue a buscarlo y en ese yate nos enviarían alimentos pues estábamos extenuados.

Plantamos el campamento. Dos mercenarios que habían abierto un hoyo en la arena para esconderse, salieron y se entregaron. Al otro día siguió la búsqueda y los fuimos capturando sin hacer resistencia, poco a poco, hasta más de 25 en aquel día. Muchos de nosotros no los veíamos y ellos nos llamaban para entregarse, pidiéndonos que no les tiraran, que habían sido engañados, y así continuó la búsqueda hasta que llegó la orden de retirar el Batallón 180 que fue relevado por el 123

CIRO PEDRO GONZALEZ

Para mí, aparte de que en la segunda etapa de la lucha estuvimos muy preocupados por la suerte de los compañeros que combatían en Playa Girón, un momento emocionante fue cuando estando en el Central Australia, Fidel pedía que las tropas se mantuvieran en combate hasta que llegaran los refuerzos. El momento más importante fue cuando Fidel preguntó qué batallones estaban allí. Se le respondió que el 111 y el nuestro. Fidel dijo que avanzara el 180 hacia La Boca y que el 111 siguiera detrás. Entonces ya al amanecer nos atacó el primer avión mercenario por la carretera, pero el teniente Vázquez dio órdenes de seguir avanzando.

La compañía ligera de combate avanzaba hacia las posiciones. Vimos un grupo de gente izando banderas blancas, que eran sábanas. Eran los prisioneros que tenían los mercenarios: hombres, mujeres y niños de Playa Larga. Nosotros les dijimos que si entre ellos venían esbirros, los esbirros serían fusilados. Venían dos disfrazados de civiles.

La Ligera de Combate debió ser detenida para que la artillería hiciera fuego hacia Playa Larga. Yo con varios compañeros, entre ellos el teniente Yanes, avanzamos bajo tiros certeros que venían del monte. Nosotros queríamos saber si era verdad que el grueso de los invasores se habían retirado de Playa Larga. Seguimos avanzando hasta Playa Larga. Cuando llegamos a donde estaba un tanque nuestro destrozado nos lanzaron ráfagas de M-3. Cuando nos tiramos en el hueco en que estaba nuestro tanque averiado, me encontré con un esbirro. Yo le iba a tirar, pero él me dijo que no lo matara, que estaba herido. Más adelante, un miliciano de otro batallón, herido, pedía auxilio. Varios compañeros más, del Batallón de Responsables de Milicias de Matanzas, estaban destrozados en el suelo. Aquel creo que fue el primer prisionero que hicimos en Playa Larga. Dijo que él no había hecho nada. Le dije que levantara la cabeza para que vieran las mujeres y campesinos muertos y los destrozados que habían hecho...

JOSE SOMOANO, Pelotón de Aprovevisionamiento.

Yo pertenecía al pelotón de proveisionamiento. Creo que en todos los ejércitos el personal de munición avanza siempre a la retaguardia. Ya habíamos tomado Playa Larga y nos acercábamos a Playa Girón. Un avión enemigo nos ametrallaba implacablemente y nosotros teníamos que seguir avanzando hacia nuestro objetivo. Yo pensaba: ¿será posible que un avión me mate, así, sin que yo pueda defenderme, sin que yo me bata frente a los mercenarios? Nuestro batallón seguía avanzando hacia Playa Girón, donde se combatía intensamente, para abastecer de municiones a nuestros compañeros y apoyarlos con nuestras fuerzas. Yo estaba obsesionado por la idea de caer ametrallado por un avión. Desobedecí las órdenes y avancé "por la libre" hacia Playa Girón. Al llegar al frente vi como un tanque nuestro avanzaba, apoyado por la infantería. Cerca del tanque, el teniente Vázquez, jefe del 180, arregaba a la tropa, indicándoles a los milicianos que avanzaran y avanzando él mismo en primera línea. El teniente se ocupaba también de los heridos. Un impacto de la metralla de los mercenarios hizo blanco en nuestro tanque que rápidamente fue envuelto por las llamas. Yo le pedí al teniente que me dejara avanzar junto a él; le dije que no quería seguir en la retaguardia. El me dijo que estaba bien, que de entonces en adelante seguiríamos juntos. Ahora soy miembro de la escuadra de seguridad de mi batallón.

PABLO BOLADO, Pelotón de Reconocimiento

Nuestro pelotón recibió órdenes de avanzar sobre Playa Larga, pero antes de partir hubo un cambio en los planes y dejamos al teniente Fernández, jefe del pelotón, al mando de los morteros. Nosotros empezamos a avanzar bajo el terrible ataque de la aviación enemiga que hizo que, al separarme mucho del grueso del pelotón, yo me encontrara con el teniente Yanes, jefe de la Ligera de Combate, y con un compañero del ejército rebelde y otros compañeros más. Nos hicieron fuego de fusilería por el flanco izquierdo. Para mí fue una gran emoción oír aquellas primeras detonaciones.

Otro momento emocionante fue cuando el Primer Ministro se dirigió a mí personalmente, dándome órdenes directas para que iniciáramos la persecución de un grupo de mercenarios que, luego de escapársenos en Playa Larga, habían logrado ir hasta el "Houston" y regresar a la costa donde se situaron con ametralladoras 50, Garands, M-3 y otras armas. Al terminar aquella acción, en la que aplastamos una vez más a los mercenarios, el teniente Vázquez me comunicó que me ascendían a ocupar el cargo de segundo al mando del Pelotón de Reconocimiento.

Se me olvidaba un detalle interesante. Cuando, después de la victoria, estábamos "peinando" la Ciénaga, encontramos un mercenario hundido hasta la barbilla en una tembladera. Lo sacamos de allí hecho un enorme mazacote de fango (por dentro y por fuera). Nos dijo que se estaba muriendo de sed. Cuando vio las cantimploras que le ofrecíamos se desmayó.

Yo tuve la suerte de estar en todos los frentes.

FERNANDO ARMAS

El momento más interesante que yo viví... El momento difícil... cuando avanzábamos, haciendo lo más que podíamos, momentos muy duros, en la toma de Playa Girón.

Al lado mío cayó un compañero. Otros cayeron despedazados, chorreando y salpicando sangre, figúrese. En algunos combates me atacaron con ametralladoras Thompson, parece que habían ubicado mi posición. Debido a los cañonazos de los tanques de cilos me quedé aturdido. No oía ni asimilaba bien. No podía analizar mi situación. La metralla era intensa pero había sobre todo una ametralladora que parecía perseguirme. Al fin logré alejarme de sus ráfagas. Yo estaba agotado y sediento. Al salir hacia el frente yo me sentía muy mal y con fiebre pero fui a cumplir con mi deber.

144

POR FAUSTO CANEL

CINCO KILOMETROS DELANTE DEL FRETE

El Batallón 144 es un batallón exactamente igual a cualquier otro batallón pesado. Sus hombres son obreros: silenciosos, locuaces, vivaces, humildes, penosos al principio, pero siempre francos, honestos, como todos los buenos cubanos. Uno puede recordar su oficio de escalador de árboles y otro puede evocar su sillón olvidado de limpiabotas y hacer algún chiste sobre algún cliente lejano, pero todos seguirán siendo milicianos que vigilan y luchan por su revolución y por su patria. Los hombres del Batallón 144 son obreros porque son hombres de ciudad —de La Habana: de Luyanó, del Cerró, de la Vibora, de Lawton— y seguirán siendo francos, honestos, porque son buenos cubanos.

Los batallones pesados tienen un volumen mayor de lo que se llama militarmente "equipo pesado". Es decir, sus cuatro compañías tienen un mayor número de bazookas, morteros, ametralladoras 30 y ametralladoras 50, que cualquier otro batallón simple. El Batallón 144 tuvo un paso drástico de la teoría a la práctica: de la Escuela de Entrenamiento pasaron a la limpia del Escambray. No tuvieron mucha pelea directa porque los mercenarios del Escambray huían más que combatían, pero de cualquier forma para aquellos hombres que quizás nunca habían tomado un arma y que ahora se lanzaban al monte a luchar por su patria con un único y rápido entrenamiento teórico, el paso dado no dejaba de ser difícil. Sin embargo, los milicianos del Batallón 144 supieron regresar veteranos.

El jefe del Batallón 144 es el teniente Leonel Zamora. Grueso, amable, de mediana estatura, el teniente Zamora es un verdadero jefe para los milicianos de su batallón. Su jefatura está donde está él y duerme en cualquier lugar del sitio de su plana mayor: junto a sus hombres. El día que el cronista lo visita, un oficial de un batallón vecino llega preguntando por él:

—¿Dónde está la jefatura del teniente Zamora? —dice el oficial a un miliciano que pasa.

—Aquí —contesta el miliciano, y señala para el piso. Por un momento el oficial sospecha una burla. Luego comprende y contesta:

—Muy dinámico tu jefe.

Luego que el oficial se ha ido, el miliciano se acerca al cronista y le dice como disculpándose:

—No podía decirle otra cosa, Zamora no cree en formalismo y pienso que nosotros no creíamos tanto en él si así fuera.

El cronista mira al miliciano, y no puede menos que recordar que esos mismos hombres que no tienen comandancia,

ni jefatura ni formalidades, son los mismos hombres que han sabido cumplir con su deber a la hora del combate y en última instancia los hombres que están haciendo la revolución. El cronista siente desde entonces que definitivamente el teniente Zamora le va a caer bien.

La mañana del lunes 17 de abril, el Batallón 144 se ocupaba de sus labores habituales. Había sido movilizado dos días atrás y la tensión nerviosa era fuerte, sin perder el humor. Cuando les llegó la noticia, resaca, escueta, de que marchaban inmediatamente al frente de combate a repeler un desembarco los hombres del Batallón 144 quizás no llegaron a comprender completamente la magnitud del acontecimiento. Quizás pensaron que la cosa sería un segundo Escambray o hasta un poco más fuerte, pero nunca el desembarco poderoso de Girón y Playa Larga. Cuando en la madrugada del martes llegaron a la Laguna del Tesoro, ya en el medio de la Ciénaga de Zapata, y acamparon, un campesino que pasaba les contó de tanques y aviones que combatían contra las milicias más al sureste. "¡Tanques y aviones!", dijo uno de los milicianos, "este tipo está loco".

Al día siguiente, cuando la tropa llegó a Soplillar, tuvieron la oportunidad de comprobar que aquel campesino de la Laguna del Tesoro no estaba tan loco como parecía. Como a las dos de la tarde un avión B-26 se apareció de improviso sobre la zona y por primera vez los hombres del Batallón 144 tuvieron la oportunidad de escuchar las "cuatro bocas", de las ametralladoras múltiples del cuerpo de artillería revolucionario. El B-26, temeroso, se mantuvo a suficiente altura, dio un par de vueltas sobre ellos y siguió de largo. La maniobra no había desembocado en lucha, pero los milicianos pudieron conocer uno de los elementos más importantes del enemigo: la aviación.

Allí mismo en Soplillar, el Batallón 144 recibe instrucciones de avanzar hasta Caletón del Rosario, donde era posible que hicieran contacto con el enemigo. El punto escogido era una zona en la carretera de Playa Larga a Girón, de tal forma que si el Batallón 144 la tomaba, cortaba inmediatamente la comunicación de ambos desembarcos. El teniente Zamora dio la orden de avanzar y desplegó a sus compañías en posición de ataque. La compañía ligera de combate y el pelotón de reconocimiento marcharon delante. El resto del batallón se movilizó detrás, seguido por los camiones que transportaban los pertrechos. En el camino encontraron un miliciano muerto de otro batallón e hicieron un prisionero. El batallón avanzaba por la carretera junto al mar, cuando toparon de pronto con un hombre vestido de civil senta-



El batallón 144 trabaja construyendo sus trincheras mientras espera a los enemigos de la patria.

FOTOS R. SALAS



do junto a unos botes. La reacción inmediata fue de sospecha porque la zona ya había sido evacuada y todo el territorio estaba en estado de guerra. Pero las ropas de civil los confundía un poco. De todas formas le hicieron prisionero aunque el hombre alegaba que se encontraba en el lugar cuidando los botes del INRA para que no los cogieran los mercenarios. Pero poco a poco en su afán de justificarse los milicianos comenzaron a descubrirlo. Por fin, ya completamente histérico, el mercenario confesó todo. Había robado la ropa de una casa campesina y estaba huyendo hacia el noreste, tratando de evitar las tropas de milicias. "Ya la cosa está perdida", decía.

Durante toda la mañana del martes 18, el Batallón 144 continuó avanzando. Como sus camiones eran mucho más rápidos que la columna de tanques que avanzaba primero, los pasaron en el camino y continuaron. A las dos o tres de la tarde ya llevaban una ventaja de cinco kilómetros por delante de los tanques, que era teóricamente el frente de batalla de las tropas revolucionarias. Poco después se aparecieron dos aviones rápidos de caza y comenzaron a bombardear y ametrallar la columna que avanzaba por la carretera. Del primer bombardeo murió el miliciano Sandalio R. Díaz, de la compañía ligera de combate y en los siete pases siguientes que hicieron los aviones, 26 milicianos más resultaron heridos. Era la primera vez que el Batallón 144 participaba de una acción tan violenta como ésta. Definitivamente comprendían que la batalla de la Ciénaga no tenía nada que ver con la limpia del Escambray, ni con las enseñanzas teóricas de la Escuela de Entrenamiento. Definitivamente comprendían que el campesino de la Laguna del Tesoro no estaba ni mínimamente loco cuando les dijo que los mercenarios habían desembarcado "con todo". Inmediatamente después del bombardeo un tira y riposta de cañonazos, seguramente de los tanques revolucionarios que avanzaban detrás de ellos tirándoles a las posiciones mercenarias de Playa Girón, los cruzó de lado a lado. Por arriba silbaban los obuses, los morteros, las bazookas y los cañonazos de los tanques, quedando el Batallón 144 en el medio. Estaban en el mismo centro de ambas líneas de fuego y en realidad se encontraban exactamente a cinco kilómetros por delante de nuestro propio frente.

Durante todo el bombardeo de los aviones y la batalla siguiente, los hombres del Batallón 144 se mostraron como buenos milicianos. El teniente Vila, de la compañía de morteros tomó una ametralladora y comenzó a disparar contra los aviones, frente a frente, aunque en realidad ese no era su puesto de combate. El teniente Márquez también se distinguió disparando con las ametralladoras durante el bombardeo y ametrallamiento de los aviones. Desde los niños de 13 ó 16 años, como Pedro Ortega y Juan Carlos Ravelo, o el propio hermano del teniente Zamora, Raúl, que también es miliciano con sólo 14 años y que sirve de enlace entre las compañías, hasta los hombres de 74 y 81 años con que también cuenta el batallón, resistieron y ripostaron valientemente el ataque enemigo.

Un tiempo más tarde terminó el combate. Cuando el batallón avanzó unos cuantos kilómetros en las horas siguientes, vieron en el asfalto de la carretera las marcas de

los tanques que habían dado vuelta en retirada. "En realidad nosotros debimos avanzar desplegados —dice el teniente Zamora—, pero lo hicimos en los camiones. Quizás la misma polvareda de los camiones les hizo pensar que éramos una fuerza mayor y se asustaron. Uno no sabe nunca cuando un error puede traer buenos resultados". Del combate, los hombres recuerdan cosas curiosas: "Bajo las balas —dice un miliciano de espejuelos anchos oscuros, y barba tupida— pasé por encima de un compañero que estaba tirado en el suelo. Pues bien, le tuve que volver a pasar en dirección contraria, con las balas silbando sobre nosotros, porque decía que aquello traía mala suerte". Otro recuerda: "Estuvimos un grupo metidos en el agua hasta la cintura en una cueva junto al mar durante todo el combate. Era el único refugio antiáereo que encontramos". El teniente Zamora dice: "Cuando cayeron los hombres heridos regresé en busca de vehículos para transportarlos y cuando regresé ya los compañeros de los heridos los habían sacado bajo el fuego enemigo y los comenzaban a transportar a mano. Era verdaderamente emocionante". Luego dice un miliciano: "Es justo destacar que la presencia constante en el frente de batalla de nuestro comandante en jefe dirigiendo las operaciones generales, y de nuestro jefe de batallón combatiendo hombro con hombro con nosotros, nos ayudó mucho a superar la impresión enorme del primer combate. Su presencia nos infundía valor".

Después del combate, al Batallón 144 se le ordenó quedar donde estaba, para imposibilitar precisamente el paso de mercenarios de Playa Larga a Girón. Con la compañía de reconocimiento y la compañía ligera de combate, peinaron una y otra vez la zona, cogiendo prisioneros a Julio Falla Sanguity, el hijo del millonario Falla Gutiérrez, a López Oña, y a tres mercenarios más. Los mercenarios se entregaron sólo con pistolas, pues sus armas largas y pertrechos pesados de guerra los habían lanzado al pantano, seguramente con la idea de que la Revolución no las pudiera utilizar. Junto al pantano, precisamente, un grupo de milicianos de la compañía ligera de combate encontraron muerto a un miliciano del batallón 339, de Cienfuegos. El miliciano había sido apuñalado por la espalda y en la frente tenía un balazo como de gracia. Junto a él encontraron un cuchillo de M-3, una de las armas que traían los mercenarios, y dos pesos cubanos. Más allá se veían marcas de botas norteamericanas, con estrías de goma en la planta. No había duda de la identidad de los asesinos.

En la carretera otro grupo de milicianos encontraron una bomba antitanque que los mercenarios habían colocado después de su huida. En una casa de guano abandonada encontraron también parque y armas en abundancia.

En total, el batallón 144 estuvo ocho días en la Ciénaga de Zapata. Su verdadero bautizo de fuego lo habían tenido contra un enemigo que atacaba en la invulnerabilidad de la sorpresa y con un equipo inicial de combate varias veces mayor. Pero habían resistido. Ahora ocupan su lugar en las trincheras de la Patria esperando una nueva invasión, esta vez más fiera, más decisiva. Y en las trincheras están dispuestos a combatir de nuevo, como lo hicieron antes, por una razón sencilla: es su deber.



144



144

TTE. LEONEL ZAMORA, jefe del Batallón 144.

PEDRO ORTEGA, 13 años, miliciano del Batallón 144.

la palabra de los milicianos

114

POR LUIS AGUERO

A simple vista la misión parecía sencilla. Pero era todo lo contrario: uno siente cierta vergüenza cuando se enfrenta con los héroes.

El Batallón 114 de las Milicias Nacionales Revolucionarias está lleno de héroes. Mi misión era entrevistarlos; sacarlos de su mutismo, de su infinita modestia.

La misión, a simple vista, parece sencilla. Pero no lo es: uno se siente inferiorizado ante los hombres que se han enfrentado a la muerte y la han vencido.

De nada valen los adjetivos, las comas, los puntos. Sólo puede hacerse una cosa.

Esto fue lo que me contaron los héroes:

EL TENIENTE RODRIGUEZ COUSA

Le pregunté si era español. Se lo pregunté porque hablaba como un español y porque, además, parecía español.

Me equivoqué: el teniente Manuel Rodríguez Cousa es cubano.

Es un hombre de mediana estatura, vigoroso, rubio y colorado. Su ceceo obedece, sin duda, a los muchos años que vivió en España. Allí luchó contra Franco y desde entonces sabe lo que es la guerra.

La conversación se inicia con ciertas dificultades. Yo le digo que me diga lo que ellos hicieron, y él me responde que le pregunte más concretamente. A mí no se me ocurre ninguna pregunta.

El teniente Rodríguez Cousa se decide y, mientras se arregla la brújula que lleva en la muñeca derecha, empieza su relato:

—Nosotros llegamos a Yaguaramas el martes en la madrugada...

Se interrumpe y después continúa. (Ahora habla sin descanso, pero sin orden alguno: cuenta primero lo que, lógicamente, sucedió después. O viceversa. Me imagino que puedo ayudarlo. O sea, que puedo darle un orden cronológico a su relato. Pero no quiero. Sería una falta de respeto. Y no solo eso: sería meter las narices y echarlo todo a perder). Cuenta que sobre las diez de la mañana salió la Compañía Ligera de Combate y el Pelotón de Reconocimiento, con el capitán Aragonés, hacia Playa Girón. Cuenta que los invasores se hacen fuertes en San Blas. Cuenta que Fidel se apareció en un tanque a eso de las cinco. Y después no cuenta más: un miliciano lo interrumpe:

—Avanzamos casi veintidós kilómetros.

Otro interrumpe a éste:

—Se peleó hasta casi la noche.

Y otro más:

—Serían como las siete.

Entonces uno de ellos se me acerca. Se llama Eduardo Rodríguez y me pide algo.

UN COMPAÑERO PERDIDO

—Se llama Argenis Burgo Palma— me dice.

El miliciano se inclina hacia adelante, como queriendo que sus palabras sean bien oídas. Tiene una pequeña barba que le cubre el empinado mentón.

Habla de un compañero miliciano que estaba trabajando en Playa Girón cuando llegaron los invasores.

—La última vez lo vieron en el "Covadonga"—dice. Y dice otra vez: —Fue en busca de refuerzo, porque ya no tenía parque para su "Springfield".

Y termina:

—Desde esa vez nadie lo ha visto más.

Miro a los otros y están como él: en ese momento sólo piensan en lo que pudo haberle ocurrido a su compañero.

Todos aseguran que no aparece su nombre entre los muertos ni entre los heridos.

El miliciano primero me hace una última petición:

—Publíquelo, quizás alguien sepa de él.

CINCO HERIDOS Y NINGUN MUERTO

—Este Batallón tuvo suerte—dice uno. No tuvimos ningún muerto, y sólo cinco heridos; que, afortunadamente, están a salvo.

Ha pasado un rato. Hemos tomado café en lata y sabe bien. Ahora todos hablan a un mismo tiempo, interrumpiéndose unos a otros.

Un miliciano rubio cuenta lo que le pasó a uno de los heridos: Ramón Vega: cuando lo hirieron gritaba: "¡Patria o Muerte!, ¡Venceremos!".

El teniente Rodríguez Cousa habla de nuevo:

—A las ocho nos reunimos otra vez en San Blas... y el miércoles establecimos un cerco en el tronco de "La Ceiba".

—¿Dónde está eso? —le pregunto.

—En la carretera de San Blas a Yaguaramas —me responde un miliciano.

El teniente continúa:

—Estuvimos cuatro días en el cerco... Hicimos siete prisioneros.

Los prisioneros, naturalmente, dijeron lo de siempre: "Me han embarcado".

El miliciano rubio dice que le dieron caña y que uno quería comérsela toda y que entonces él se la quitó y le dió a los otros. También dice que en el "Covadonga" entregaron a dos y que el resto lo llevaron hasta Cayo Ramona. Y concluye:

—Cómo tenían "hierros" esa gente: morteros, bazucas, obuses... Bueno, ¡ni se diga!

EL CABO OLAYON O ALAYON

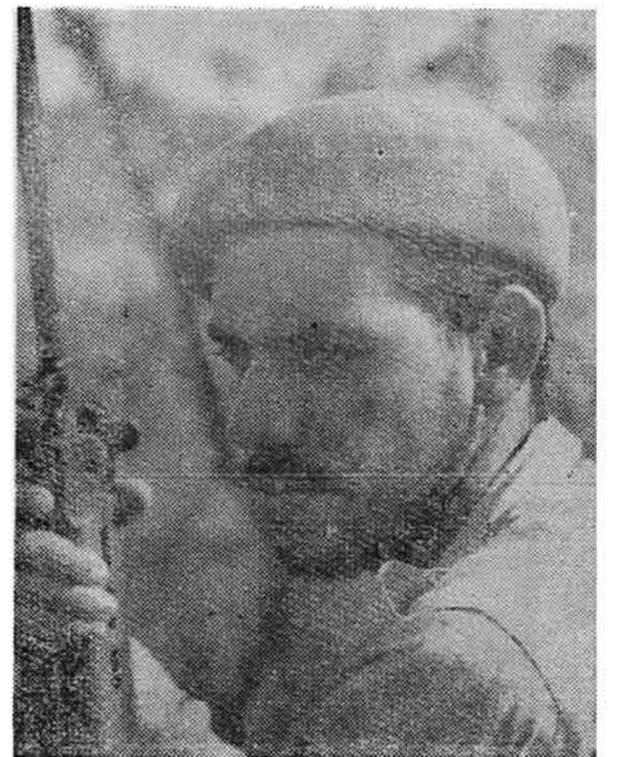
El miliciano rubio está entusiasmado.



Combatientes de la Ligera de Combate del 114

FOTOS R. SALAS

EDUARDO RODRIGUEZ





OLIVERA Y FERREIRO, CONVERSAN

Se llama Jesús Díaz y se ocupa de todos los papeles porque trabaja en un Juzgado. Quiere contarme una cosa que le hizo mucha gracia.

Empieza y termina de contarla. Pero, mientras la contaba, el resto intercala detalles aquí y allá.

El relato es un tanto confuso. Pero una cosa está bien clara: la diferencia que existe entre los invasores mercenarios y los héroes milicianos:

Parece que entre los muchos ex militares batistianos que venían en la expedición, venía uno que se llama Juan Olayón o Alayón, que había sido cabo o sargento durante la dictadura. El mercenario estaba anclado a una orilla de la carretera cuando un miliciano lo diviso. Se produjo un tiroteo entre el miliciano, Mariano Palacios, "Ñañá", y el mercenario. Cuando se sintió herido, aún con su rifle en la mano, el cobarde no dijo más que esto: "No me maten". Después, cuando supo que no lo matarían, volvió a su pose soberbia y le dijo a "Ñañá":

—Ya verán lo que queda de ustedes.

El miliciano tomó un poco de tierra de la cuneta y le dijo:

—Si es necesario, esto —y dejó caer la tierra que tenía en la mano— quedará de nosotros.

UNA MUERTE COMODA

Junto con José Manuel Janero fueron siete más a registrar el monte.

Fue el martes, cuando más duro se peleaba en San Blas, cuando los mercenarios se replegaban hacia Playa Girón.

—No hicimos más que entrar en el monte y comenzó el tiroteo.

Janero lo cuenta con una sonrisa jugueteándole en los labios. Y yo no acabo de encontrarle la gracia.

No abandona la sonrisa y sigue diciendo que le estuvieron tirando durante cuarenta y cinco minutos con "todos los hierros".

—Y ustedes qué hicieron —le pregunto.

—Nosotros... tirarnos en el suelo: los obuses casi nos peñaban.

Entonces fue que le encontré la gracia. No porque los obuses "casi los peñaran", que no tiene gracia alguna. Sino porque cuando Janero se tiró al suelo cayó sobre un tronco y estaba en una posición bastante incómoda.

—Pero, imagínate, no podía ni moverme —dice y vuelve a reírse: Entonces llamé a Fidel García, que estaba a mi lado, y le dije: "Oye, Fidel, quítame el palo ése, a ver si por lo menos me muerdo con comodidad".

LO QUE DIJERON GACIO Y SANCHEZ

El teniente Rodríguez Cousa aprovecha la coyuntura: allí mismo fueron heridos Ramón Gacio y Javier Sánchez. A los dos los vi después: Gacio tiene fragmentos de bazu-

cas incrustados en el muslo; Sánchez también tiene fragmentos de bazucas en la cadera izquierda. Los dos, en sus blancas camas, con sus esposas y sus padres y sus amigos, parecen gente como otra cualquiera. Pero no lo son. Son héroes.

El mismo teniente fue el que lo contó, y dice que lo que dijeron no puede repetirse. Ellos estaban heridos, tendidos en el suelo, inmobilizados. Cuando fueron a recogerlos fue cuando dijeron lo que dijeron. Gacio y Sánchez estimaban que no debían hacerlo. Se estaba combatiendo y no había tiempo para heridos.

Allí, en sus blancas camas, con sus nuevas boinas verdes, con sus heridas frescas, reían los dos héroes.

A DE BIEN LO CONOZCO YO

Después que comimos. O sea, que comí yo, porque los milicianos comieron antes o después que yo, fue que escuché el nombre de Pedro de Bien.

—Pedro ¿de qué? —pregunté.

Alguien respondió y entonces escuché bien: Pedro de Bien.

Si no me equivoco es el mismo Pedro de Bien que fue compañero mío en el Instituto. Mío y de Luisito Saiz, que murió asesinado, junto con su hermano, dos años antes de que terminara el año cincuenta y nueve. Y de Hugo Azcuy que también es miliciano y que siempre ha sido revolucionario. Y de otros que, seguramente, no son milicianos y que jamás fueron revolucionarios; como un rubito aristócrata que se sentaba siempre en la primera fila y que no quería juntarse con Luisito, ni con Hugo, ni con Pedro, ni con el otro Luisito, Luisito Vega, porque decía que éramos unos "fascinerosos".

Dijo que si no me equivoco porque no vi a Pedro de Bien. Estuve buscándolo. Pero me dijeron que pertenecía a otro Batallón, 1117 creo.

Pero creo que no me equivoco porque uno me dijo que si era uno medio rubio y delgado. Y yo le dije que sí y entonces él me dijo que ese mismo era Pedro de Bien. No creo que haya cambiado tanto de entonces a acá.

TRES VACAS MUERTAS

El miércoles cerca de las diez de la noche fue cuando se produjo el tremendo tiroteo.

Estaban en el cerco de "La Ceiba" y parece que uno de los invasores que estaban escondidos en el bosque disparó su pistola sobre una de las postas. Inmediatamente se produjo el tremendo tiroteo.

El propio teniente Rodríguez Cousa dice que fue tremendo. El teniente gritaba que cesara, pero, evidentemente, nadie le oía.

Después, mucho después, se acabaron los tiros.

Y a la mañana siguiente lo único que encontraron fueron tres vacas muertas.

El teniente hace una pausa y rectifica:

—Bueno, un rato después, encontramos algo más; encontramos tres "ratones" muertos de miedo.

LO QUE VALE UN "TOYOTA"

El teniente se anima con los demás y sigue contando:

—Esa gente tiraba bastante bien...

Se interrumpe y empieza a contarnos lo bueno que es su "Toyota". Dice que uno de los tanques estaba inutilizado y entonces se montó en su "Toyota" con Matos y otro más y se fue hasta allá. Y dice, además, que no llegó hasta allá porque cuando estaba llegando "le sonaron un mortero ahí mismo".

—Ese "Toyota" es un cuero; dobló en una sola rueda.

De pronto se detiene y se sonríe. Debajo de las rubias cejas se achican los ojos.

—Esa gente tiraba bastante bien... Suerte que no siempre hacían blanco —dice.

COLLAR Y LA LIGERA DE COMBATE

Cuando fui allá, donde me dijeron que estaba, resultó que no estaba.

El teniente Collar, Manuel Collar, era uno de los nombres que repetían todos los milicianos con quienes conversé. Y no solamente porque sonara bien.

El teniente Manuel Collar era el jefe de la Compañía Ligera de Combate. Y la Co-



TENIENTE MANUEL RODRIGUEZ COUSA



SARGENTO FRANCISCO BLES GRAJALES



JESUS DIAZ

pañita Ligera de Combate fue, junto con otras la que luchó a todo lo largo de la carretera de Playa Girón y dió buena prueba de lo que es nuestro pueblo armado.

Cuando fui allá conversé con algunos de los hombres que la integraban. No apunté todos los nombres, pero sí algunos: Alberto Crespo, Ricardo Miranda, Armando González, Jesús Chaviano, Alberto García, Eduardo Gordillo, Emilio Duarte, Reny y Juvenal Amoedo, José Miranda, Marino Pérez y muchos otros. Pero, en definitiva, los nombres poco importan. Todos y cada uno de los cientos de hombres que integraban la Compañía Ligera de Combate del Batallón 114, merecen todos los elogios.

Todavía lamento que el teniente Collar no haya estado allí. Lo lamento por mí, no por él: el teniente Collar tenía cuatro horas de permiso cuando yo fui allá.

EL CURA Y LOS DOLARES

El martes, cuando todavía se peleaba duro de San Blas a Playa Girón, se apareció un guajiro.

El hombre oyó lo que decía el comandante Saborí y entonces se acercó y habló: Había caído prisionero de los invasores. Pero, cuando comenzó la retirada de las tropas mercenarias, logró evadirse.

El comandante Saborí planeaba una avanzada de la infantería y el hombre casi arrodillado le pidió que no lo hiciera: él sabía cuáles eran las posiciones que tenía el enemigo.

Se mandaron primero los tanques y se supo que el hombre tenía razón.

Fue entonces, cuando los mercenarios abandonaron sus posiciones y continuaron la huida, cuando el hombre contó el resto:

Uno de los invasores le había hablado bajito y le había entregado un billete de diez dólares y le había dicho que si todos se unían a ellos tendrían muchos como éstos.

El hombre supo después, un rato después, que el hombre de los diez dólares era un cura.

EL PARIENTE DE MACEO

Se llama Francisco Bles. Francisco Bles y Grajales.

Es un mulato alto y delgado. Tiene siete hijos y vive en una pequeña casa de sólo dos cuartos. Sonríe debajo de su pequeño y negro bigote perfectamente rasurado.

Se llama Francisco Bles y Grajales. Y su madre se llamaba Angela Grajales y era sobrina de Mariana, de Mariana Grajales, la madre de Antonio y José Maceo.

Bles se siente orgulloso de su parentesco. Hasta el extremo de que algunos le dicen sargento Grajales.

Cuando le pregunto si es cierto lo que me cuentan los otros, me hace una larga historia de lo que han hecho todos los anteriores gobernantes con su familia.

Bles dice que antes sólo se ocupaban de ellos un día en todo el año. Después habla con entusiasmo de nuestra Revolución y de una vez que vio a Fidel.

—Mi madre era mulata y mi padre gallego —dice. Y dice otra vez: —Y yo soy cubano.

LAS DOS MITADES DEL "FAL"

No se cómo se llama. O no lo apunté o no me lo dijeron. No sé.

Lo cierto es que cuando revisé mis notas no aparecía el nombre. La historia, sin embargo, estaba bien detallada. Como me lo contaron:

Un miliciano estaba atrincherado a una orilla de la carretera. En sus manos apuntaba un poderoso "Fal". Fue entonces, cuando él miraba hacia donde estaba el enemigo, cuando sintió el ruido y sintió el impacto. Una Calibre 50 había hecho blanco en su "Fal", partiéndolo en dos mitades.

El miliciano no se dió exacta cuenta de lo que sucedía. Sólo había sentido el ruido y el impacto en su rifle. Nada más.

Se miró y se tocó. No estaba herido. La bala sólo había tocado el rifle. Más tarde sintió una ardientia en el rostro: algunas astillas se le habían incrustado en las mejillas.

No sé su nombre. Seguramente no lo apunté. Pero allí estaba el "Fal" dividido en dos trozos. Yo lo vi.

UN PUEBLO EN PIE

Muchas otras cosas se contaron allí. Se contó lo valiente que fueron los choferes de

los camiones que transportaron a las tropas hasta el frente. Y se contó lo que había hecho uno de los choferes que fue soldado rebelde y que iba desarmado y que cuando le preguntaron que adónde iba él sin arma, dijo que él había estado en la Sierra Maestra y que en la Sierra Maestra él mismo había armas y que ellos se la habían conseguido.

Y también se contó de los que habían hecho los médicos y los enfermeros y las mujeres que no descansaron un momento.

Y se contó también de la valentía de todos los jefes. De la valentía de Fidel y de Aragonés y de Saborí y de Miró, y de René de los Santos. Y de los otros, de Celso Oliveira, que fue el que me llevó a mí hasta donde estaban acuartelados los milicianos, y de José Ferreiro, con quien me encasé tres o cuatro veces en el camino. Y de los demás, de todos los milicianos y los soldados rebeldes. O sea, de todo nuestro pueblo.

Y también se contó de los otros que se quedaron en la retaguardia y de los ansiosos que estaban de que los llamaran a combate. Y hasta uno dijo que dos o tres milicianos de la retaguardia se escaparon y se fueron para el frente y que otro quiso hacerlo pero no pudo porque lo vieron antes de que pudiera escaparse. Y se contaron muchas cosas allí.

Y allí, entre aquellos hombres sucios y despeinados y sonrientes, comprendí, definitivamente, que nuestra Revolución es invencible. Y que de poco le servirá a mister Kennedy y a mister Dulles y a todos los misteres sus millones y sus marines y su mala fe.

Esa tarde llovió. Llovió fuerte como más de una hora. Después no llovió más. O sea, siguió lloviendo pero no tan fuerte como antes. El teniente Rodríguez Couso miró el campo lleno de charcos y después me miró. Yo no comprendí bien lo que quería decirme con la mirada.

Después, cuando ya me iba, oí un miliciano que decía:

—Esta noche dormimos mojados.

Después me gritó:

—No se olvide de decir que somos de Santiago de las Vegas.



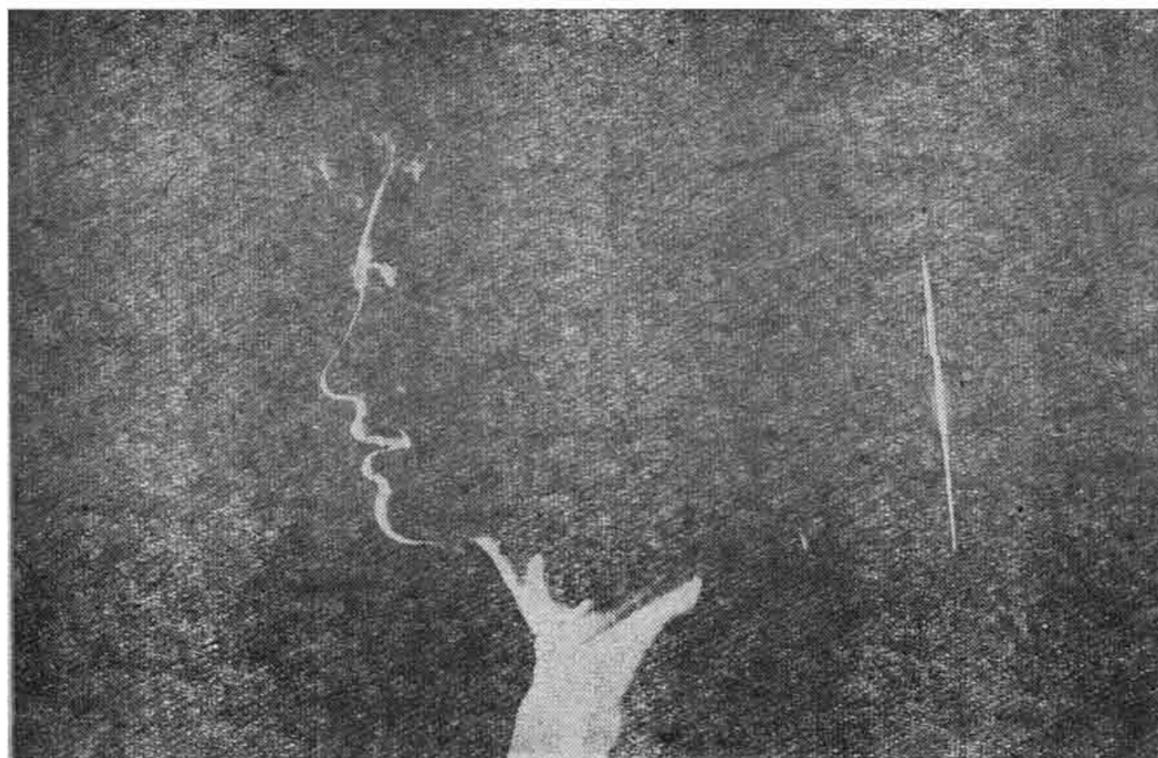
Un grupo de milicianos

FIDEL nos llamó



JOSE LUIS VAZQUEZ ("CHICHO"), sólo tiene 17 años pero estuvo todo el tiempo al frente de una ametralladora calibre 37. Cada vez que llegaban a una curva de la carretera barria con su arma los matorrales para impedir cualquier emboscada.

GUILLELMO DE LA CUESTA es el segundo teniente al frente del batallón 111: "nuestra misión fue la de internarnos en medio del territorio ocupado por el enemigo y cortar su retirada. Entramos por Soplillar..."



Nuestra historia, una historia de heroísmo, de valor y arrojo militar, comienza realmente mucho antes del 17 de abril, el día de la invasión mercenaria. Porque el batallón de Milicias 111 es el primer grupo salido del arduo entrenamiento militar que comenzó en Managua el 31 de octubre pasado, casi seis meses antes del desembarco enemigo. Es lo que en técnica militar se denomina un batallón "piloto" porque es una especie de prueba, de experimentación de donde se extraen enseñanzas que luego se aplican a los otros batallones. Una vez terminado el entrenamiento, aquellos hombres que días antes eran simples obreros, algunos "dealers" de casinos de juego, pasaron a Isla de Pinos; luego estuvieron en pie de armas durante el acuartelamiento de enero, más tarde pasaron al Escambray, a la limpia de gusanos, volvieron nuevamente algunos a sus trabajos y otros en vigilancia y ahora acaban de regresar del infierno de Playa Girón y Playa Larga. Esos seis meses de estar siempre en aviso, sobre las armas, con la vista clavada en la negrura del cielo nocturno en espera de aviones enemigos, ese trascegar continuo con sus metralletas y Fal, ha terminado por convertir al Batallón 111 en una especie de grupo miliciano modelo, donde es posible mostrar como en un corte vertical todo lo que pueden el amor a la Patria y la Revolución y la defensa de nuestra soberanía.

Ahora nuestra historia puede comenzar desde las primeras horas de la madrugada histórica del 17 de abril. En poco menos de cuatro horas todos los hombres de este batallón habían reportado ante el anuncio de una invasión mercenaria, y en otras pocas horas ya estaba en camino de la zona donde los primeros combates habían tenido lugar. A la una de la madrugada del día siguiente ya el 111 estaba en el central Australia en contacto directo con el Comandante en Jefe Fidel Castro. Las primeras instrucciones fueron bien precisas: trabajarían en conjunto con el comandante Borges del Ejército Rebelde, Maciques, responsable de obras de la Ciénaga, y bajo el mando del segundo teniente de la Milicia Guillermo de la Cuesta. Pero el resto de las instrucciones eran ya algo mucho más complicado: penetrar en medio del territorio ocupado por el enemigo en su primera y traidora embestida y cortar la retirada de los mercenarios, cuya suerte final estaba ya echada desde esos primeros instantes. Pero avanzar a todo lo largo de una carretera, en medio de terrenos inhóspitos donde podía organizarse fácilmente una emboscada, luchar de frente contra tanques, ametralladoras 50 y abundante parque y hacer que el enemigo atrincherado cediera el terreno ocupado en los primeros momentos de sorpresa, era una tarea que el propio Fidel resumió en sinceras palabras:

—En pocas horas van a tener que pelear duro. Pero ustedes van a ser el batallón "perdido"; deben penetrar en esa zona y ocupar

el

"BATALLON PERDIDO"

POR RINE B. LEAL

el territorio, dejar hombres en todos los sitios poblados, tender un cordón para evitar que los mercenarios escapen, y cortar la retirada del enemigo. Pero todo ello prácticamente sin establecer contacto con las unidades centrales, van a pasar trabajos, tendrán que aprender a autoabastecerse, a comer lo que tengan en mano, tomar la poca agua que encuentren y valerse por sus propios medios. Ustedes serán repito el batallón "perdido", pero su labor va a ser decisiva.

Ni uno solo de los 995 milicianos dio un paso atrás, ni siquiera para tomar impulso. Entraron por Pálpite, Soplillar, Jiquí, San Blas, Cayo Ramona, por el mismo medio del territorio ocupado horas antes por los invasores, que fueron retirándose casi sin hacer resistencia hasta concentrarse en el Helechal, a unos 4 kilómetros de las primeras avanzadas de los milicianos del 111. Fue allí que comenzó el infierno de fuego y metralla que no terminaría hasta dos días después cuando los últimos mercenarios se internaron en los montes o metieron sus rápidos pies en las aguas por donde habían llegado. Pero dejemos que sea el teniente de la Cuesta quien cuente esta historia, él que la vivió en primera persona como responsable de la Milicia.

—Fue a la altura del Helechal que trabamos contacto directo con las fuerzas enemigas. Fue esencialmente una batalla a morteros por ambas partes, aunque ellos en ocasiones nos tiraron con ametralladora 50 y hasta con un tanque Sherman. Pero a pesar de todo conseguimos ir avanzando a través de la carretera. Mientras nosotros hacíamos ese movimiento para romperles su retirada, tropas del Ejército Rebelde y más milicianos llegaron desde el central Covadonga y San Blas hasta completar exitosamente un movimiento de pinzas que los tomó por sorpresa. Entonces comenzaron a martillarnos con aviones B-26 y Sabre a chorro pero tan pronto llegaban nuestros aviones el enemigo huía, casi sin presentar combate. Ya Sergio del Valle había recibido la orden de bombardear toda la zona por la cual nosotros debíamos avanzar. Comenzamos a ver los frutos terribles de aquel ataque traidor: nos topamos con un niño de unos cinco años que había perdido una pierna por las ametralladoras de los aviones mercenarios y se había desangrado lentamente, no sin antes repetir una y otra vez a su padre: "No te preocupes papá, no es nada". Le hicimos un ataúd rústico en medio del combate y lo enterramos frente al silencio de los campesinos que habían salido del monte a aclamarnos, alimentarnos, servirnos de sostén a nuestra lucha. Los prácticos de la zona nos ayudaron totalmente, entre ellos uno gordito, cuyo nombre no recuerdo ahora, de la zona de Jiquí, que casi nos llevaba hasta las propias narices del enemigo. Todo eso facilitó en mucho nuestra labor militar al localizar a las tropas contrarias.

Del Helechal, el batallón 111 avanzó



FOTOS ORLANDO

Los 995 hombres del batallón 111 fueron de los primeros en entrar en combate. Para encontrar un agua achocolatada tenían que abrir agujeros en el suelo y esperar que fluyera un agua sucia. Pero nadie dio un paso atrás y tendieron un cerco en la costanera de la Ciénaga para capturar prisioneros.

MIGUEL BISBE es el médico del batallón. "Fue un milagro que los muchachos no enfermaran, la mayoría estuvo más de 48 horas sin probar una gota de agua. Su resistencia es increíble. En cambio, los mercenarios llegaban más muertos que vivos".



ante el repliegue del enemigo hasta llegar casi a Playa Girón y no continuaron su avance porque el propio Fidel Castro ordenó que el ataque final lo dieran los tanques, montando en una tanqueta con sólo 5 cápsulas que iba al frente mismo de las fuerzas y contra el consejo de su propia escolta y los jefes militares que le acompañaban.

—¡Aquí el que da las órdenes soy yo y digo que vamos a avanzar hasta la misma playa. Vamos a ganar la guerra en tres horas y no en tres días.

No hay que añadir que fue el factor decisivo en esa guerra relámpago que nuestras fuerzas hicieron contra el invasor mercenario. Mientras tanto y para no alejarnos demasiado de nuestra historia, Guillermo de la Cuesta volvió a Cayo Ramona donde recibió una nueva orden: tender un cerco por la costanera de la Ciénaga de Zapata desde el sitio donde se hallaba hasta San Blas. Comenzó entonces para el batallón "perdido" su otra tarea: recoger prisioneros. Pero ahora dejemos que nos hable el segundo al mando del batallón, teniente Raúl Vázquez.

—En pocas horas habíamos recogido más de 178 gusanos prisioneros. Se entregaban o los sacábamos del medio del monte por medio de una limpieza efectiva, en el más deplorable estado, no sólo militar sino también moral. Habían pasado días sin comer, sin tomar agua, y robado las ropas a los campesinos a los que dejaban desnudos, para tratar de escapar. Habían perdido sus avituallamientos que consistían en pastillas como de una pulgada de diámetro, de trigo, de azúcares, salami, etcétera. Eran unas pastillas que se mascaban lentamente y según se mascaban crecían en la boca. Pero la mayor parte de estos alimentos cayeron en nuestras manos. Lo interesante es que ellos se presentaban como gente inocente diciendo que no habían combatido a nuestras tropas, pero tan pronto entrábamos en el monte comenzábamos a recoger una cantidad inmensa de armas, fusiles Browning, M-3, Garand, parque abundante, granadas por montones, radioemisores, camiones blindados con ametralladoras 50 montadas, en fin todo un verdadero arsenal.

Al mismo tiempo, la moral del batallón 111 se mantenía en su punto más alto. Hubo hombres que soportaron 48 horas sin probar alimento alguno y al mismo tiempo sin proferir ninguna queja, hombres que se sabían lejos de sus compañeros, "perdidos", aislados en medio del campo ocupado por el enemigo, ametrallados en ocasiones, pero siempre allí, en sus puestos, sin dar un paso atrás. En esa parte de la Ciénaga, en época

de la seca, no hay agua, la tierra es un enorme espacio estéril, batido duramente por los rayos del sol en las horas del día y por viento frío en la noche, rodeado de mosquitos, en las peores condiciones materiales en que un ser humano puede ser precipitado por una guerra a muerte frente a un invasor mercenario. Pero allí donde hay una gran necesidad, la perentoria necesidad de subsistir, es que surge la habilidad frente a la muerte. Fue una puerca echada sobre un terreno húmedo el que les dio la clave del agua en la Ciénaga. Abriendo agujeros en la tierra calcinada por el sol, a poca profundidad comenzaba a aflorar un agua oscura, sucia, "achocolatada" como la llamaban los milicianos, que filtrada por un pañuelo o un pedazo de tela fina podía ser bebida, sólo que los hombres del 111 prefirieron beberla así como surgía, porque el sistema de filtrar el agua no producía más que repugnancia ante la cantidad inmensa de porquería que se encontraba en el pañuelo. Tal era la sed que los consumía. ¿Enfermaron? Dejemos ahora la narración apresurada al médico del batallón Miguel Bisbé.

—No tuvimos que lamentar enfermos, estos hombres parecen hechos de un material especial, a prueba de todo. Poseíamos una unidad móvil en Playa Girón y en el central Covadonga una unidad ortopédica, aunque el principal núcleo de nuestra enfermería se encontraba en Jagüey Grande, situada ya fuera del perímetro de los combates directos. Algunos heridos (tuvimos cinco en nuestro batallón) se trataban en Cayo Ramona y luego se llevaban a Covadonga, a Aguada de Pasajeros y a Cienfuegos, cuando era necesario. Entre nuestros prisioneros tenemos al exgobernador de Santa Clara, al organizador de juegos y jai alai Pertierra, a Santamarina, segundo al mando de los invasores, al jefe del batallón blindado, al hijo de Lomberto Díaz, al hijo de Blanca del Valle, al hijo del doctor Sollozo, en fin a una cantidad grande de señoritos que pronto abandonaron las armas y vinieron hacia nosotros con la consabida cantinela de "nos embarcaron, nada tenemos que ver con esto". Otros, como uno de los instructores de paracaidistas, llegaban muy altaneros, insultando a los milicianos, pero a las pocas horas se les pasaba toda la bravura que no habían sabido mantener en el combate de frente. Cuando les robaban a punta de pistola la ropa a los campesinos, nos era muy fácil descubrirlos. En la zona todos los campesinos se conocen los unos a los otros y bastaba con pedirle a un campesino que lo identi-

cara para que al momento se supiera si era un mercenario disfrazado o un morador de la comarca. Es así por ejemplo que sólo 4 de nuestros muchachos hicieron 40 prisioneros en pocas horas. Estaban desesperados, algunos habían tomado el agua de los radiadores, otros su propio orine y a muchos tuvimos que administrarles sueros. En una ocasión descubrimos, en compañía del comandante Fidel Castro, un mercenario escondido, extenuado, en una casa. Nos gritó:

—Mátenme, por favor. Estoy diabético, tengo una úlcera perforada, no puedo más, sufro mucho. Por favor, acaben de una vez, mátenme.

Pero Fidel lo miró lastimosamente y sólo dijo: "¿Para qué te vamos a matar? Lo que vamos a hacer es curarte para que puedas vivir".

Esta es en pocas palabras la historia del batallón 111 de Milicias, el primero de los batallones que terminó el curso de entrenamiento en Managua, casi cinco meses antes de la invasión y que desde el primer momento se ha mantenido sobre las armas dispuesto a acudir a donde sea necesario. Es una historia que puede contarse fácilmente, poniendo palabras, adjetivos, algunos verbos, tratando de llevar a las cuartillas todo el infierno que ellos vivieron durante tres días en medio de la peor zona de batalla, a veces cogido entre el fuego del enemigo y los obuses de las tropas revolucionarias, que cruzaban sobre sus cabezas como un pájaro lleno de muerte y destrucción al invasor. Es una historia a veces amarga, donde los hombres tienen que tomar el ejemplo de una puerca echada para poder subsistir y continuar el combate, donde apenas se habla del cansancio, de la sed, del hambre, del temor a la emboscada enemiga, a la sangre amiga que se ve derramar por primera vez, donde se comenta de tácticas militares, pinzas, repliegues, avances a través de una carretera, tanques disparando, aviones mercenarios matando niños campesinos que nada tenían que ver con la guerra, casas destruidas, familias viviendo en medio del monte y otras muchas cosas duras y desagradables, siempre con el signo de la muerte clavado en sus frentes. Es una historia de guerra a muerte, que puede leerse en quince minutos, pero que ellos, los 995 hombres del batallón 111 de la Milicia Nacional Revolucionaria, el batallón "perdido", la escribieron mucho mejor que yo, porque la firmaron con su sangre, con sus voluntades, con su valor, con su coraje, con un balance de muertos y heridos.

Por eso yo me limito a contarles lo que ellos me dijeron...



TENIENTE RAUL VAZQUEZ, segundo al mando, en compañía de De la Cuesta: "recogimos más de 178 prisioneros después que los tanques dieron el empujón final hacia Playa Girón. Estaban en un estado lamentable".

BATALLON 111

Movimiento que se ordena al amanecer del día 18. Al Batallón 111 que está en Australia se le manda dar el avance hasta Cayo Ramona. Esto era territorio enemigo hasta ese momento.

Al amanecer del día 18 se manda un batallón que penetre por todo este territorio, por medio del monte y se apoderen aquí del baluarte de ellos.

FIDEL.

Al ocurrir el desembarco me encontraba acuartelado en la comandancia del Cuarto Distrito Militar en Jovellanos donde recibí la orden de asumir el mando del batallón 227 de las MNR de Unión de Reyes para que me dirigiera al Central Australia, donde el Capitán Fernández Jefe de operaciones me ordenó avanzar y tomar la Cooperativa Soplillar la cual se estimaba en poder de los invasores. En el camino capturamos dos paracaidistas y al llegar a Soplillar observamos que no había sido tomada por el enemigo, por lo cual envié al teniente Dorticós a la Jefatura de Operaciones donde el Comandante en Jefe Fidel Castro ordenó que avanzáramos por el Terraplén de Soplillar hasta situarnos lo más cerca posible de Playa Girón, cosa que hicimos situándonos a tres o cuatro kilómetros de allí. Recibimos el ataque despiadado de la aviación y el martillar incesante de los morteros, pero nos mantuvimos firme en la posición por espacio de varias horas viendo pasar a los mercenarios que se retiraron de Playa Larga sin abrir fuego sobre ellos por tener nuestro batallón mas ligeras de infantería y ellos se retiraban en tanques y cañones artillados. Poco rato después llegó un batallón de la Policía al mando de los comandantes Ameijeiras y Rodiles situándose de vanguardia nuestra parte del batallón al mando del comandante Rodiles, e instantes después al ordenarse el avance logramos avanzar cerca de un kilómetro entablándose entonces un encarnizado combate sufriendo la policía varias bajas, motivo por el cual lo reforcé por una compañía de mi batallón, quedándose al mando del resto del Batallón 227 el bravo capitán José Milián. Entonces logramos que el enemigo se fuera retirando y nuevamente comenzamos a avanzar y en esas circunstancias íbamos apoyados por tanques nuestros que acababan de llegar, pero su avance se paralizó poco rato después por haber sufrido algún daño el primer tanque, pero nos apoyaban con sus cañones; y la artillería y los morteros al desalojar al enemigo de Playa Larga avanzaron y también apoyaban nuestro avance, al igual que las antiaéreas que ya habían derribado dos aviones enemigos y nuestros aviones que en combates aéreos derribaron también muchos aviones y hundieron varios de los barcos mercenarios y martillaban sin cesar las posiciones, enemigas con arrojó y valentía sin igual.

Y fue entonces cuando hablando con el comandante Rodiles noté que el combate arreciaba y al parecer trataban de contraatacar comprobando poco después que un tanque enemigo se situó frente a nosotros, siendo rechazado por las granadas de los fusiles Fal; pero poco rato después regresó nuevamente siendo también en esta ocasión rechazado y entonces el comandante Rodiles me ordenó ir en busca de bazucas para destruir el tanque enemigo que tantas bajas nos había causado, entre ellos al valiente capitán de la policía Carbó que murió como un héroe combatiendo de frente. En el camino hacia la retaguardia me encontré al Capitán Fernández con el Comandante Ameijeiras avanzando hacia el frente, los cuales me facilitaron cuatro bazucas con su personal, las cuales llevé al Comandante Rodiles y entonces al notar que nuestra artillería no estaba realizando fuego efectivo Rodiles me dijo: Mira chico, ve y busca al Jefe de la Policía y trata de llegar con él lo más cerca posible para que gradúen el fuego. Localicé al teniente Milián Jefe de las piezas de artillería, el cual en un arrojó de valentía guió su jeep hasta pocos metros de la línea de combate, siendo alcanzado el vehículo por numerosas balas y saliendo ileso nosotros milagrosamente ya que el enemigo al ver el vehículo trataba de inutilizarlo, y al apartarlo a un costado de la carretera envió un pelotón para destruirlo, siendo necesario combatir en unión de los compa-

LA TOMA DE PLAYA GIRÓN

FOR EL CAPITAN ORLANDO PEREZ DIAZ

ñeros de la policía y del Batallón 227 para desalojarlo de allí, para que el Teniente Milián pudiera transmitir por el radio del jeep los informes a la artillería que a partir de aquel momento realizó un fuego ciento por ciento efectivo.

Nuevamente al lado de Samuel Rodiles combatí hasta que el enemigo acosado por el fuego efectivo de la artillería y por el ataque certero de la aviación y el avance incontenible de la infantería, comenzó a retirarse precipitadamente al comprender que era atacado por las dos carreteras que tienen acceso a la Playa Girón, ya que el Comandante en Jefe Fidel Castro avanzaba desde San Blas después de haberlo desalojado de toda las posiciones que ocupaban encontrándose muy cerca de Playa Girón. Fue entonces cuando el Comandante Rodiles ordenó el asalto final sobre la playa. Avanzamos ya sin resistencia, y al entrar a la playa, varios campesinos nos salieron al paso con banderas blancas informándonos que entre ellos venían varios mercenarios disfrazados de campesinos los cuales hicimos prisioneros. También nos informaron que los invasores habían huido despavoridos internándose en la Ciénaga. Ya en posesión de la playa comprobamos que era cierto que había huido dejando abandonado su flamante armamento norteamericano, entregado tan generosamente por el Imperialismo Yanqui.

Y cuando nos encontrábamos recogiendo a los heridos que habían abandonado a sus suerte en la huida, sentimos los potentes motores de una columna de tanques que se acercaba, y nuestra alegría no tuvo límites al ver al Comandante en Jefe Fidel Castro que se tiraba de un tanque y a los Comandantes De los Santos, Olivera, Duque, Miret, Saborí y Faustino Pérez, siendo acompañada dicha columna de tanques por numerosos batallones de infantería, los cuales en columna gigantesca y colosal habían barrido al enemigo arrollándolos hacia Playa Girón.

En torno del Comandante en Jefe nos agrupamos todos y guiados por un valiente miliciano gritamos con todas nuestras almas: "Ya Girón es territorio libre de América, ¡Viva Fidel Castro! Viva Cuba Libre!"

BATALLON DE MILICIAS 120

Escogimos un Batallón cualquiera de Milicianos —el número 120— de los que estuvieron en el escenario de la guerra reciente en la Ciénaga de Zapata y rechazaron la invasión mercenaria dispuesta por el imperialismo norteamericano, junto al Ejército Rebelde, la Fuerza Aérea Revolucionaria y la Policía Nacional Revolucionaria. En dicho Batallón hicimos algunas entrevistas sencillas, pero las respuestas de los entrevistados, como las que pudieran dar los demás actores de nuestras fuerzas revolucionarias en esa lucha, son ejemplos elocuentes del coraje, la decisión y la dignidad que adornaron a nuestros combatientes, que hicieron buena la consigna de nuestro pueblo: Patria o Muerte: Venceremos.

BENIGNO MIRANDA: OBRERO

—Yo estaba de centinela, por la zona sur del Central Australia, y alrededor de las seis de la mañana del martes 18, haciendo contraste con el débil azul plateado de los primeros claros del día, vi un puntico prieto que se agrandaba. No hacía ruido. ¡Avión a la vista!, grité, y mis compañeros del Batallón 120 se lanzaron al suelo, dentro de un cañaveral. El avión, un B-26, según vimos después, nos echaba con las ametralladoras 50. Al pasar por encima del ingenio parece



BENIGNO MIRANDA

que lo tocaron nuestros artilleros, porque se ladeó, empezó a echar un humito, viró, tirándonos bombas, seguía echando humo y perdiendo altura, largó un pedazo de aia, chocó con un árbol, sonó como una explosión, haciéndonos pensar que era una gran bomba, y se regó en pedazos. Uno de esos pedazos mató una vaca y su ternerito.

HERMES GUTIERREZ, 16 AÑOS. ESTUDIANTE

—Bueno, primera vez que me encuentro en una cosa caliente. Antes de empezar la acción, las acciones, mejor dicho, porque fueron varias, desde que rompió el martes 18 hasta cerrar la tarde del día 19, me sentía con la preocupación natural del que va a una guerra por primera vez, del que va a recibir su bautismo de fuego, pero cuando entramos en la lucha, sólo pensábamos en una cosa, por encima de familia y hogar: acabar con los mercenarios que osaron hollar nuestra patria. Ahora estoy acampado en un lugar de nuestro territorio, pero si vuelven los invasores, repetiremos nuestro triunfo, y esta vez con más experiencia.

FRANCISCO LLANOS VERA, EX CIGARRERO, 70 AÑOS.

—Yo era el decano del grapo en el Batallón 120. Mis años no me impidieron contagiarme con los arrestos y la agilidad de los muchachos, y es que cuando hay un ideal dentro de un hombre, no importa la edad. En esta nueva Cuba todos somos uno. Sobre la primera acción diré que sí me emocionó mucho ver caer el primer avión a mi vista; el del Central Australia, me impresionó también, pero en sentido de tristeza, ver las barbaridades cometidas por los mercenarios en un caserío de vecinos, elementos pacíficos, que arrasaron. Sólo una niña superviviente hallamos allí, y fuimos testigos de que esos bárbaros que se decían miembros de un Ejército de Liberación, le tiraron hasta a las ambulancias.

WILLIAM G. PIKE, OBRERO Y ESTUDIANTE.

—Soy telefonista del Batallón. En las acciones de la Ciénaga nos contagiábamos de entusiasmo y ardor patriótico por exterminar a los mercenarios. Cuando los vi cómo se rendían, como miserables ratas, llorando, temblando, desmadrados, comparé sus insolencias por Radio Swan, sus alardes desde lejos, y su atuendo y equipo, con la falta de lo que hay que tener como hombre. Además de temblores, son unos descarados. Ahora estamos movilizados y atrincherados en otro lugar, preparados con una invitación: Si vienen, quedan.



HERMES GUTIERREZ



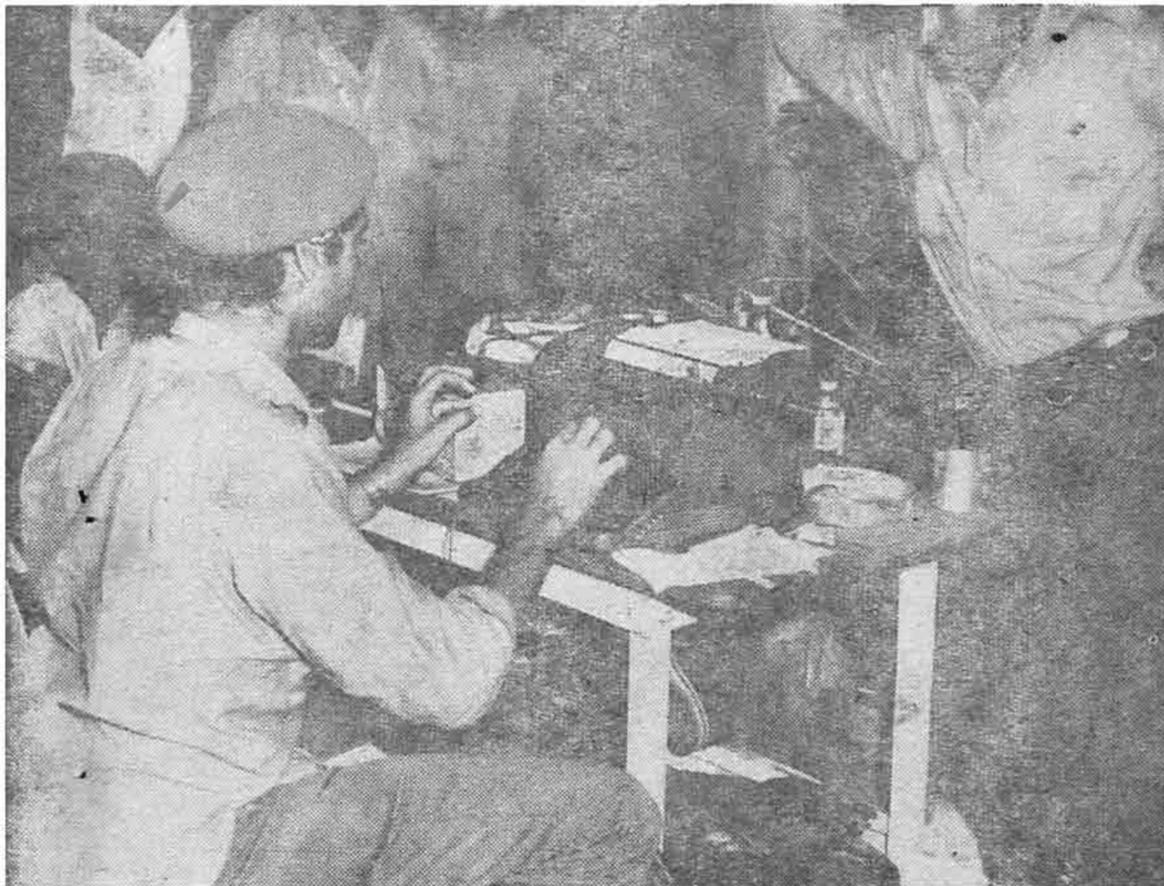
FRANCISCO LLANOS VERA



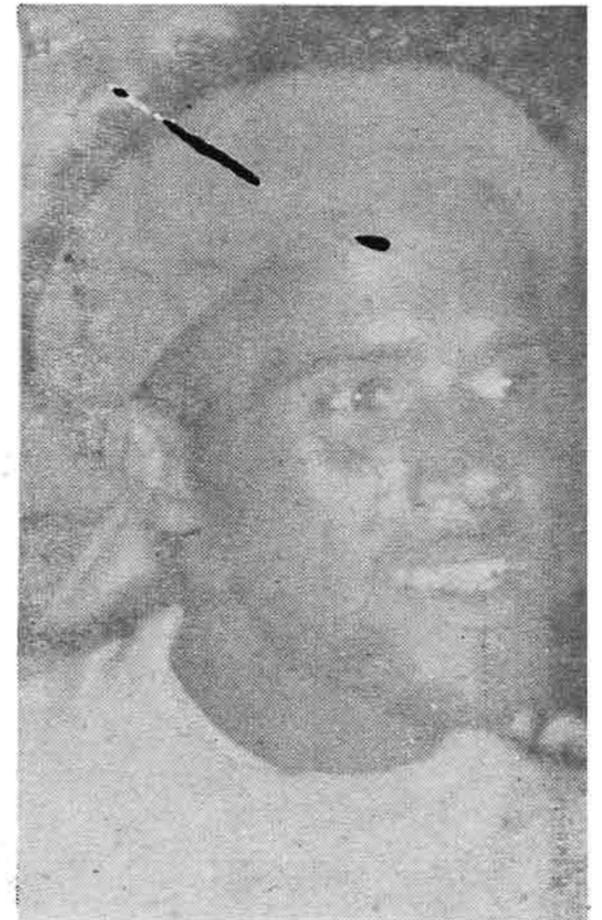
WILLIAM G. PIKE



ROBERTO MORALES



El batallón 120 de Milicias sigue movilizado.



RENE MARTINEZ

**ROBERTO MORALES, OBRERO,
20 AÑOS.**

—Soy Capacitador Revolucionario del batallón, pero en Playa Larga y en Girón fui un combatiente más, al igual que los demás compañeros. Del mismo modo que hay que elogiar la perfección y sincronización con que nos llegaban los abastecimientos, en plena lucha, nos llegaba también REVOLUCION y la restante prensa revolucionaria. Allí no había mucho tiempo para leer, sólo nos orientábamos con los titulares, pero los mismos eran suficientes para contribuir a lo que nunca decayó, nuestra moral. En las trincheras, mientras esperábamos cualquier otro invasor, sea quien sea, lo que traiga, seguimos con esa moral en alto.

**RENE MARTINEZ, TECNICO DE
TELEVISORES, 23 AÑOS**

—El teniente Ramón Bru dirige el Batallón 120. Yo actué como segundo. Sobre mi experiencia en las acciones de la Ciénaga recalco la disposición de pelea, sin miedo a la muerte, de todos. ¡No parecía que era la primera vez que nos veíamos en combate y atacados por morteros, bazookas y fusilería, por tierra, y por rockets, incendiarias y ametralladoras 50, por aire! Hubo un compañero que en el colchón donde estaba, en un cañaveral, le hicieron más de diez perforaciones de ametralladora 50, pero siguió entero, como el resto del Batallón. Merece una felicitación especial la Compañía Ligera de Combate, por su arrojo. De verdad que la CIA, el Pentágono y todos los secudos del impe-

rialismo se equivocaron con nosotros los cubanos. Y ¡si vuelven a atacarnos, se equivocarán de nuevo!

**CARLOS RISECH, OFICINISTA
19 AÑOS.**

—Llegamos de noche a la zona de combate, entre el lunes y el martes. Al romper este segundo día se volvieron locos los mercenarios tirando y tirando desde las playas y creyendo que sus aviones asesinos iban a atemorizarnos, pero cuando vinieron los nuestros, y se formalizó el cerco nuestro por tierra, se desalmidonaron estos "conquistadores" envalentonados con el oro del imperialista yanqui. A la hora de rendirse hubo muchos de estos enemigos de la patria que estaban locos por soltar el uniforme camu-

flagelado que traían, y que les daba un perfecto aspecto de lo que son: gusanos. Había niños bitonges de esos que hasta habían traído camaritas de fotografiar y uniformes de gaita, pero la dignidad y valentía de nuestro pueblo los sacó de sus sueños. Ya saben los "marines" lo que les espera también, si crecen que pueden invadirnos.

MANUEL BALBOA, OBRERO, SANITARIO DEL BATALLÓN 120

—Aquí, atrincherado en un lugar del país, como estamos ahora, serenos, estábamos serenos también bajo el fuego enemigo en la Ciénega, no obstante los horrores que vimos, los quemados por la gelatina (napalm) que lanzaban los aviones mercenarios, los destrozos de las ametralladoras 50 y otras barbaridades de esos mercenarios que se dicen "patriotas" y "cristianos". Y toda la guapería de los invasores se perdió cuando vieron cómo atacábamos los revolucionarios. Muchos de ellos por largo tiempo tendrán que tomar filo y calmantes. Esos mercenarios, cuando creían que iban a ganar, no respetaban ni las ambulancias ni los puestos de la Cruz Roja.

PA F E T - BATALLÓN 120 DE MILICIAS NACIONALES

Carlos de Cárdenas (obrero):—Los mercenarios que nos querían invadir dicen que los embarcaron, engañándolos. Vamos a creerlo. Los que insisten en invadirnos que no digan también que los embarcaron cuando sufran otra nueva y aplastante derrota.

Antonio Milá (campesino):—A esos mercenarios les sobraba armamento, pero se les olvidó que ellos tenían que poner el coraje. Gupearon con el coraje que le da la fortaleza al imperialismo, pero vieron en Playa Larga y Girón que ni ellos ni el imperialismo que les pagó y mandó tienen lo que tienen los cubanos que estamos con Fidel y la Revolución.



El sanitario Manuel Balboa practica una cura a Roberto Torres.

Luis Corvea (estudiante):—Como el Batallón 120 de Milicias, actuaron todos los Batallones y nuestro glorioso Ejército Rebelde, con la Fuerza Aérea Revolucionaria y la Policía Revolucionaria en la Ciénega. El techo aéreo de los mercenarios y la sorpresa

del ataque les permitió al principio afianzarse, pero nuestra gente, aún sin grandes efectivos el primer día, demostró de verdad que no le teme a nada y que esta Revolución es invencible.

FOTOS LIBORIO



Para el Batallón 120, desde los oficiales Bru y Martínez, hasta el último miliciano sigue siendo una consigna: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

este es un PUEBLO

POR PEDRO LUIS PADRON

¡Patria o Muerte! ¡Viva la Revolución! fue el grito de combate de las fuerzas armadas populares que arrasaron a fuego y sangre las bandas mercenarias armadas y pagadas por el imperialismo yanqui. Ni el factor sorpresa inicial, ni la ventaja de la posición ocupada por los invasores, ni el enorme volumen de fuego de que disponían al contar con las más modernas armas pesadas, ni la superioridad en el aire, detuvieron en su avance aplastante a los Batallones de la Milicia Nacional Revolucionaria, del Ejército Rebelde y de la Policía Nacional Revolucionaria.

En la Jefatura del Batallón 113, cuyos integrantes combatieron desde Yaguaramas hasta Playa Girón, conocimos episódicas y anecdóticamente sus operaciones. En torno al buró del teniente Alfonso, nos sentamos con varios oficiales y milicianos. El teniente Alfonso inició el relato cuando en varios camiones los milicianos del Batallón 113 arribaron a Yaguaramas.

"Nuestra primera impresión, dijo, de que se estaba combatiendo la recibimos cuando una "guaguüita" VW avanzaba hacia nosotros a toda velocidad con las luces encendidas. Aquella novedad nos hizo adoptar las primeras precauciones. Ya cerca de nosotros el vehículo vimos que en el techo tenía varios impactos de balas de ametralladora 50. A lo lejos sobre el cielo observamos un B-26 que planeaba. Rápidamente todos los compañeros bajaron de los camiones y se replegaron hacia lugares donde se pusieron a resguardo del ataque aéreo. Los camiones que integraban la caravana fueron urgentemente dispersados para no ser blanco del avión pirata.

¿Cuántas bajas sufrió el 113?

"Bueno, en combate tuvimos 16 compañeros heridos y otro muerto. Este último fue víctima de una mina conocida por engaña bobo...

¿Cómo ocurrió el hecho?

"En una ocasión avanzábamos y pese a que trasmitimos a toda la tropa una instrucción del capitán Aragonés, de que no se recogiera nada del suelo, este compañero vio una pistola sobre la hierba. Pese a la advertencia de otro compañero de que no tomara el arma lo hizo con el resultado de que era el sebo de una mina y la imprudencia le costó la vida.

Sobre el buró el teniente Alfonso despliega el mapa de los cuatro días de operaciones bélicas publicado por REVOLUCION y prosigue su relato:

"Después de aquel incidente del avión en Yaguaramas recibimos órdenes de continuar avanzando en dirección a San Blas, donde los mercenarios se habían atrincherados. En el kilómetro 15 de la carretera por donde avanzábamos se hizo contacto con los mercenarios. En una curva de la carretera emplazamos los morteros e inmediatamente comenzó el ataque contra la posición enemiga. En aquella circunstancia combatía contra aquella posición una Compañía del Batallón



El Tte. ALFONSO, relata las operaciones del Batallón 113, desde Yaguaramas a Girón.



JULIAN CRUZ PIMENTA y FERMIN VICENTE FERNANDEZ, bajo el intenso fuego enemigo rescataron a dos compañeros heridos.

113

117 en inferioridad de fuego. Los mercenarios disponían además de armas pesadas, un camión artillado con una ametralladora calibre 50.

"Allí los compañeros avanzaban contra el fuego constante de las ametralladoras 30 y 50. Dos de ellos, Mario Arturo Gavilán y Orlando Rubio fueron heridos. Pero sería mejor que lo contaran tres compañeros que valientemente los rescataron bajo el fuego".

La charla gira hacia otros tópicos de las operaciones mientras llegan los tres milicianos. Minutos después están frente a nosotros Julián Cruz Pimienta y Matías Peñalver, zapadores y Fermín Vicente Fernández, del pelotón de reconocimiento.

Cuando los interrogamos comprendimos que los tres se manifestaban con sencillez, restándole importancia a su acción.

Cruz Pimienta apunta:

"Gavilán fue alcanzado por dos balas de una ametralladora calibre 30 en la espalda. En su auxilio corrió el compañero Rubio, pero también fue herido. Inmediatamente comprendimos que bajo cualquier circunstancia era menester rescatar a los dos compañeros heridos.

"Arrastrándonos, —añade Fernández—, avanzamos hacia donde estaban nuestros compañeros. Ese era nuestro deber y no vacilamos en cumplirlo con toda la serenidad necesaria".

"Cuando llegamos junto a ellos, agrega Pimienta, quisimos tomar a Rubio, pero nos dijo:

"¡No, a mí no... lleven primero a Gavilán, él está más herido que yo!".

"Aquello nos emocionó, explica Peñalver. Sólo de un patriota se puede esperar esa generosidad".

"Intentamos arrastrar, dijo Pimienta, al compañero Gavilán, pero nos suplicó:

"No me arrastren... tengo dos balazos en la espalda".

"Entonces ensayamos tomarlo por los brazos, pero nos pidió que no lo hiciéramos".

"No quedaba otra alternativa, expone Fernández, que cargarlo. Así lo hicimos bajo el fuego".

"Pero aquello no terminó allí, explica Peñalver, Gavilán pese a su gravedad gritó:

"¡De mi pelotón no se raje nadie. Viva la Revolución. Viva Fidel Castro!".

Nuevamente interviene el teniente Alfonso para añadir:

"Las características de las heridas del compañero Gavilán son insólitas. Aquellos dos balazos de ametralladora 30, en vez de seguir una trayectoria horizontal, es decir de entrada por la espalda y salida por el pecho, al entrar los plomos en el cuerpo hicieron una trayectoria vertical".

"Como el caso relatado pueden contarse muchos. Por ejemplo aquel de un compañero que con el agua y el lodo hasta el pecho avanzaba bajo el fuego de una ametralladora 50 y rifles. Posteriormente cuando capturamos los primeros mercenarios, uno de ellos preguntó por "El Elegante". Enseguida comprendimos que era aquel compañero del pantano. Preguntamos al gusano de dónde lo conocía y respondió:

"Cómo no lo voy a conocer si le tiramos con todos los hierros y nunca retrocedió y escuchábamos cuando le gritaban que se protegiera llamándolo por "El Elegante".

Otros milicianos intervienen y cuentan más anécdotas como la de aquella campesina que indignada por el ataque de los mercenarios cuando capturaron a uno de ellos corrió hacia él armada de un cuchillo decidida a castigar a uno de los responsables de la muerte de campesinos en la Ciénaga de Zapata.

El teniente Alfonso vuelve sobre el mapa y nos va señalando los avances del 113 hasta Girón y luego explica:

"Aquel fue un verdadero bautismo de fuego para los milicianos y conocimos los devastadores efectos de la guerra moderna. Sin duda, adquirimos una provechosa expe-

riencia. Como conclusión puedo decir que todos los compañeros del Batallón 113 regresamos de la Ciénaga de Zapata con un firme propósito: superarnos más y más en el entrenamiento y en el dominio de la técnica militar para defender mejor la Patria y la Revolución".

MURIO POR LA PATRIA

Uno de los batallones que combatió heroicamente bajo el infierno del bombardeo de los aviones, tres kilómetros después de Playa Larga, hasta culminar en la toma de Playa Girón, fue el 123. El testimonio de sus integrantes es por consiguiente otra gran página de gloria en la defensa de la Independencia y soberanía nacional. Cuando llegamos a su Comandancia y explicamos nuestra misión hallamos en aquellos combatientes la misma actitud en el 113. Ninguno quiso hablar de su participación. Cada quien que intervenía en la conversación con el periodista hablaba de las hazañas de otros compañeros.

El Batallón 123 fue uno de los que avanzaba hacia la recaptura de Playa Girón en varios autobuses precedidos por tanques. Como los otros Batallones de la Milicia Nacional y de la Policía Nacional Revolucionaria fueron castigados implacablemente por los B-26 de la Armada de los Estados Unidos. Ametrallamiento con 50, bombas de napalm, cohetes y superbombas de 700 libras llovieron sobre los defensores del suelo patrio.

Pero toda la metralla arrojada por los aviones del imperialismo yanqui resultó ineficaz, no pudo detener a los que resueltamente avanzaban para arrojar al mar a las bandas de mercenarios que osaron hollar nuestro territorio.

Cuando inquirimos por las bajas sufridas por el Batallón 123 la cifra que nos ofrecieron fue, 13 muertos y 12 heridos. Después apelamos al testimonio de aquellos que combatieron para ofrecer a nuestros lectores su experiencia.

Por ellos decidieron que hablaran el miliciano Serafín Sevasco y el teniente Carlos Torres Padrón.

Sevasco, un hombre curtido por el trabajo, verdadera estampa del miliciano revolucionario nos narra:

"Aquel día nuestro batallón iba de Playa Larga hacia Girón en autobuses. Muchos compañeros aprovecharon dos tanques que marchaban en la vanguardia y subieron en ellos. De pronto aparecieron los B-26 y comenzaron a atacarnos. Tiraban bombas incendiarias y de fragmentación, ocasionando el incendio de los autobuses. Aquel ataque brutal, pese a las bajas, no pudo llevar el pánico a nuestras filas. Mis ojos vieron admirados el caso de aquel compañero nombrado Elio Llerena, que iba sobre un tanque. Cuando atacaron los aviones de pie tiraba con su rifle y cayó gritando: ¡Patria o Muerte!".

"La forma heroica que murió combatiendo Elio Llerena enardeció a todos los del Batallón 123. Nos afirmamos sobre la tierra convencidos que todos los aviones del imperialismo yanqui no podrían hacernos retroceder una sola pulgada de tierra...".

Un miliciano que no quiere revelar su nombre decía:

"Y dígallo, compañero Sevasco, aquello fue sólo para valientes. Resultaba estimulante observar que cada vez que venían al ataque los aviones cuando se retiraban se escuchaba fuertemente una voz:

¡Compañía atención!

"Una y otra vez, transcurrido el ataque aéreo se repetía esta voz. De dentro de los montes a los lados de la carretera salíamos todos y volvíamos a formar para combatir. Cuando se disipaba el humo del bombardeo aparecíamos formados en la carretera, avanzando, proclamando ante los agresores que ¡Patria o Muerte! no era sólo una frase.

El teniente Torres Padrón agrega a lo anterior la valentía de un miliciano de ap-

lido Zulueta. Cuando ardían los autobuses corrió a rescatar un camión cargado de parque sin reparar en el riesgo para su vida.

Nuevamente Sevasco relata:

“Cuando se atacó la formación de autobuses los que como yo pertenecemos al pelotón de comunicaciones y carecemos de conocimientos en el manejo de armas pesadas, corrimos hacia el vehículo donde venían las ametralladoras 7.92. Ninguno habíamos recibido instrucción sobre esa arma, sin embargo, nuestro instinto, nos permitió armarlas. Entre aquellos, merece destacar el valor de uno de los choferes de autobuses que espontáneamente se transformó en un combatiente más.

“Hechos como ése, agrega el teniente Torres Padrón, se sucedieron durante el curso de la lucha. De eso puede citarse el de aquel cañón antiaéreo que por estar mal calzado al hacer el primer disparo comenzó a caerse. Aquella dotación de jóvenes artilleros, sin perder la serenidad, aguantaron el cañón que disparaba mientras uno de ellos, desde un camión lo sujetaba bajo el fuego aéreo enemigo”.

Un viejo miliciano de espesa barba blanca, que rehusa ser identificado, nos habla después de Ramón Reyes, un obrero de la Ruta 62, que cayó combatiendo en aquel tramo donde quedó sellada la humillante derrota del imperialismo yanqui.

“Cuando fue alcanzado por balas 50 en el pecho, varios fuimos en su auxilio. Comprendimos que estaba herido de muerte y cuando preguntamos: Mongo ¿te han hecho mucho? Respondió valientemente: No es nada compañeros”.

“Si aquello me emocionó, me arrancó las lágrimas la actitud llena de coraje de su esposa. Para los que éramos sus amigos y compañeros llegar hasta esa digna cubana y sus dos hijos para comunicarle el desgraciado suceso, era una dura tarea. Pero, allí, en aquel humilde hogar, recibimos una inolvidable lección”.

“Al conocer la noticia la viuda de Ramón Reyes, con entereza ejemplar, expresó:

“Éramos inseparables... lo quería mucho y lo siento, pero me consuela que murió combatiendo por la Patria”.

Con mujeres como la viuda del obrero Ramón Reyes, digna descendiente de Mariana Grajales, está sostenida esta Revolución Cubana que en Girón propinó la primera derrota del imperialismo yanqui en América Latina.

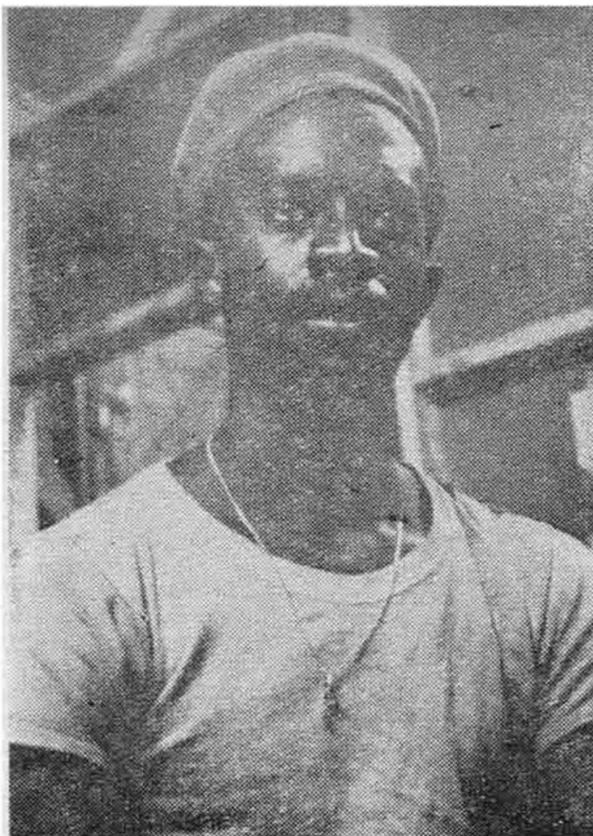
SOLO APOYAMOS LA OFENSIVA

En otro lugar cercano a la capital visitamos la Comandancia del Batallón 115, donde hablamos con los tenientes Sáenz y Páez y el miliciano Rolando Quesada. Las compañías estaban de operaciones y ellos en nombre de sus compañeros se encargaron de expresarnos que su Batallón marchó guiado por el comandante Fidel Castro, desde Yaguaramas a Girón.

“Estamos orgullosos, dijo Quesada, de haber apoyado con nuestros morteros la ofensiva para la toma de Girón y de que a la cabeza de nuestro batallón marchara el comandante Fidel Castro. Esta ha sido nuestra verdadera prueba de fuego. De ella hemos extraído ricas experiencias para el futuro. La reacción de la Milicia, Ejército Rebelde y Policía Nacional Revolucionaria no pudo ser más excelente. Allí en Girón todos nos confundíamos y nos apoyábamos mutuamente probándose que somos uno, como uno es pueblo y Gobierno Revolucionario”.

Después de nuestro recorrido por los Batallones 113, 123 y 115 y de escuchar estos testimonios de los que fueron testigos de múltiples actos de excepcional heroísmo en el combate frente a las fuerzas invasoras de los mercenarios armados y pagados por el imperialismo yanqui, sólo hay una conclusión que ya es carne y sangre de nuestro pueblo:

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!



MATIAS PENALVER, zapador del Batallón 115, ayudó al rescate, cerca de San Blas, de los dos milicianos heridos.



SERAFIN SEVASCO, verdadera estampa del miliciano revolucionario, narra su experiencia en la batalla de Girón.



CARLOS TORRES PADRON, teniente del Batallón 115, refiere el acto heroico del miliciano que salvó un camión cargado de parque.

¿QUIEN DIJO QUE UN

MILICIANO

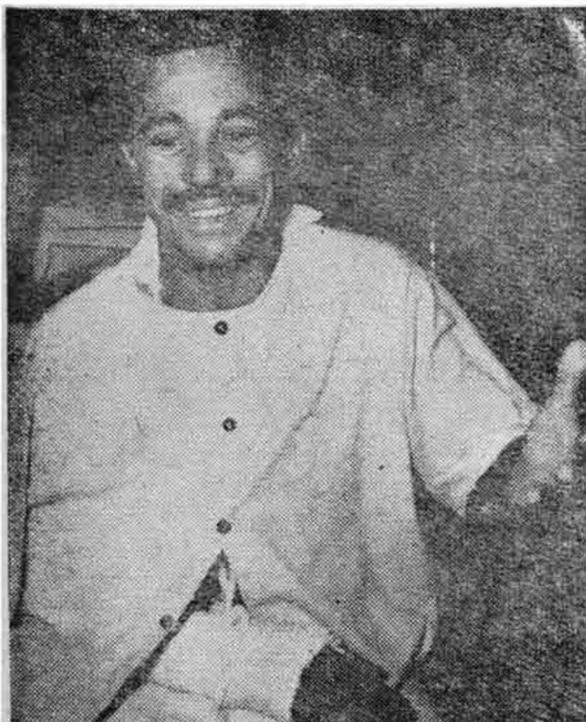
POR MANOLO GARCIA

FOTOS DE GUILLERMO MIRO

DE 14 AÑOS NO ES UN SOLDADO?



JUANILLO RODRIGUEZ
...me he graduado de hombre...



MACARIO GUEVARA
...mis compañeros muertos me alentaban...

Juan Rodríguez, combatiente.

"Cuando me di cuenta de que había cumplido los catorce años en una trinchera, peleando por mi patria; pensé: me he graduado de hombre. Y hasta me sonreí recordando a quienes burlescamente me habían dicho que a mi edad un miliciano sólo sirve para hacer mandados".

Juan Rodríguez, del Batallón 180, de La Habana, a quien entrevistamos en la Clínica Militar de Matanzas es un interlocutor locuaz. Resultó herido por uno de los dos aviones B-26 que hostigaron al ejército de la Revolución mientras éste perseguía a los mercenarios en retirada hacia Playa Girón. Fue el día 18 de abril, a dos kilómetros de Playa Larga.

"Tenía la seguridad de que saldría bien de esa batalla. Confiaba en los tanques que nos abrían el camino y en nuestros artilleros que no daban descanso a sus cañones. En eso apareció la aviación. ¡Ojalá sean los nuestros!, pensé. Pero eran aviones yanquis, pintados con nuestros colores y hasta con las letras de la FAR".

Juanillo hace un gesto de dolor, como si volviera a sentir la metralla incrustándose en su cuerpo, y se lleva las manos al corsé de yeso que cubre la cadera fracturada. De pronto nos mira y sonríe:

"Esto no es nada. Lo malo fue en aquel momento, antes de sentirme herido".

Y se dispone a narrar su experiencia sobre el bombardeo aéreo.

"Al escuchar el silbato de alerta del oficial todos corrimos a situarnos lejos de la carretera, para evitar ser blancos fáciles. Cuando sentí rugir el motor del avión sobre nuestras cabezas busqué refugio cerca de un árbol. Sin soltar la FAL en mi derecha, cubrí mi cabeza con la izquierda y hundí la cara en la tierra tanto como pude. Estaba en esa posición, inmóvil pero sin ningún temor, cuando escuché una ráfaga corta y seca. Un golpe violento me hizo levantar la cabeza y el tronco, miré a mi alrededor y todo comenzaba a ponerse negro, sentí la sangre correr por la cintura. Comprendí que estaba herido y creo que grité reclamando ayuda; pero no estoy seguro de eso. Cuando desperté en el Hospital de Matanzas supe que habíamos derrotado a los mercenarios. Llamé a una enfermera y le pregunté: "¿Señorita, hoy esta-

mos a 18 de abril?". "No, —me respondió— hoy es jueves 20". Y pensé: "Entonces mi cumpleaños fue antier".

"SI NO VINIERON A PELEAR ¿QUIEN MATO A NUESTROS COMPAÑEROS?"

Macario Guevara Carvajal, combatiente.

La presencia de los alumnos de la *Escuela de Responsables de Milicias* fue decisiva en la batalla librada contra los mercenarios que desembarcaron en la Ciénaga de Zapata el lunes 17 de abril. Peleando con desventaja frente a un enemigo más numeroso y mejor armado, dieron pruebas de valor extraordinario y demostraron la firmeza de sus convicciones revolucionarias. Los invasores encontraron en esa pequeña hueste un obstáculo insuperable.

Macario Guevara Carvajal, un joven campesino procedente de la Cooperativa "Jorge Fernández Bello", en Jaronú, perteneciente a la Compañía número 1 de la *Escuela de Responsables de Milicias* da la medida del temple característico del soldado de la libertad.

"Nosotros llegamos al lugar de operaciones cuando los milicianos de Cienfuegos resistían, en desigual batalla, la metralla enemiga. Creo que los compañeros del Batallón 339 escribieron en la Ciénaga de Zapata una página singular de bravura y heroísmo; después de nuestra llegada, todos juntos hicimos el resto, y no sólo detuvimos a los mercenarios, sino que en ocasiones los obligamos a retroceder".

Guevara hunde el pulgar y el índice derechos en sus ojos, como tratando de borrar de sus pupilas la impresión de un recuerdo desagradable. Luego nos mira fijamente:

"Ahora todos ellos dicen que no vinieron a pelear; entonces, ¿quién mató a nuestros compañeros, y a los civiles asesinados en la carretera cuando evacuaban de los lugares de la acción?"

Repite el gesto anterior para proseguir, bajando el tono de su voz:

"Son unos cobardes, se aflojaron cuando apenas comenzaba lo peor para ellos; y los estábamos arrinconando prácticamente hacia Playa Girón cuando hicieron funcionar de nuevo la ametralladora 50 que tanto daño nos hizo la noche anterior —la del 18 de abril— en la recaptura de Playa Larga. Resulté herido, mas no me abandonaron las fuerzas; sentía como si mis compañeros muertos me alentaran a seguir en la lucha".

Otros Responsables de Milicias nos cuentan que Macario quiso continuar peleando aún herido, pero el capitán Fernández le ordenó retirarse de la acción por considerar innecesario su sacrificio. Ahora convalece de sus heridas en la Clínica Militar de Matanzas.

"CONOCI LA GUERRA EN LAS NOVELAS DE REMARQUE"

José Angel Díaz, combatiente.

El Batallón 227 participó en el cerco tendido de Soplillar a Playa Girón, cerca de 15 kilómetros de operaciones, para impedir el avance de los mercenarios a tierra firme. Fue una zona terriblemente azotada por los bombardeos de la aviación enemiga que trataba de proteger a los invasores.

En la Cuarta Compañía del 227, José Angel Díaz, de 23 años, vecino de Bolondrón, estaba dotado del mismo fervor patriótico y de la decisión de lucha de los millares de hombres que en la Ciénaga de Zapata cubrieron la jornada heroica de los tres días.

Ahora está reponiéndose de los efectos de la guerra para ser sometido en breve a una operación quirúrgica en la que le extraerán un fragmento de obús alojado en el abdomen. Lo entrevistamos en el Hospital Civil de Matanzas.

"Conocí la guerra en las novelas de Eric María Remarque y ahora sé que ningún libro puede narrar fielmente tantos horrores. No me explico por qué el imperialismo desata estos conflictos que, bien analizados, sólo sirven para apresurar su derrota, en tanto cubren de luto y de sangre una tierra que, como la nuestra, gusta más de tractores que de artefactos bélicos".

Luego de esta reflexión José Angel nos narra su odisea:

"El lunes por la mañana nuestro batallón se unía a los *Responsables de Milicias* en el cerco de Soplillar. Estábamos bajo un fuego enemigo muy intenso por tierra y por aire sin otro apoyo que nuestras armas de corto alcance y unas pocas bazookas. La lucha comenzaba apenas, pero ya podía adivinarse el resultado por la cantidad de armas y parque que encontrábamos abandonado por el enemigo. Hubo un momento en que encontramos ocho paracaídas, a corta distancia uno de otro, con todo el equipo bélico que se supone debe transportar un paracaidista, abandonado".

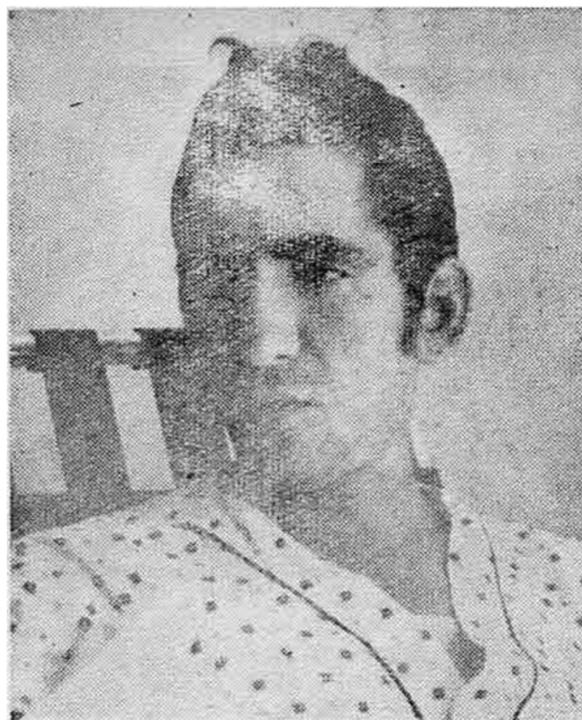
Díaz nos muestra su oreja derecha herida a sedal:

"La misma bala me hirió también levemente la parte posterior de la cabeza. Perdí un poco de sangre; pero un compañero de Sanidad Militar me aplicó un líquido ardiente, y seguí peleando".

"En la noche del lunes y en la madrugada del martes, cuando nuestra artillería y nuestros tanques entraron en acción se precipitó el colapso enemigo. Y el miércoles, cuando ya los acorralábamos en Playa Girón, un mortero me puso fuera de combate".

Mira a su madre, nos sonríe y sin poder disimular un rictus amargo:

"Es triste no haber podido completar la jornada. Me hubiera gustado ver el rostro de la traición y de la infamia en las caras de los que se prestaron a servir a los yanquis en la agresión criminal contra nuestra patria".



JOSE ANGEL DIAZ
...la guerra de Remarque...

RESPONSABLES DE MILICIAS DE MATANZAS

Entonces, amanece; cuando amanece, el batallón este de Cienfuegos, está combatiendo con ellos. Simultáneamente, se da la orden de movilizar el batallón de Responsables de Milicias de Matanzas; porque en Matanzas está la Escuela de Responsables de Milicias. Entonces, se ordena al Director de la Escuela de Responsables de Milicias, el compañero Fernández, que movilice el batallón; el batallón que se traslade a Jovellanos; Fernández que se traslade a Jovellanos, con el batallón. Ellos están allí organizados como un batallón, tres baterías de morteros.

El batallón de Milicias de Matanzas, cuando se va trasladando hacia aquí, para reforzarlos, es atacado por los aviones enemigos. Los aviones enemigos hicieron a la inversa: se dedicaron, sobre todo, a atacar nuestras tropas. Como venían pintados de aviones de la FAR, esta tropa que viene moviéndose aquí, por esta carretera, ve los aviones, ve todas las insignias de la Fuerza Aérea, hasta los saluda, desde el avión saludaron a la tropa, y entonces después vuelve y atacó con ametralladoras y con bombas a las columnas de este batallón y le ocasionó bajas. A este batallón también se le ocasionaron bajas al ocuparle el enemigo la retaguardia, el batallón de aquí (señala en el mapa); ya se había empezado a tener bajas en este batallón de Cienfuegos, y en este batallón (señala).

FIDEL.

R



FOTOS LIBORIO

HABLAN LOS COMBATIENTES

POR CESAR LEANTE



De la Ciénaga a las trincheras: esa es la trayectoria del Batallón 117. Apenas unas horas en La Habana, después de haber batido al invasor en Playa Girón, y ya otra vez al puesto de combate, en las trincheras, a esperar, serena y decididamente, al agresor yanqui, si éste se decide a atacar.

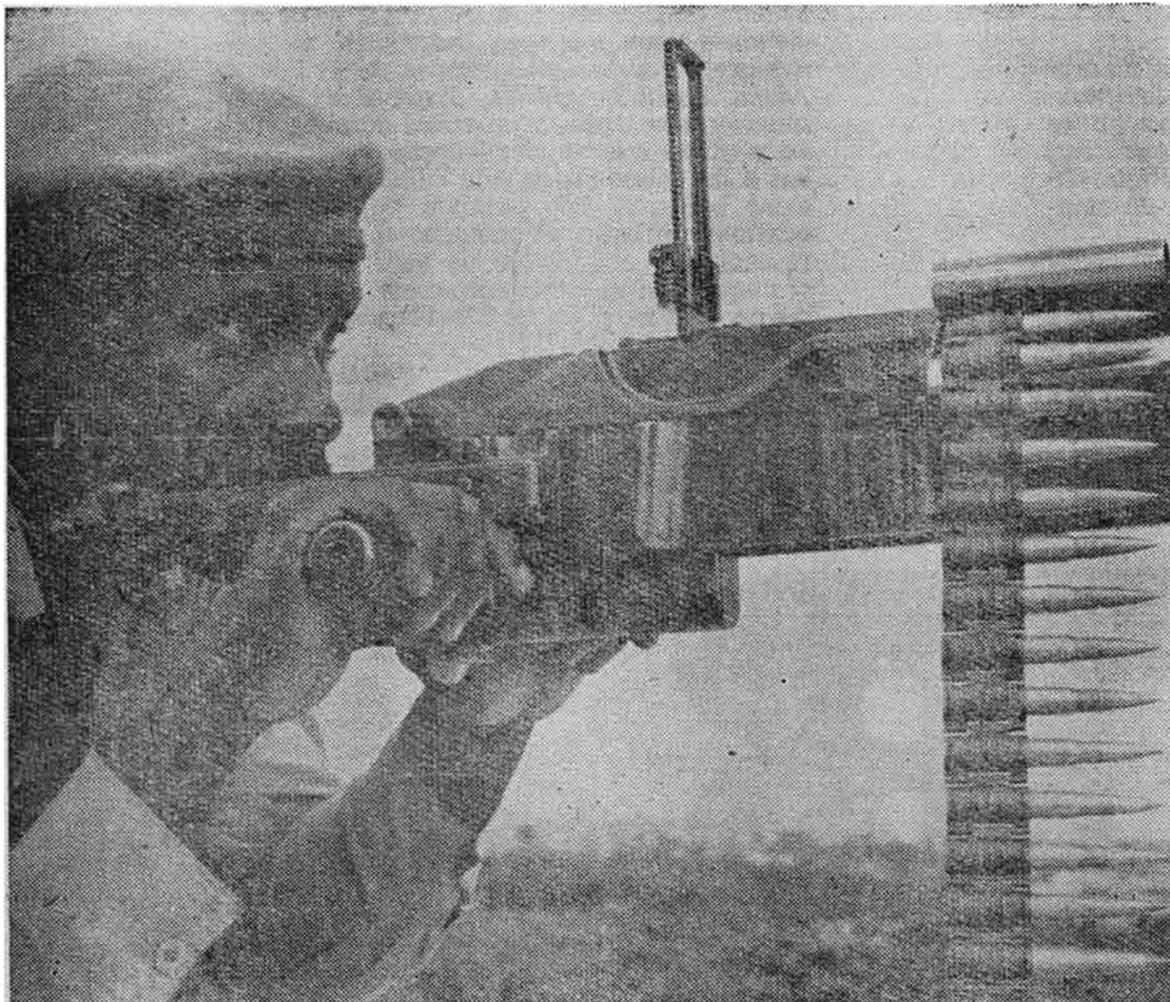
Y es aquí, en las trincheras de la patria, donde entrevistamos a los combatientes del Batallón 117. En la comandancia, hablamos primero con el teniente Maurín, jefe del Batallón. El nos da una visión general de las operaciones realizadas por su batallón:

—Casi todas las compañías del Batallón 117 —relata— llegaron a la Ciénaga de Zapata poco después de haberse producido la invasión mercenaria. El Batallón estaba destacado en Las Villas. En la operación de rechazar y aniquilar al enemigo, cubrimos la zona de Playa Girón. La primera compañía partió de Rodas hasta Yaguaramas. Allí tomó el camino de Horquita, rumbo a San Ignacio, San Ramón, Cayo Ramona y finalmente su objetivo central: Playa Girón. La segunda compañía salió de Yaguaramas hacia Hatos de Matún. Después pasó por Cocodrilos hasta establecerse en Caleta Buena, al Este de Playa Girón, donde tienden un cerco. La tercera compañía avanza peinando por Calicito hasta el central Covadonga. En su avance pasan por un lugar llamado Natalia, donde se piensa haya paracaidistas mercenarios. Pero no se encuentra ni un solo enemigo. La plana mayor tiende un cerco desde Covadonga, cruzando por Rosario, a la Laguna del Pesquero. La ligera de combate tiende otro cerco de Guana a Covadonga y los zapadores quedan cubriendo toda la zona de Yaguaramas.

—¿Es decir que el Batallón 117 cubre un vasto campo de operaciones?

El teniente Maurín asiente y continúa:

—De la cuarta compañía, parte se concentra en Covadonga y parte avanza con la tercera, por la carretera de Playa Girón, al encuentro de los mercenarios. En esta avanzada toman parte también miembros del pelotón de reconocimiento y de la ligera de combate. Nuestro objetivo era tomar San Blas, caserío a unos ocho kilómetros de Playa Girón, donde el enemigo se había hecho fuerte. Era el lunes 17. A eso de las 8 y media de la noche, en el kilómetro 4, tuvimos el primer encuentro. Fuimos sorprendidos por una emboscada enemiga. El combate se entabló a menos de 200 metros. Teníamos, como quien dice, al enemigo a boca de jarro y estaban bien parapetados y armados. Disponían de morteros, bazookas, una tanqueta y una ametralladora 50 bien emplazada. Y nos disparaban con todo. Nosotros, que veníamos en camiones, saltamos a tierra y nos abrimos en flancos, pero un jeep nuestro que venía cargado de cajas de granadas se adelantó tanto que fue alcanzado por un mortero. A pocos metros



de donde estaba emplazada la ametralladora enemiga lo vimos explotar. Allí perdieron la vida un compañero nuestro, Pedro Portuondo, y un soldado rebelde cuyo nombre lamento no recordar.

—¿Fue el bautismo de fuego del Batallón?

—Sí, y al principio estábamos un poco impresionados. Pero nos repusimos enseguida, y la infantería actuó con mucho coraje. En aquel momento no teníamos apoyo alguno de artillería; sin embargo, la infantería se desplegó rápidamente, tomó posiciones y ripostó decididamente el fuego enemigo. Para que usted tenga una idea del valor que demostró nuestra infantería, le diré que tres segundos al mando de la tercera compañía fueron heridos: Raúl Seijas, Armando Suñer y Lorenzo Rodríguez. Seijas y Suñer fueron heridos en ese primer encuentro: Seijas en las piernas por una ráfaga de ametralladora y Suñer por fragmentos de una granada de mortero. Lorenzo Rodríguez fue herido al día siguiente, durante un ataque de aviación. Alberto Muñoz lo sustituyó en el mando. Pero déjeme decirle que el compañero Suñer, antes de caer herido, estableció una línea de fuego nuestro situando hombres a 6 pasos uno de otro en forma de cuña invertida. Y esto lo hizo, repito, bajo las balas enemigas. Fue un verdadero acto de heroísmo.

—¿Qué tiempo duró el combate?

—Pues se estuvo peleando hasta las 3 de la madrugada aproximadamente. A esa hora, bajo la presión de nuestras bazookas y morteros 82 del batallón, los mercenarios abandonan su posición dejando casi todo su equipo bélico y varios muertos. A las 6 de la mañana el comandante Olivera ordena avanzar y avanzamos hasta el kilómetro 9, donde volvemos a tener contacto con el enemigo. Allí nos estamos batiendo con ellos por espacio de una hora y media. Nos disparaban con morteros y bazookas, y dos ametralladoras 50 de ellos mantenía un fuego cruzado sobre la carretera para impedirnos el avance. Las tenían emplazadas en dos montecitos a ambos lados de la carretera. Sentíamos las balas silbarnos por encima de nuestras cabezas y por los lados y veíamos los proyectiles y las granadas caer en el fango. Nosotros volvimos a desplegar para avanzar también por el campo, por la ciénaga. Era difícil caminar por ahí, pero lo hacíamos...

—Yo tenía medio cuerpo metido en el agua —vuelve a decir Echevarría.

—Contra esos cayos de monte donde estaban las 50 concentramos principalmente nuestro fuego, hasta que la artillería logró ablandar al enemigo y seguimos avanzando. Los morteros 120 se metieron en la ciénaga, mientras desde la carretera las bazookas nuestras y las ametralladoras 7.92 no cesaban de disparar. Hay que señalar que estas ametralladoras 7.92 jugaron un papel preponderante en todos los combates, pues iban delante de la infantería, abriéndonos camino, y que uno de los ametralladoristas de la cuarta compañía, a quien apodan "Oriente", fue de los más destacados por su valor y efectividad. El apoyo de la artillería nos permitió seguir avanzando. Los mercenarios volvieron a retirarse. Pero déjeme decirle también que la infantería jamás dejó de avanzar: avanzaba con o sin apoyo de artillería. De ahí pasamos al kilómetro 14, donde tomamos el primer campamento mercenario. Les ocupamos granadas, morteros, paracaídas, radios portátiles, mochilas, en fin, una gran cantidad de equipo de guerra. Todo este avance hasta el kilómetro 14 se realizó siempre bajo el fuego de la artillería enemiga, especialmente de sus morteros emplazados en San Blas. Es decir, que siempre tuvimos que ganar terreno bajo fuego enemigo. A la madrugada del día siguiente, 18, fuimos atacados por dos aviones B-26 que nos causaron algunas bajas, pues allí no teníamos ametralladoras antiaéreas para defendernos. Lorenzo Rodríguez, el segundo al mando de la tercera compañía de quien le hablé, fue herido en el ametrallamiento. Los B-26 dejaron caer una bomba incendiaria de 500 libras que prendió fuego a los matorrales. Fue una llamarada inmensa la que produjo al caer. Seguimos avanzando hasta

el kilómetro 17 ó 18, a las puertas de San Blas. Aquí volvemos a tener combate, esta vez más cerrado, con los mercenarios. Tan cerca estábamos de ellos, tanto habíamos avanzado bajo sus propias narices, que los veíamos cruzar la carretera, y también intentar dar vuelta a una tanqueta o un tanque Sherman para cañearnos. Pero aquella posición era peligrosa. Los morteros caían a nuestro lado. Nuestro avance había sido tan impetuoso que sin darnos cuenta habíamos caído dentro del arco de fuego del enemigo. Esto nos ocasionó algunos heridos. El comandante Duque nos ordenó entonces retirarnos y nos retiramos al kilómetro 16 y medio. Pero era tal el ímpetu, el ardor de nuestras tropas que cuando el comandante Duque ordenó retroceder, de momento se negaron a obedecer. Estaban bajo el fuego de los mercenarios y no obstante le respondieron que "para atrás ni para coger impulso". Sólo cuando a gritos el comandante Duque les hizo comprender que aquella posición era suicida fue que acataron la orden. Toda esa noche, la del martes, se estuvo bombardeando San Blas y el miércoles por la mañana fue tomado. Los mercenarios, hostigados sin tregua por nuestra artillería, lo habían abandonado durante la noche. Después de tomado San Blas, todas las compañías del Batallón 117 se dedicaron a establecer cercos para impedir la huida de los mercenarios, ya en derrota.

El relato del teniente Maurín ha concluido. Pero vemos su brazo vendado y le hacemos una última pregunta:

—¿Dónde fue herido?

—En el avance hacia el kilómetro 9. Los fragmentos de una granada de mortero que estalló cerca de mí se me clavaron en el antebrazo.

Con una cuchilla él mismo se sacó los fragmentos, un compañero le ató la herida con un pañuelo y siguió peleando.

—oOo—

Eusebio Bouza es sargento del 4to. pelotón de la 3ra. Compañía. Es joven, delgado, de barba cerrada. En sus ojos hay todavía la impresión de los duros combates librados para aplastar al invasor mercenario:

—Yo iba en el primer camión cuando fuimos sorprendidos por la emboscada. Iba sentado en el piso del carro y la gente me cayó encima. Pero me tiré en cuestión de segundos. La balacera era bárbara. Los bazookazos pasaban por los lados del camión. Yo nunca había visto salir tantas balas así. De momento me impresionó, pero me repuse en poco tiempo y me atrincheré en la cuneta y comencé a contestar con mi Fal el fuego enemigo. Ya después del primer tiroteo me dije que la bala que no está para uno no le da. Me impresionó también ver caer herido al segundo al mando de la compañía y muerto a un sanitario. Al segundo al mando lo vi regresar herido por la carretera. Gritaba: "Patria o Muerte" y nos daba voces de aliento. Esto me dio mucho coraje y cuando en nuestro avance caímos en la línea de fuego del enemigo y el comandante Duque nos ordenó retirarnos, le contestamos que "atrás ni para coger impulso".

—El comandante Duque también nos alentaba mucho —dicen Luis Nussa, Osvaldo Lamar y Livio Arrascaeta, igualmente milicianos del 4to. pelotón. Siempre nos estaba gritando: "P' delante, milicianos, p' adelante".

—Ese hombre no le teme a nada. Avanzaba por el medio de la carretera con sólo una ametralladora de mano. Bueno, era tan valiente que le pusimos el comandante c..., una palabra que usted no puede publicar en el periódico. Les gritaba cobardes y ratones a los mercenarios y no se quitaba de la carretera ni cuando venía el avión. Con un hombre así no hay quien eche para atrás.

—¿Y ustedes en qué pensaban? —pregunto.

—Pues en que había que echar p' adelante y p' adelante —me responde Felipe García, que tiene 48 años y dos hijos que son uno soldado rebelde y el otro miliciano como él. Y continúa: Yo pensé que a mi casa no llegaba con vida. Pero no me importaba. Estaba defendiendo la patria y lo único que me preocupaba era que los mercenarios nos fue-

ran a ganar. Además, había visto morir a mi compañero Silvio Hernández. Éramos muy amigos. En Santa Clara dormíamos uno al lado del otro. Me hablaba a menudo de un hijo de diez años que tenía, de las oportunidades que gracias a la Revolución tendría cuando fuera grande, del mundo feliz en que crecería y viviría. Lo mató un mortero cuando iba al frente del pelotón. Si él había muerto por Cuba, ¿qué me importaba morir a mí, que ya era viejo y mis hijos estaban crecidos? Todos teníamos razones parecidas para avanzar. Y lo hacíamos por la carretera. Sólo buscábamos las cunetas cuando se entablaba algún tiroteo. Un grupo de mercenarios que capturamos dijeron que no sabían de dónde salían tantos milicianos, que nos veían caer y luego, de pronto, cuando nos daban por liquidados, salir de nuevo. Avanzamos tanto que nos metimos dentro del arco de fuego del enemigo. Nos retiramos bajo las balas. En 56 horas de combate continuo no tomamos agua ni probamos comida. No teníamos hambre, pero la sed era muy grande y algunos tomaron agua en huecos abiertos por los obuses. Y en 72 horas nadie durmió.

—oOo—

El relato de Ormedo Curbelo, sargento del 3er. pelotón de la 3ra. Compañía es similar al de sus compañeros del 4to. pelotón: el mismo avance bajo las balas, la misma lucha ardua por ir desalojando al enemigo de sus posiciones a lo largo de la carretera de Playa Girón; pero agrega este detalle interesante:

—Usamos la táctica aprendida en la escuela de entrenamiento. A veces ellos (los mercenarios) abrían fuego contra nosotros y nosotros lo aguantábamos sin tirar para no descubrir nuestra posición. Entonces, cuando ellos venían creyéndose que nos habían liquidado o que no había nadie, los sorprendíamos. Sonríe y agrega: Nos llamaban "el pelotón de los pollitos".

Que el 4to. pelotón era "el pelotón de los pollitos" por la juventud de sus componentes, lo evidencia Enrique Mesa, que sólo tiene 17 años y ni un vello en la barba. Su rostro es infantil y siento curiosidad por saber qué huella ha dejado la guerra en sus cortos años:

—Una impresión muy mala. Es muy triste ver caer a compañeros queridos. Pero eso me daba más fuerzas para acabar con ellos. Me decía para mí mismo que cuanto más nos demoráramos, más compañeros íbamos a caer.

Y a otra pregunta mía:

—Cuando se lucha por algo justo, sobra el coraje.

Enrique estudiaba en la escuela primaria antes de convertirse en miliciano al llamado de la patria. Quiere seguir estudiando:

—Cuando todo esto termine, mi mayor deseo es estudiar ingeniería aeronáutica. Quiero ser ingeniero. Ojalá y el Gobierno Revolucionario me conceda una beca.

—oOo—

No encuentro a "Oriente", el tirador de ametralladora 7.92 de la cuarta compañía del cual hablan tan encomiásticamente el teniente Maurín y sus compañeros. Pero doy con su ayudante, Domingo Borrego. Este me informa que el nombre de "Oriente" es Fernando Hernández y que solicitó un pase porque está enfermo. Me cuenta:

—Lo de ese muchacho era tremendo. Avanzaba y avanzaba. Emplazábamos la ametralladora, "Oriente" la hacía cantar de lo lindo y apenas se daba la voz de avanzar, se echaba la ametralladora al hombro y era el primero en ir p' adelante. Más de diez kilómetros avanzamos con la ametralladora al hombro, emplazándola y desemplazándola. Era el primero en situarse para abrirle camino a la infantería. Daba aliento ver a un individuo tan corajudo. Siempre me estaba diciendo: "Borrego, las cajuelas" o "Borrego, p' adelante". Una vez a Vicente, el tirador de la otra ametralladora, se le trabó la cinta y "Oriente" atravesó la carretera bajo las balas, se la arregló y regresó a seguir tirando con su ametralladora.

—Y eso que estaba enfermo —tercia Luis Peña, ayudante de la ametralladora que "Oriente" ayudó a arreglar bajo el fue-

go. Y concluyó: —mejor tirador que "Ciente", difícil encontrarlo.

—oOo—

Otros ejemplos de coraje y heroísmo son los que me cuentan sobre José Ramón Ledo y Marcelino Carmenate, milicianos de la primera compañía:

—Estábamos en San Blas, en plena batalla, cuando el chofer de un jeep de la Cruz Roja es alcanzado por una ametralladora 50. El jeep queda ladeado en la cuneta. José Ramón lo ve, sale de su trinchera y bajo el fuego monta en el jeep. Una ráfaga de ametralladora 50 rompe los cristales del parabrisas; no obstante José Ramón no lo abandona y vira el jeep; otra ráfaga le da en las gomas y lo poncha; pero él sigue, y ponchado y bajo las balas saca el jeep del campo de batalla y se lleva al herido hasta Horquita.

Y de Marcelino Carmenate:

—Era en la carretera de San Blas a Girón. Solicitan un chofer voluntario para conducir un camión con material bélico a Playa Girón. Carmenate se ofrece y al montar en el camión se da cuenta que lo que lleva son rockets y balas para cañón. Era un parque solicitado por Fidel. Y él, Carmenate, tenía que sacarlo solo y bajo las balas y transportarlo a través de quince kilómetros de carretera. Había que tener valor para hacer eso, y Carmenate lo tuvo y llegó a su destino.

Otra anécdota que nos cuenta Ismael González, segundo al mando de la primera compañía, y que aunque no se relaciona directamente con los combatientes demuestra la valentía de nuestro pueblo y su decidido apoyo a la Revolución, es la siguiente:

—Marchábamos por el camino de Horquita a San Blas, donde estaba teniendo lugar una fuerte batalla para desalojar a los mercenarios. De repente, al mirar hacia atrás, veo que nos siguen dos carretas tiradas por tractores llenas de campesinos. Me acerco a ellos y les pregunto que qué ocurre y entonces me informan que han venido a unirse a nosotros, a tomar parte en la batalla. Eran como cien. Les digo que no puede ser, pero ellos se mantienen firmes en su decisión de unirse a nosotros y tengo que poner postas para que no sigan avanzando. Pues bien, a pesar de las postas, muchos campesinos se nos unieron y nos pidieron que les permitiéramos avanzar con nosotros aunque fuera como guías...

—oOo—

Elpidio Pérez es quizás el miliciano más joven del Batallón 117. Sólo tiene 16 años. Yo lo recuerdo de la escuela de entrenamiento de La Chorrera, soportando la lluvia, durmiendo con las ropas empapadas, sobre la tierra, cuando otros más vigorosos y de más edad abandonaban el entrenamiento porque no podían resistir aquellas pruebas; y lo recuerdo de las primeras trincheras, y del Escambray: siempre presente a pesar de no ser más que un niño. Ahora vuelvo a verlo frente a mí, después de haber combatido en la Ciénaga. A Elpidio no le gusta hablar. Hay que arrancarle las palabras. Pero avanzó con las tropas desde Covadonga hasta San Blas. Participó en los combates. Me dice que al principio se asustó un poco:

—Pero después me sentía bien —añade. Lo que tenía ganas era de terminar con ellos.

Elpidio, el niño de 16 años, fue uno de los primeros en entrar en San Blas.

Rolando Lamelas, Reinaldo Cabrera y Arnoldo Poro son tres integrantes del "pelotón perdido" de la compañía Ligera de Combate.

—Nos llamaron así —me cuenta Rolando— por la operación que realizamos. A nueve milicianos de la Ligera de Combate y dos soldados rebeldes nos confiaron la misión de descubrir el flanco izquierdo del enemigo atrincherado en el Canal de Muñoz y averiguar de qué personal disponían. Salimos del central Covadonga como a las ocho de la noche y atravesando la Ciénaga llegamos al Canal de Muñoz a eso de las 11 y media. Estábamos tan cerca de los mercenarios que aunque no los veíamos, podíamos oír su conversación. Decidimos pasar la noche ahí para a la mañana siguiente averiguar cuántos eran, pero nuestra artillería comenzó a disparar y las granadas de los morteros caían tan cerca de nosotros que tuvimos que

retirarnos esa misma noche. De regreso los guías se confundieron y nos perdimos. No se veía nada y para no separarnos uno de otro y perdernos, nos amarramos con una cuerda. Caminábamos casi sin rumbo a través de la ciénaga y dos compañeros, Elio y Nelson, se hundieron en el fango. Los sacamos cuando ya casi estaban hundidos hasta el cuello. A veces caíamos a la carretera, pero como aquel tramo estaba en poder de los mercenarios teníamos que volver a internarnos en la ciénaga. Con la llegada del día caminábamos evitando las sabanas, pues los aviones mercenarios estaban ametrallando y de sorprendernos en una sabana nos habrían acribillado. Así llegamos a un rancho de carboneros, pero estaba abandonado. Allí tomamos agua y luego vimos a cinco campesinos que nos indicaron el camino de regreso. 16 horas habían transcurrido desde que dejamos el Covadonga hasta que regresamos a él. Y la mayor parte de ese tiempo lo pasamos perdidos en la ciénaga. Por eso nos bautizaron con el nombre de "El pelotón perdido".

—oOo—

—Nosotros somos morteristas, pero prácticamente tuvimos que hacer el papel de fusileros —me dice Pablo Tamayo, sargento del primer pelotón de la batería de morteros. Imagínese que en El Puente estuvimos emplazados a menos de un kilómetro del enemigo.

—Y se supone —añade el teniente Mercero, jefe de la batería de morteros del Batallón 117— que la mínima distancia a que deben estar emplazados los morteros de 82 mm., livianos, que nosotros manejamos, es a 1,200 ó 1,300 metros de las líneas enemigas.

—Disparamos tanto —continúa Tamayo— que en el kilómetro 16 se nos agotó el parque. Los tubos estaban tan calientes que no se podían ni tocar. Entramos en combate el lunes y esa misma noche tuvimos que hacer tres emplazamientos.

—¿Cómo transportan ustedes su equipo? —demando.

—En Jeeps o camión, pero cuando no hay vehículos hay que echarse al hombro.

—¿Tuvieron que transportarlo a hombro en la Ciénaga?

—Por supuesto. Y más de una vez. Nuestra infantería avanzaba con rapidez y nosotros teníamos que estar desplazando continuamente para apoyarla. Recuerdo que una vez el comandante Duque llegó a donde nosotros estábamos y nos dijo: "Monten dos morteros con su personal en ese jeep. ¡Pero eso es ya!". Y nueve hombres y dos morteros con las cajas de parque tuvieron que ser metidos a la carrera en el jeep. Los hombres iban por fuera, como un racimo. Y al llegar a la Curva el comandante Duque nos dijo que teníamos cinco minutos para emplazar y empezar a disparar. Nos dio demasiado tiempo, porque emplazamos los morteros en menos de un minuto y en menos de otro ya estábamos bombardeando las posiciones enemigas.

—¿Cómo se emplaza un mortero? —pregunto.

—Pues cada mortero es manejado por una escuadra de seis hombres. Pero sólo tres toman parte en su manipulación. El tres tira la placa, es decir, asienta la base; el uno el tubo, esto es, el cañón del mortero y el 2 ajusta el bípode. De los otros tres hombres, dos son observadores y uno un fusilero que avanza para proteger el mortero.

—¿Qué peligros corren los morteristas? —El de los francotiradores y, principalmente, el de la aviación. También puede ocurrir que el enemigo descubra nuestra posición y nos cañonee con su artillería.

—¿Qué hacen ustedes cuando son descubiertos, digamos por un avión?

—De ningún modo. Primero está la pieza. Es el mortero lo que primero tenemos que desplazar y ocultar. Después nosotros.

—¿En la Ciénaga fueron descubiertos por algún avión?

—Sí.

—¿Y tuvieron que ocultar los morteros y después ustedes?

—Exactamente.

—¿Cuántas veces tuvieron que emplazar y desemplazar sus morteros en el tiempo que duró la contienda?



—No lo sabemos. Fueron tantas que no pudimos contarlas. Lo único que puedo decirle es que durante tres días no hicimos otra cosa que avanzar emplazando y desemplazando.

—Era tanto el emplace —añade Tamayo— que hasta hubo que montar un mortero encima de un camión.

Como sus compañeros milicianos de infantería, en 72 horas no hacen ninguna comida. Sed no pasan mucha porque los campesinos llenaban latones con agua y los dejaban al borde de la carretera, cerca de donde ellos estaban.

—Con escopetas de municiones se metían bajo el fuego, ponían los latones en el borde de la carretera, nos hacían señas de que allí había agua y se retiraban. Acciones como ésa nos conmovían.

Y también las que tienen lugar entre sus propios compañeros de batería. La de José Yáñez, por ejemplo, un muchacho de 17 años a quien apodan "el cabo Rusty".



—Todos pensábamos que era un muchacho. Siempre estaba protestando y era bastante displicente. Sin embargo, en el combate demostró una valentía y una responsabilidad extraordinarias. Se ofrecía de voluntario para las operaciones más riesgosas y siempre actuaba con decisión y ligereza.

—También hay que destacar la labor de Rafael Almeida. Era observador y gracias a su pericia nuestros disparos fueron más efectivos.

—Tiro dirigido por él —dice el teniente Mercero—, tiro prácticamente en el blanco. Almeida no era más que observador, pero yo tenía tanta confianza en él que permitía que dirigiera las operaciones.

Finalmente me presentan al sargento del segundo pelotón de la batería de morteros. Su nombre es Giral Andreu y es hermano de las hermanas Giral, asesinadas vilmente por esbirros como Calviño.

Hoy todos estos hombres están en las trincheras, esperando al invasor yanqui, para hacerle conocer, como se lo hicieron conocer a los mercenarios, el amargo sabor de la derrota.

LOS DE LA BASE GRANMA

Esta es una serie de entrevistas sostenidas con "los muchachos de la base Granma". En Mariel se gradúan los jóvenes milicianos en artillería antiaérea; son entrenados por el Ejército Rebelde y el pueblo los llama así: "los muchachos de la Base Granma". La edad de estos artilleros oscila entre los 16 y los 21 años. Participaron en las acciones bélicas de la Ciénaga de Zapata y en ellas demostraron haber alcanzado una pericia comparable a su propio coraje. Los que vieron su comportamiento en el campo de batalla saben que son, por su edad, "muchachos"; pero cada vez que hablan de su valentía, los llaman hombres. Los muchachos de la Base Granma crecieron, eso es todo. Ya son hombres por derecho propio. Por eso damos sus testimonios sin comentarios.

TEXTO: TELLERIA

FOTOS DE SOROA



JOSE PILOTO

19 Años, Obrero
Artillero

—Si el imperialismo y sus gusanos de la contrarrevolución creían que era un pasco la invasión a nuestra Patria, que el Ejército Rebelde y las Milicias no peleaban, que todo estaba hecho, como han declarado por televisión los mercenarios capturados, yo creo que los aviones que les tumbamos, las barcas que les hundimos y la zurra que les dimos, ya les habrán hecho cambiar de opinión. Y esos mismos huecos que nuestra artillería antiaérea abrió en los B-26, derribándolos (dice, mostrando la cola del avión derribado en el "Australia"), se los abriremos a cuantos otros invasores osen pisar el sagrado suelo cubano.

FELIX MARTINEZ

18 Años, Obrero
Artillero

—Aquí tengo una muestra de un paracaídas camuflajeado que ocupamos a los mercenarios (dijo, y se puso sobre el pecho un pedazo de la camaleónica tela). Y mis compañeros abren este otro paracaídas, de color verdoso manigua, también ocupado en los campos de la Ciénaga. Y como estas cosas, ocupamos armas modernas de todas clases, suficientes para dar dura pelea, en gente que tenga ideales, como los nuestros, no en mercenarios como los que vinieron a invadirnos, que sólo se mueven por el oro yanqui.





ORLANDO GARATE

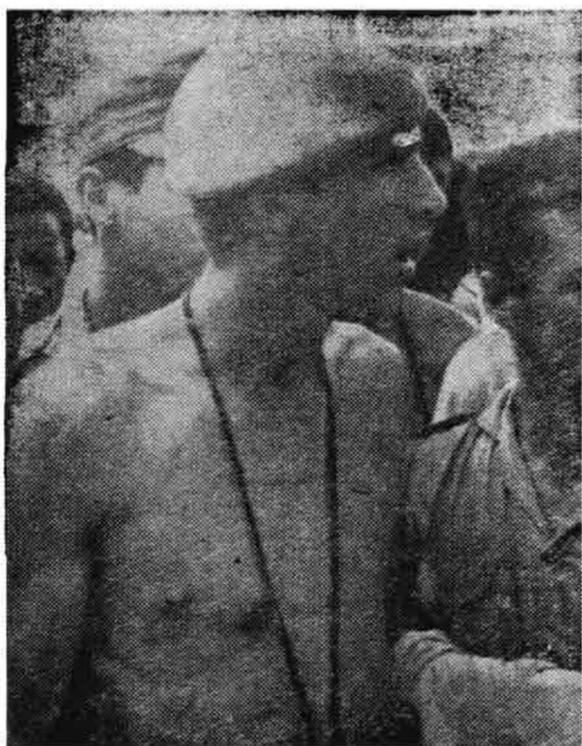
21 Años, Estudiante universitario
Oficial de Milicias
Jefe de Baterías Antiaéreas

—Salimos con los muchachos de la Base Granma (de Mariel), el mismo día de la invasión. Al despuntar el día siguiente o sea, el martes 18, nos estrenamos y ¡en qué forma!: derribando un avión B-26 de los mercenarios, junto al Central "Australia". La intención de esa nave enemiga era, al parecer, atacar al Central y a la Comandancia, que allí estaba, pero se quedó con las ganas. La lucha de ese día y el siguiente, que fue el final, todos la conocen, así como las páginas heroicas de nuestros hombres y el aplastamiento total de la gusanera contrarrevolucionaria que envió el imperialismo contra nuestro pueblo.

ABEL MIGUELEZ

18 Años, Desempleado
Artillero Antiaéreo

—Esos cañones de 37 mm. (dice señalando uno de ellos), como las cuatro-bocas, dieron buena cuenta de la aviación mercenaria. Llevábamos tanto impulso para pelear y liquidar a esos traidores lacayos del imperialismo norteamericano, que en plena carretera de Jagüey, y de madrugada, cuando íbamos en una camioneta arrastrando un 37 mm., sentimos ruido de avión, y paramos en la misma carretera, "echándole" a un B-26.



ORLANDO BUSQUET GARCIA

18 Años, Obrero
Artillero Antiaéreo

—Entre mis impresiones de la batalla señalaré una sencilla, pero elocuente: el caso de unos hermanos campesinos de la Cooperativa José Martí, cerca de San Blas, que con simples escopetas de caza se dispusieron a combatir a los bien armados mercenarios invasores. Una conclusión que saqué es que la Agencia Central de Inteligencia de EE. UU., que adiestró a los mercenarios, no parece muy inteligente, pues en un lugar de la Ciénaga donde hay una carretera, con fango profundo a ambos lados, lo elemental era destruirla para que no pudiéramos avanzar sobre ellos, y no supieron o no pudieron destruirla. Además, la C.I.A. no contaba con algo que no está en sus textos: el coraje del pueblo cubano.



Policía Nacional Revolucionaria



Vgto. 1525, JOSE M. BASUL PERERA. Nació: San Luis, Ote. 28 de enero de 1938



Sgto. WILFREDO GONCE CABRERA. Nació: Caimanera, Ote. 12 de diciembre de 1942



Vgto. 789, JULIAN SANCHEZ GOMEZ. Nació: Yaguaramas, L. V. 15 de marzo de 1930



Vgto. 1272, JUAN D. PRIETO DELGADO. Nació: Jovellanos, Matanzas. 25 diciembre de 1940



RIVERON LOPEZ. Nació: Los Arabos, Matanzas. 29 de octubre de 1940



Vgto. 1826, EUSEBIO A. CASER ENRIQUEZ. Nació: San José de las Lajas, Habana. 14 de agosto de 1939



Vgto. 2416, ROBERTO RODRIGUEZ SARMIENTO. Nació: El Cristo, Ote. 7 de julio de 1936



Vgto. 2598, RODOLFO FERNANDEZ ALVAREZ. Nació: Alto Songo, Ote. 12 de diciembre de 1941



Vgto. 2680, ADALBERTO GOMEZ NUÑEZ. Nació: La Habana, Hab. 23 de diciembre de 1934



Vgto. 3461, EUSEBIO RAFAEL IZQUIERDO RAMIREZ. Nació: Puerto Padre, Ote. 5 de marzo de 1937



Vgto. 1798, TOMAS PALMERO VIZCAINO. Nació: Sancti-Spiritus, L. V. 28 de diciembre de 1931



Vgto. 1324, RAFAEL ANGEL CARINI MILLAN. Nació: La Habana, Hab. 14 de diciembre de 1940



Cap. C.G. LUIS ARTEMIO CARBO Y RICARDO. Nació: Sagua de Tánamo, Ote. 20 de octubre de 1937



Vgto. 1868, EFRAIN ESPINOSA PEREZ. Nació: Manzanillo, Ote. 13 de julio de 1936



Vgto. 3074, PEDRO A. QUINTANA LOPEZ. Nació: Guane, P. del Río. 13 de mayo de 1932



Vgto. 2284, WILFREDO BETANCOURT ARIAS. Nació: Santa Lúcia, Ote. 23 febrero de 1939

LOS HEROES MUERTOS EN COMBATE



Vgto. 6675, LUIS LOPEZ MUSTELDER. Nació: Guantámo, Ote. 28 de mayo de 1935



Vgto. 2937, ALVARO MORALES HERNANDEZ. Nació: Arroyo Blanco, Ote. 7 de abril de 1936

en la línea de fuego

R

**POR A. GARCIA BERRY
FOTOS DE LIBORIO**



RENE RODRIGUEZ CRUZ
Fue alcanzado por una granada.



ROLDAN ANGLADA VILA
Se batieron contra dos Sherman.



ANTONIO GROSSO PUJOL
Recibidos con una cortina de proyectiles.

La invasión de los criminales de guerra, ex-militares, latifundistas, mercenarios y "niños bien", que al servicio del imperialismo yanqui atacaron sorpresivamente nuestro territorio, la madrugada del día 17 del pasado mes, dejó un doloroso saldo de cerca de un centenar de muertos y 300 heridos. Dramáticas y emocionantes escenas se produjeron durante los tres días que duró la fiera lucha en la cual los hombres del pueblo, que defendiendo con las armas la Revolución, escribieron páginas de gloria para esta nueva Cuba. Milicianos y miembros del Ejército Rebelde, armados sólo de fusiles se enfrentaron en ocasiones a los cañones, las bazookas, los tanques o resistieron el despiadado ataque de la aviación que los ametrallaba o les lanzaba gasolina gelatinosa encendida, incinerando a algunos o produciéndoles terribles quemaduras a otros.

Los relatos que ofrecemos, de héroes de esta contienda son un testimonio de la valentía de nuestros hombres. Interminables e impresionantes pudieran ser y muchos más los que no podrán hacerse jamás, sin embargo la gloria los ha alcanzado a todos, la Patria salió triunfante.

CASI DESTROZADO POR UNA GRANADA DE MORTERO

René Rodríguez Cruz, de 29 años, comandante del Ejército Rebelde, expedicionario del "Granma", fue de los primeros en penetrar en Playa Girón, bajo la metralla enemiga, en horas de la noche del martes 18. Intentaba localizar la planta eléctrica local para dar luz al poblado y facilitar el ataque de las milicias y el Ejército Rebelde cuando fue alcanzado por una granada de mortero. Cayó inconsciente con el maxilar inferior destrozado, el fémur derecho fracturado en tres partes y contusiones por el resto del cuerpo. Cuando esto ocurrió ya estaba herido por una bala que no le produjo la muerte debido a que se desvió con uno de los peines de su pistola que llevaba a la cintura. Se encontraba dirigiendo la construcción de un pueblo en la Isla de Turiguanó cuando tuvo noticias del desembarco. Como en la Sierra o en la invasión de Las Villas cuando vino en la columna del "Che" Guevara, René Rodríguez se batió valientemente. Está recluido en el Hospital Militar.

"NOS BATIMOS CONTRA 2 SHERMAN"

"Yo ví caer destrozado por un proyectil a mi compañero cuando nos batíamos, tripulando un tanque T-34".

Nos dice el joven, Roldán Anglada Vila, de 20 años, de Santiago de Cuba, soltero y miembro de una Compañía de Tanques de Managua. Nos asegura, desde su lecho de enfermo en el Hospital Militar, que su tanque fue el primero en entrar en Playa Girón, donde fueron recibidos por dos tanques enemigos, norteamericanos, Sherman, y el fuego de las bazookas y morteros que aún estaban allí parapetados. Aunque nuestro tanque tenía un cañón de inferior calibre nos enfrentamos a ellos. Eramos cinco en la tripulación. Un proyectil penetró el casco de nuestro tanque e hizo explosión dentro. Caí gravemente herido. Uno de mis compañeros quedó con las visceras afuera, desfigurado. Los otros estaban inconscientes y entonces tomé una granada checa por si se acercaban al vehículo, volarlos. Era de alto explosivo y allí moriríamos todos antes de caer en manos de los invasores. Después atacó la columna automotriz, con cañones de más calibre y fuimos rescatados. Habíamos batido uno de los tanques enemigos y silenciado varias baterías.

ALCANZADO POR UNA 50

Cosme Collantes Fernández, de 29 años, de Guantánamo, barnizador, pertenece a las baterías de morteros de 120 de la base de Baracoa, "Manuel Fajardo". Resultó herido cuando atacaban Girón. Fue alcanzado por los disparos de una calibre 50. Salvó la vida milagrosamente.

"UNA CORTINA DE PROYECTILES"

Antonio Grosso Pujol, de 24 años, soltero, de La Habana, obrero y Rolando Díaz Valdés, de 30 años, de La Habana, obrero del sector gastronómico, se encuentran gravemente heridos en el Hospital Militar. Ambos pertenecen a la 3ra. Compañía del Batallón 117 M.N.R. Llegaron al central "Covadonga" en horas de la noche del lunes 17, cuando los mercenarios invasores estaban a 5 kilómetros del lugar. Rápidamente entraron en acción. Su bautizo de fuego fue impresionante. Fueron recibidos por una verdadera cortina de proyectiles. Los agresores traían modernas ametralladoras pesadas calibre 30 y 50 que habían emplazado en los motorrales. Nuestro batallón era de fusileros pero les hicimos frente. Caímos heridos. Grosso con la columna vertebral atravesada por una bala, mientras que otros compañeros se batían heroicamente. Aun bajo las balas fuimos auxiliados por los camilleros de la Cruz Roja, expusieron.

ARTILLEROS DE LA BASE DEL "GRANMA"

Evelio Tellería Alfaro, de 19 años, casado, de La Habana, delegado de finanzas del Sindicato Unico de la Construcción y estudiante, cabo de la pieza 2 de la batería 9; Salomón Cohen, de 18 años, de La Habana, y Armando Ranch Delgado, de 19 años, obrero, de La Habana, son artilleros de baterías antiaéreas de la base del "Granma". Tellería y Ranch resultaron con varias costillas fracturadas y Cohen quedó sordo al estallarle al lado una granada de mortero. Llegaron a la Ciénaga la noche del lunes. Fueron sometidos a fiero ametrallamiento de los aviones B-26 de los invasores. Los proyectiles de las calibre 50 les salpicaron muy cerca. También fueron atacados con gasolina gelatinosa de alto poder incendiario.

"EL COMPAÑERO MURIO QUEMADO"

"Un proyectil de mortero, con extraña carga de gases inflamables perforó el blindaje del tanque que tripulábamos y dentro murió, horriblemente quemado y destrozado, nuestro compañero Héctor Batista".

Así nos comienza su relato el joven tanquista de Managua, Amado García Frías, de 20 años, campesino de Manzanillo, quien con Israel Neyra Denis, de 20 años, obrero de Calabazar de Sagua, y otros dos compañeros que también resultaron heridos, tripulaban uno de los primeros tanques que penetró en Playa Girón. Ambos sufrieron graves quemaduras, iban en la cabeza de la columna de mando y entablaron combate con 5 Sherman norteamericanos a un kilómetro de Girón. Eran aparatos de gran movilidad. Poco después de iniciado el combate entraron en acción con los automotrices y pusieron fuera de acción al enemigo, que se rindió.

QUEMADOS CON NAPALM

Muchos fueron los casos de miembros de las MNR o del Ejército Rebelde que resultaron gravemente quemados o muertos calcinados, sin que pudieran ser identificados debido a la naturaleza de las quemaduras, víctimas del despiadado y criminal ataque de los invasores.

En el Hospital Clínico Quirúrgico se encuentran en muy grave estado algunos de ellos.

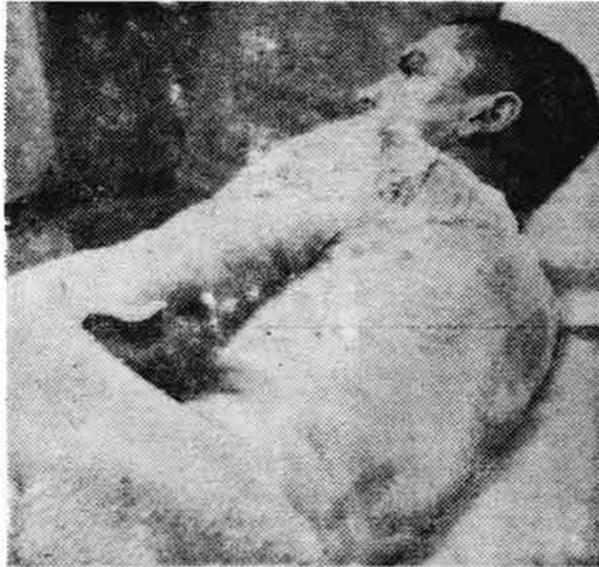
"Estamos dispuestos a hacer todos los sacrificios que sean necesarios por la Revolución. Mi hija María Teresita acaba de salir a alfabetizar en una brigada "Conrado Benítez".

Así se expresó en su lecho de enfermo en el Hospital Clínico Quirúrgico, Horacio Monnar del Cerro, de 39 años, vecino de Cojimar, viajante de confituras, segundo responsable de la Cia. 1 del Batallón 123, quien resultó horriblemente quemado por el rostro, el tórax y los brazos, en horas de la tarde del martes 18, entre Playa Larga y Girón, cuando los aviones de los invasores les lanzaron latas de Napalm o gasolina gelatinosa de alto poder destructivo. Esa sustancia incendiaria, formaba una gran llamarada que

cubría extensa zona. "Se nos adhería fuertemente a la piel, destrozándonos". Narraba horrorizado este héroe de la Patria. Junto a él su esposa María Josefa Palacio, le confortaba con frases de aliento y fervor revolucionario.

En igual circunstancias cayó quemado en esa zona, Francisco Matos Castro, de 22 años, campesino de Manzanillo, casado y con tres hijos, a quien las bombas incendiarias lanzadas por los mercenarios invasores le produjeron gravísimas lesiones por toda la espalda, brazos y manos.

En algunos de estos casos el fuego destruyó los tejidos de las víctimas a quienes los cirujanos plásticos han tenido necesidad de realizarles laboriosos y difíciles injertos.



FRANCISCO MATOS CASTRO
Horriblemente quemado con Napalm por los invasores.



AMADO GARCIA FRIAS
Mi compañero murió quemado.



EVELIO TELLERIA ALFARO
...Nos salpicaban las balas justo al cuerpo



ISRAEL NEYRA DENIS
Resultó quemado dentro de un tanque.

PARACAIDISTA Y MASCACHICLE

El hijo de un rico almacenista de pieles, radicado en La Habana, de apellido Egozzy, también venía en la expedición de los mercenarios. Cayó de paracaidista en la Ciénaga de Zapata, cerca de la Cooperativa Soplillar.

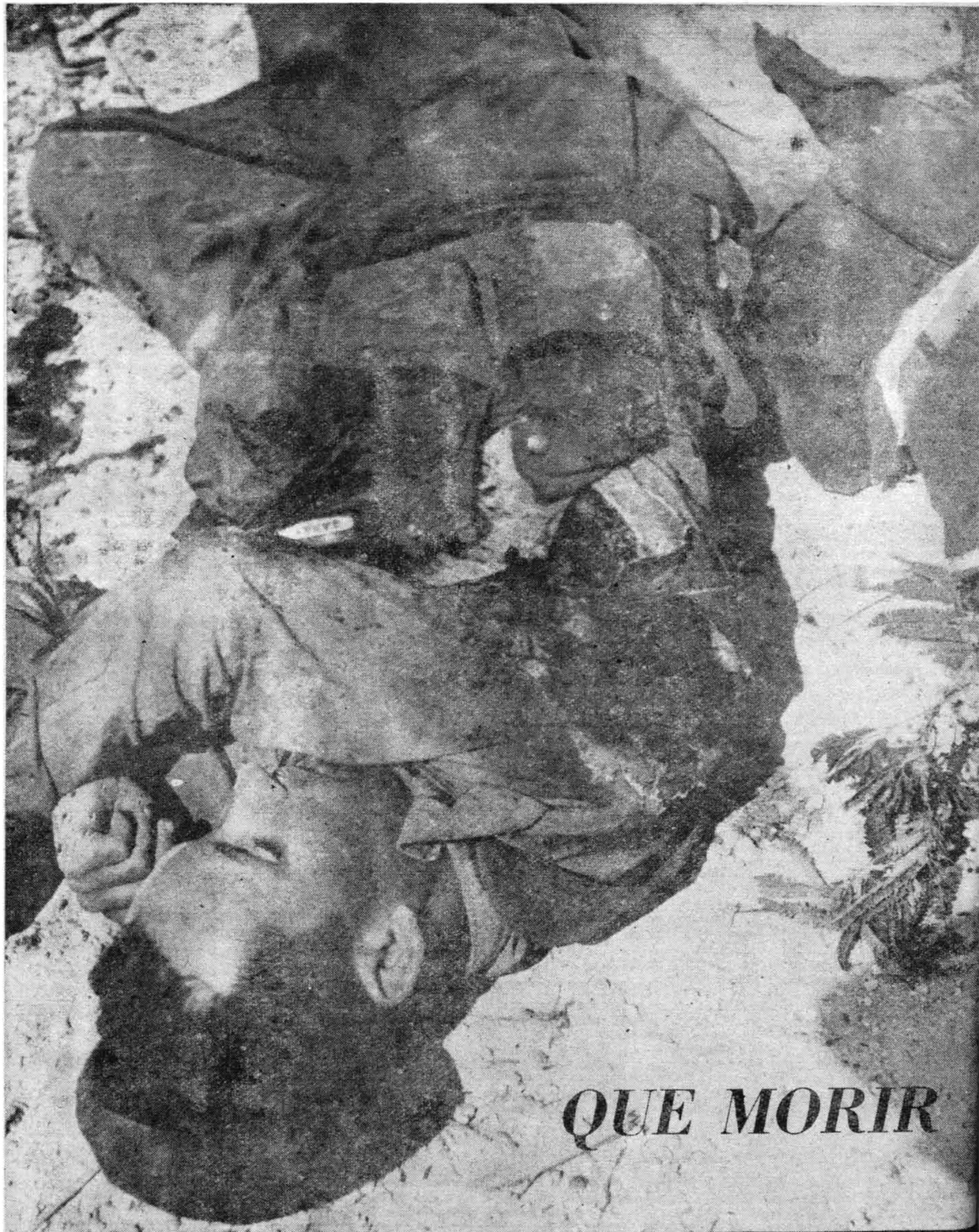
No se sabe en que forma logró despojarse de su uniforme rameado e imperialista al percatarse del espíritu de pelea de los milicianos y hacerse de otro vestuario que le permitió caminar desapercibido, hasta cerca de Jagüey Grande. Entonces se le ocurrió pedir a los milicianos tripulantes de un "jeep", que se dirigían al pueblo, que lo transportaran. Amables accedieron y cuando se disponía a abandonar el vehículo, uno de ellos le dijo:

—Espere un momento, que queremos preguntarle algo. Acompáñenos al Cuartel.

Se habían percatado de que mascaba chicle, incesantemente. Egozzy asegura que tiene ideas socialistas, pero que vino porque habían sido afectados los negocios de su padre.



HORACIO MONNAR DEL CERRO
Lo quemaron con gasolina gelatinosa incendiada



QUE MORIR

POR LA PATRIA ES VIVIR